LA MISERIA EN UN TOMO

TOMOS PUBLICADOS

		PRECIO DEL TOMO — Pesetas.
I.	**Primeros y últimos versos**.......	3
II.	**Una señora comprometida** (Novela) **Del amor y otros excesos** (Artículos festivos). **Don Juan, el del ojo pito** (Novela inédita sin terminar)...............	3
III.	**Busilis** (Relación contemporánea). **La ciencia y el corazón.—Milord** (Narraciones).....................	3
IV.	**Memorias íntimas** (Segunda edición)......................... ..	3,50
V.	**Impresiones de viaje.** **La carta verde. — Una doncella práctica.** (Narraciones.)..........	3
VI.	**Mi viaje á Egipto.** **Mi viaje á Alemania.** **El domingo de Carnaval. — Tres señoritas sensibles** (Narraciones).	3
VII.	**La señora del 13** (Novela), **Cuentos alegres**.................	3
VIII.	**Notas íntimas de Madrid y París**..	3

Imp. y Enc. de J. Rueda.— Huertas, 58, MADRID

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO IX

La miseria en un tomo.

Cuentos y sucedidos.

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.— Teléfono 791.
1904

(1) Este fué el primer libro que el autor publicó en Madrid, sin que llamara ni poco ni mucho la atención del público. Hizo la edición un su amigo, á condición de partir con el autor las utilidades, si las hubiera. No las hubo. Los ejemplares están almacenados en dos ó tres librerías de Madrid y no escasean en los puestos de libros viejos. Posible es, que si se compara ésta con las posteriores obras del autor, sea mejor ésta, por más que todas sean peores; pero al primer libro suyo no hubo quien quisiera echarle una mirada, y la poderosa razón que los libreros daban de la indiferencia del público, era que el nombre del autor no era conocido.—Pues si me he de dar á conocer, observaba el autor, tengo que publicar, ó este libro, ú otro cualquiera. A esto, respondían los editores, que para darse á conocer era preciso hacer mucho ruído, publicar algo muy ruidoso. Tentado estuvo el autor por publicar un método de solfeo, ó una táctica de artillería, pero prefirió lanzarse denodadamen-

(1) **Nota del autor.**

te á la política y hacer la oposición de la manera más estrepitosa. Por eso cuando publicó su segundo libro *ya era conocido*, no por el mérito del anterior, sino por sus escritos políticos de los periódicos revolucionarios. ¡Triste condición la del literato español, que para llegar á serlo, ha de comenzar por hacer artículos ó gacetillas políticas, que es lo que aquí se lee y da nombre en breve tiempo! (1)

La Miseria en un tomo era un estudio de costumbres y no un folleto político, como creyeron algunos corresponsales de *La Discusión* (1863), que escribieron al autor diciéndole que si su libro era un libro de propaganda revolucionaria, enviara ejemplares, que en gran número y de varias provincias le pedían; á lo que el autor contestó que no, y que sólo se trataba en él de costumbres madrileñas, y era un trabajo puramente literario, con lo cual suspendieron todos los corresponsales sus pedidos, y el libro hubo de ser vendido al peso á los dos meses de publicado.

Con ligeras correcciones vuélvese á publicar ahora después de diez años. Y por cierto que uno de los editores más famosos de Madrid, ha tenido durante todo ese tiempo tirados en un

---

(1) Palacio, Correa, Robert, Frontaura, Sánchez Pérez, Juan de la Rosa, Núñez de Arce, Alarcón y otros muchos. Todos hemos nacido á la vida literaria en la prensa política.

rincón los ejemplares de esta obra que compró por una friolera, y no ha querido anunciar nunca por creerlos sin duda cosa despreciable, y ahora que el nombre del autor suena un poco más, ese mismo editor anuncia en todas las cubiertas de las obras que publica: *La Miseria en un tomo,* por Eusebio Blasco, 8 reales en Madrid, 10 en provincias. Aquí lo que importa no es escribir bien, sino *ser conocido,* lo cual, aunque parezca lo mismo, no lo es (1).

(1) Pérez Galdós es un novelista. Pérez Escrich es un novelista *muy conocido.*

Enrique Cisneros es un autor dramático. Zumel es un conocidísimo autor de comedias.

I

La Corte es un gran teatro. En él se representan todos los días comedias nuevas; el espectador alucinado ante la decoración, no se fija, generalmente, ni en los actores ni en la moral de aquéllas. El forastero que llega á Madrid, sin haber salido hasta entonces de una ciudad de provincia, no puede menos de manifestar su asombro á los amigos ó parientes que salen á recibirle. Tal es el aspecto de grandeza y magnificencia que la Corte tiene.

Calles anchas, espaciosas, interminables. En ellas, magníficas tiendas; en las tiendas, ostentosos escaparates; en éstos, cuanto puede apetecer el transeunte; coches innumerables que van y vienen con ruido infernal; dentro de éstos, personas de todas clases y condiciones. Mujeres que, haciendo ostentación de lujo y de grandeza, la hacen al mismo tiempo de hermosura y de encantos. Hombres que cruzan, y pasan, y vuelven á cruzar, y vuelven á pasar, quién á caza de gangas, quién en pos del placer, quién huyendo del dolor. Aquí una música que da un

rato de solaz á un individuo que cumple años. Allí una sacramental cuyos hermanos acompañan un cadáver al cementerio. Más lejos, la industria y el comercio, representados por un fosforero, un ciego que canta, una mujer que vende periódicos, un revendedor que ofrece asientos de teatro, un anciano que vende la suerte en un décimo de la lotería, un niño que lleva palillos para los dientes, un joven que dice que *da* un paraguas de seda, un quinquillero ambulante, un dentista callejero, un músico de plazuela, un... ¿quién podría referir tantas y tantas cosas como contribuyen á dar animación á este gran cuadro, iluminado por el sol hasta las cinco de la tarde, y por la Compañía del gas desde las cinco en adelante?

Ese *totum revolutum*, no puede menos de asombrar al que por primera vez lo contempla. Tan extraño y agradable conjunto es quien obliga á todos los que á Madrid llegan, á decir, abriendo mucho los ojos y adelantando el labio inferior: *«¡Esto es muy bueno!»*

Es natural que así exclame quien saliendo del obscuro rincón de la provincia contemple por vez primera esos mil y mil soberbios edificios, que sirven de adornos á calles y plazas; esas bellas fuentes murmuradoras que no parecen sino que se burlan de cuanto en su redor sucede; esos bonitos jardines destinados á perfumar los pedestales donde se hallan colocadas las principa-

les figuras de nuestra historia; esos palacios que, alzándose orgullosos en medio de pobres y obscuras casas, parecen altivos señores presidiendo reuniones de mendigos; esos elegantes carruajes tirados por soberbios troncos de yeguas normandas, que conducen á paseo al opulento señor ó á la atractiva cortesana. Ese fausto, esa opulencia, que por todas partes salen al encuentro del que jamás les vió tan cerca, cual queriendo acostumbrarle á recibir emociones gratas é impresiones que nunca se borren.

En cuanto á diversiones... ¡oh! las hay en tan excesivo número, que falta el tiempo para divertirse. Teatros, bailes, reuniones, toros; un artista que viene, un libro que aparece, una zarzuela que se estrena, un globo que sube, un paracaídas que baja, una mujer con tres brazos, unos perros que casi hablan, unas fieras que *acaban de llegar,* un tercio del universo por un agujero, unos niños que hacen comedias, unos gallos que riñen, unos elefantes que corren, unos gimnastas que vuelan. ¡Y todo por poco dinero!

¿Habrá quien dude que Madrid es el Paraíso?

Ya sé que hay quien asegura que es el Infierno.

Yo he de considerarlo como Purgatorio.

II

He observado una cosa verdaderamente rara. Aquí todo el mundo está alegre. Todo es bulla y jaleo por esas calles. No se encuentra por un ojo de la cara, una cara cuyos ojos lloren.

La sonrisa es sin duda un artículo de primera necesidad. Los semblantes tristes no salen á la luz del día; y es que los semblantes tristes, como algunos callejones, no tienen salida.

Todo es aquí satisfacción... aparente. Entre las figuras de ese animado cuadro, que en breves y torpes rasgos he procurado trazar al principio, las hay tristes y las hay alegres. Solamente que en las primeras están en segundo término y las segundas en primero. Si alguna de las primeras necesita pasar á ocupar un lugar en primer término, esto es, presentarse á la luz, cubre con una máscara risueña el rostro que antes era espejo del alma dolorida.

De aquí resulta, que las lágrimas que surcan las mejillas de muchos desgraciados, no corren libremente más que cuando aquéllos se ocultan de la presencia de las gentes.

Para mostrarse en público es preciso que la desgracia se provea de unas cuantas sonrisas y

las reparta entre los mismos á quienes va á exhibirse.

En Madrid, donde todo el mundo busca la distracción, el dolor es la cosa más extemporánea que darse puede.

O si no, ved. Se acerca una pobre mujer á pedir una limosna á un joven que acaba de gastar en una cena una cantidad con la cual aquélla hubiera cenado un año; y el *pollo*, que está riendo y gozando todavía, le da un empujón y la arroja en medio del arroyo.

Al mismo tiempo otra mujer se acerca al mismo joven, y con una hechicera sonrisa, le dice:

—¿No me convidarás á cenar?

Y la convida, sí señor. ¡A lo menos aquél es un modo de pedir más amable, y sobre todo, menos repugnante!

Ambas mujeres son desgraciadas. Ambas sufren la miseria. La una suplica llorando. La otra exige riendo. Ni una palabra más sobre esto.

Yo he visto á un pobre hombre aproximarse á la portezuela del carruaje de un banquero vertiendo dos lágrimas de pena, y pidiendo dos cuartos para comprar pan á sus hijos. Y he visto en seguida á un lacayo dar un puntapie al apurado padre, y decirle que no molestara al señor con *tonterías*.

Yo he visto, á la salida de los teatros, á mu-

chos infelices agrupados á la puerta del coliseo, vendiendo periódicos ó pidiendo una limosna; los he visto darse de coces y de bocados disputándose un comprador. Y al mismo tiempo he visto á muchos, muchísimos pícaros de ambos sexos, salir ufanos de ver una comedia nueva y hacerse conducir á la casa donde viven, porque Dios y el casero lo permiten.

El estudio de los contrastes me ha hecho ver esto y mucho más.

Las lágrimas, que, según un santo varón, son la sangre del alma, comprimidas durante el día, salen á torrentes, á ríos y aun á mares, por la noche, de ojos casi secos y de almas próximas á desangrarse.

Madrid en tanto, continúa ofreciendo el más animado aspecto. ¡Qué bulla, qué animación, qué jarana, qué alegría por todas partes!

El gobierno, que es muy previsor, ha comprendido que la desgracia, apareciendo en calles y plazuelas, podría contribuir á la desesperación general; y la ha prohibido salir á la calle.

Cada pobre que se expone á pedir una limosna, se expone, desde luego, á no recibirla, y en seguida á caer en poder de los agentes de la autoridad.

Hay todavía más. Se permite, sí, á la desgracia salir á la calle, pero se la obliga á disfrazarse.

Y así, se le dice á un pobre ciego: ¿Quieres pedir limosna? Pues canta (1).

Y el ciego canta si quiere ganar un cuarto para comprar un pedazo de pan.

Esta es la ironía de la desgracia.

III

En Madrid hay mucha miseria, y no pocos miserables. Estos contribuyen al fomento de aquélla, porque nadie ignora que también la miseria se fomenta, por lo mismo que es una *cosa* susceptible de pérdida ó ganancia.

La hermosura es una especie de género que se vende y se compra á gusto del consumidor.

Hay muchas desgraciadas que están en la miseria y no lo saben, lo cual no se debe más que á la habilidad de cierta clase de miserables.

Éstas merecerán capítulo aparte. Quien siga el curso de estas observaciones, que sin orden ni concierto, tal como han sido hechas, han sido trasladadas al papel, podrá convencerse, si convencido no está, de que en el gran teatro de la Corte, las escenas más terribles, suceden entre bastidores.

---

(1) 1865.

Otras las contempla el público, pero no se fija en ellas.

Unas y otras serán objeto de los siguientes párrafos.

Existen tipos, que generalmente excitan la hilaridad, y es lo cierto que debieran causar lástima.

Diseñados en varios trozos de papel, podrá el lector llevarlos en el bolsillo; y cuando algún curioso de los que tanto abundan, le pregunte: ¿Qué libro es ese? podrá responder riendo desdeñosamente como habrá hecho al contemplar algún tipo de los que el libro encierra:

—Esto es... *¡La Miseria en un tomo!*

INTERIOR Y EXTERIOR

I

Ha dicho un escritor que el traje es el sobre-escrito del cuerpo y el fiador de la persona.

Y á tal observación se me ocurre añadir dos versos de un poeta contemporáneo. Lo dicho por aquél

> **Es una verdad... amarga,**
> **Pero es una gran verdad.**

El traje es en Madrid una cosa parecida á la cédula de vecindad, á un diploma honorífico, á un certificado de buena vida y costumbres.

En tanto es digno un hombre de presentarse en todas partes, en cuanto su vestido es decente.

El gabán es un rey absoluto que se hace respetar mucho; el sombrero de copa es un artículo de primera necesidad. Los zapateros, los sastres, los sombrereros, son los que dan el tono á la sociedad moderna.

He conocido á un hombre que no comió en ocho días á pesar de tener dinero para ello, por emplear aquel dinero en un traje nuevo.

Esto era lógico... en Madrid.

Aquí llaman *personas decentes* á las personas bien vestidas.

El hombre de quien he hablado, necesitaba presentarse á un alto personaje que debía procurarle un destino para poder vivir.

«Si me presento, roto el vestido y de repugnante aspecto, me decía, esté usted seguro de que los porteros me echan á puntapies.»

Le creí por su palabra. Estaba yo muy convencido de la verdad de la observación que me hizo.

Se habla con frecuencia de hombres que deben al sastre, y no se reflexiona en que cuando deben no hacen más que lo que deben.

Y por si acaso se me cree propagador de perniciosa moral, diré que aquellos hombres necesitan deber para no verse obligados á faltar á la moral.

El hombre ha nacido para vivir en sociedad, dicen los moralistas y los filósofos. La sociedad no admite en su seno á los hombres mal vestidos; luego tienen que vestirse bien, y como que no pueden pagar bien, deben; y debiendo, cumplen con su deber. Dispense el lector el juego de las palabras. Hay cosas que deben tomarse á risa, so pena de desesperarse.

Cualquiera que salga una tarde al Prado ó á la Castellana, y vea tantas gentes, y tan elegantes todas, creerá que todos los habitantes de la coronada villa están nadando en la abundancia.

Y sin embargo, todos sabemos que no hay tal cosa.

Tanto es así, que la falta de dinero y la elegancia del traje son ya casi proverbiales en la Corte.

A veces uno mismo no sabe por qué va vestido mejor de lo que sus fondos permiten.

«Es una necesidad», se dice. Y en efecto, no es una, sino muchas necesidades juntas las que cada cual va dando á entender á sus semejantes, presentándose entre ellos con el cuerpo vestido y el estómago desnudo.

Acontece que muchas personas no se fian de otras á quienes ven bien vestidas. Eso sucede generalmente á los que conocen por experiencia los apurados trances por que pasan algunos vanidosos, que con serlo, no tienen lugar de sentarse á la mesa.

Frecuentemente vemos á muchos individuos que al pasar por delante de la sastrería ó de la camisería donde deben algo, se vuelven de espaldas, se colocan la mano en la cara, se agarran al cuello de la camisa y no parece sino que temen que ésta ó el gabán se dirijan al lugar que los vió nacer, como aquellos soldados que, obligados á servir en el ejército, cruzan por el pueblo donde pasaron sus primeros años.

A la vista de tales individuos, no dudo que haya hombres que no se fíen ni de la camisa que llevan puesta.

II

Un escritor de fama ha dicho que hay una cosa superior al hombre, y que esa cosa es su levita.

No lo dudo, porque la citada prenda es el *tu autem* en los tiempos presentes.

Hay hombre que sin ser págano, sería con gusto dueño y señor de una tribu de levitas.

La miseria no perdona medio de disfrazarse.

Así se la ve aparecer por esas calles metida en un *saco* (1) y asomando los ojos por entre el cuello de éste y el ala de un sombrèro de copa.

Y no se crea que la miseria es farsante, no tal. Es que para procurarse otro nombre, para llamarse *medianía*, es preciso que principie por vestirse, siquiera sea medianamente.

A un pobre que pide limosna en medio de la calle, vestido de harapos, los transeuntes le dan á lo sumo un cuarto. Si ese mismo pobre se presenta en una casa decentemente vestido y pide una limosna, es muy posible que el cuarto que le den se diferencie del otro en que tenga una

(1) Gabán, sobretodo.

cama donde el infeliz pueda pasar una noche.

Las muchachas de Madrid han comprendido perfectamente el *quid* de la gran dificultad de su vida, esto es, del matrimonio.

Ellas saben que lo primero que deben hacer para inspirar las simpatías que preceden al amor, ó al deseo, necesitan llamar la atención, y saben que esto lo consiguen vistiéndose con elegancia. Sufren la miseria en casa, pero aparecen en público admirablemente prendidas y prenden al primero que pasa por su lado.

¿Qué español no se va detrás de una mujer que arrastra con desenfado un vestido de seda ó que luce con sin igual donaire una mantilla de raso?

Hay mujeres que dan el alma al diablo por entregar el cuerpo á la modista.

Hemos llegado al objeto que nos proponíamos. El lujo llevando del brazo á la miseria, acaba de obligarnos á fijar en él nuestra observadora mirada.

III

El lujo es en la mitología de nuestra época, el dios ante cuyos altares se hacen más grandes sacrificios.

Sacrificios inmensos, como el del honor, como el del deber, como el de la honradez.

Hoy se prefiere no comer á no vestir con lujo. Éste puede llamarse el sacrificio del estómago.

La envidia penetró un día en ciertos corazones, obligó á muchos individuos á que miraran á sus semejantes, y les dijo llevándoselos uno por uno: «Esos que valen tanto como tú, van mejor vestidos que tú.»

La envidia se retiró y dejó paso al lujo. Éste dijo: «Yo me dejo adorar de tí como de esos que miras tan rozagantes y bien ataviados. Tú me tienes á tu disposición como ellos.»

Los aludidos quisieron contestar, pero el lujo se retiró y dejó paso á la miseria, que dijo: «Esos señores tienen razón, pero yo estoy reñida con el Sr. D. Dinero.»

D. Dinero, muy orondo y muy risueño llegó entonces diciendo: «Cabalmente yo estoy deseando que me saquéis de casa de esos pícaros avaros que me tienen encerrado en un sótano, sin sol, sin luz y sin moscas.»

Iban los semi-seducidos á replicar, pero llegó el crédito y dijo: «Ahí estoy yo.» Y añadió enseñando un periódico: «*Ecce.*»

Los aludidos leyeron: «*Casa de préstamos.*»

La moralidad quiso tomar parte en el debate; pero un sastre le dirigió una terrible mirada gritando al mismo tiempo: «¡Última novedad! ¡Diez mil prendas casi de balde!»

Aquello de *última novedad* produjo su efecto. Las gentes se vistieron de moda; y cuando quisieron recordar cuanto habían oído á los invisibles personajes citados, vino un nuevo personaje que se llevó consigo á todos los que antes habían hablado, llevándose á la vez todas las tristes consideraciones que los seducidos pudieran hacer en un momento de arrepentimiento.

¿Quién era este nuevo personaje que todo se lo llevó?

Quien se lo llevó todo... fué la *Trampa.*

IV

Yo quisiera ver todos los libros de cuentas de los sastres, de los zapateros, de los sombrereros, de los camiseros y demás gentes que viste y calza á los habitantes de Madrid.

Quisiera al mismo tiempo, que mientras yo leyera lo que los artesanos nombrados *tienen que cobrar*, como dicen, no me sorprendiera la muerte.

Tengo la evidencia de que mi vida sería eterna.

En un lado de todos los libros de caja hay una palabrilla compuesta de cuatro letras, que si bien se consideran pueden considerarse como

dos. Estas dos letras, ó dos sílabas, que de ambos modos pueden considerarse, forman la palabrilla *Debe*.

En frente de ella hay otra, grave y ceñuda, misteriosa como el verbo, acre y ambiciosa como un avaro.

Esta otra palabra es *Haber*.

Así como dos generales preparan sus huestes para dar una batalla en un día dado, del mismo modo esas dos palabras forman en batalla columnas de números para dar el gran golpe el último día del año junto al río de la liquidación, y no lejos del abismo del balance.

Casi siempre los ejércitos de *Debe* vencen á los de *Haber*, lo cual prueba que los *tramperos* son gente más numerosa que los *paganos*.

Parece que cuando el dueño de una sastrería va á hacer balance de cuentas, esas dos palabras se van aproximando, á ver quién vence á quién, y que dicen unidas *debe haber*, pero el caso es que no hay, y entre una y otra dan al traste con el comerciante.

¡Trampa, adelante! he aquí el *¡hurra!* ó el *¡desperta ferro!* de treinta mil cosacos ó almogávares que atentan á la vida del comercio de Madrid.

La miseria llora contemplando tan horroroso adro; la moralidad gime detrás de un libro estadística ó acurrucada en un rincón de peódico. La honradez va por esas calles modes-

tamente vestida pidiendo una limosna por el amor de Dios.

¿Quiénes son los que ríen?

El crédito, los prestamistas y los tramposos.

LA INCREDULIDAD

I

LA desgracia, cansada de callar su verdadero nombre y de permanecer escondida, determinó un día darse á conocer. En lo cual la desgracia hizo muy bien. Con decir: «yo nunca me he humillado á pedir nada á nadie,» no se consigue más que probar un orgullo desmedido. Con buscar en vano un pedazo de pan, no se alimenta nadie. Con quejarse á solas de su suerte, no se consigue mejorar de ídem.

La desgracia, pues, se decidió á salir por esas calles; por supuesto de noche, que de día hubiera sido mucho descaro. No se debe turbar la felicidad de los demás con quejas importunas.

Tomó varias formas. Ya se presentaba en una asa bajo un vestido decente, aunque de moda nuy atrasada, pidiendo alivio á la precaria suere de la viuda de un coronel que murió en los ampos de Luchana. Ya bajo la figura de un

pobre pretendiente que, cansado de pretender un destino durante once y pico de años, pretendía un par de pesetas para aliviar su verdadero destino. Ya bajo la seductora imagen de una joven huérfana, que no queriendo arrastrarse en el fango del vicio, y no hallando trabajo en ningún taller ó establecimiento público, solicitaba una pequeña cantidad para mantenerse hasta que Dios quisiera procurarle el sustento de que carecía. En una palabra, ó, para decirlo de una vez, los desgraciados, se dieron á luz manifestando cada cual el estado triste en que se encontraba. Natural era que las gentes de buen corazón se interesaran por los que yacían en la miseria, y procuraran probarles el interés que por ellos se tomaban.

Así fué que, por espacio de algún tiempo, oyeron la voz de la miseria y contribuyeron al socorro de sus semejantes.

Pero á poco espacio, las gentes caritativas observaron que el número de los infelices aumentaba prodigiosamente.

Y, ¿cómo no había de aumentar si en cuanto algunos miserables supieron que había quien protegía la miseria, encontraron ancho campo donde explotar la caridad, y la explotaron? Parece mentira lo pronto que la especulación averigua dónde hay dinero, y sobre todo, gente que lo da.

«Negocio, es el dinero de los demás» ha di-

cho un francés: los pícaros hicieron negocio.

Llovían las viudas, los cesantes, los huérfanos, los heridos en el campo del honor, las personas decentes *venidas á menos*, los pretendientes, los enfermos, los pobres vergonzantes y los tunos sin vergüenza.

Desde entonces, nadie hace caso de tales socaliñas.

Todavía más; si alguno se atreve á pedir con parecido pretexto, se le echa noramala, y se le dice: «Estoy ya escarmentado: harto dinero he repartido entre pícaros embusteros.» Y aunque la segunda parte de la frase no sea verdad, diciéndola se da más energía á una negativa tan puesta en razón.

Si muchas gentes que así proceden fijaran la vista en el desgraciado ó desgraciada que les pide una limosna, puede ser que, por endurecido que estuviere su corazón, llevaran la mano al bolsillo y depositaran su óbolo en la temblorosa mano que aguarda la limosna.

La cara es el espejo del alma. Para probar este axioma no hay autor conocido ni texto en ningún idioma, ni citas de genios franceses ó alemanes, ni ecuación, ni cálculo matemático ó físico que pruebe esa *reflexión* no explicada en ningún autor de física.

Cada individuo es una prueba, cada rostro un texto, cada individuo un autor.

La expresión del dolor no se puede falsificar,

como la de la alegría, ó la de la ira, ó la del afecto que no se siente.

El mejor de nuestros actores no sabrá dar á su rostro la triste expresión que le da una noticia terrible y desconsoladora.

Se dirá que á dónde vamos á parar con tanta y tanta observación, y es llegado el caso de entrar en materia.

No hace muchas noches se acercó á mí un hombre, y me habló, con ese laconismo de la verdad, de la desesperación comprimida; del dolor que no da lugar á explicaciones, ni á buscar rodeos, ni á pintar con detalles minuciosos el cuadro de una situación horrible.

—¡No han comido *aún* aquellas criaturas! Soy un cesante.

Y aquel hombre lloraba como un niño, como llorarían tal vez sus hijos hambrientos.

¿Creéis que en cuanto vió en sus manos la moneda que yo puse en ellas se entretuvo en demostrarme su agradecimiento? No. Sin decir *gracias*, porque de fijo no se acordó de nada más que de que ya tenía para pan, y corriendo como un loco, se dirigió al primer puesto donde vió lo que deseaba, y una vez adquirido, volaba, más bien que corría, en dirección, sin duda, de su cuchitril.

La fisonomía de aquel hombre no podía engañar.

Pues bien: si aquel infeliz se hubiese acercado

á un hombre de dinero y le hubiera pedido una limosna, de fijo que la respuesta que hubiera merecido hubiese sido una risita sardónica acompañada de un ¿cree usted que somos tontos?, ó cosa por el estilo.

Pero... fuerza será hacer una nueva observación. El afán de no dar dinero puede muchas veces más en el ánimo de las gentes, que la buena intención. Muchos que no dan limosna, no lo hacen porque no crean que el que la pide la necesita, sino porque fingiendo no creerlo se ahorran el dinero.

Los *industriales* de oficio lograron, sin saberlo, una gran ventaja pecuniaria para aquéllos á quienes en un principio engañaron. Les autorizaron para desconfiar de los verdaderos pobres, y les hicieron ver en la incredulidad un medio cómodo de ahorrar dinero y de probar que no pasaban por plaza de tontos.

El perjuicio, como siempre, ha sido de los pobres.

Los pícaros tienen otros mil medios de vivir á costa del prójimo. Los que habían de dar limosna, no la dan. Los verdaderos pobres se mueren de hambre.

Ahora bien; el desgraciado que se ve solo, sin amparo, sin medios de subsistencia; que ve que los pícaros comen, y beben, y triunfan, y gastan después de haberle quitado el afecto de los que dan limosna; que no encuentra ni traba-

jo en qué ocuparse, ni puede ir á San Bernardino, ¿qué debe hacer?

Responda el lector, si es que lo sabe.

LA CALLE DE SEVILLA Y EL SUIZO NUEVO

I

QUERIDO Fabio: Tiempo há que tengo hecho propósito de referirte una porción de cosas que, llevado de mi carácter observador he visto y oído, y tiempo es de que traslade al papel mis impresiones, para que éste, á guisa de intérprete, te traduzca lo que se me ha ocurrido al hacer las observaciones de que te hablo.

Figúrate que estás á mi lado, y entramos, por la Carrera de San Jerónimo, en la por todos conceptos digna de estudio, calle de Sevilla.

La calle de Sevilla, ya recordarás, es corta y no muy ancha; en el comedio de ella hay colocados, á ambos lados, dos puestos de flores (1). Al lado de cada uno de estos puestos de flores hay una callejuela. Si es verdad que las calles tienen boca, aquellas dos bocascalles están di-

(1) Los había en 1865.

ciendo continuamente «*por aquí*» á los aficionados á cierta clase de pasiones. Si tú has entrado por allí alguna vez... habrás salido á la calle de Alcalá ó á la de Cedaceros. Son aquellos dos atajos que me hacen recordar un proverbio que dice: *no hay atajo sin trabajo.*

Sigamos calle adelante.

A la derecha, el Suizo nuevo; á la izquierda, los Andaluces; el templo de la Gula y el del dios Baco están abiertos para todo el mundo; es decir, para el mundo que tiene dinero.

Luego penetraremos en el primero de aquéllos; ahora quedémonos en la calle.

Si en algún sitio público se presenta la miseria de Madrid sin rebozo, sin temor de que las autoridades la echen del lado de los que no padecen, la calle de Sevilla es úno de ellos. Todavía más; en la calle de Sevilla la miseria se presenta con descaro, con insultante aspecto. Como el mendigo de la canción de Espronceda, parece gozar en manchar con su impúdico aliento á cuantos cerca de ella pasan. Y aquí debo advertirte, por si acaso no lo has observado, que la miseria que por esa calle pasea, no es la misma que pasea por las demás, sino la excepción de la regla, la que consigue inspirar á un tiempo lástima y desprecio, compasión y odio. Como la calle de Sevilla es travesía que sale á dos de las principales de la Corte, por ella cruzan *pêle mêle* gentes de todas las clases y

condiciones, de las cuales no te quiero hablar, supuesto que mi atención ha de fijarse en las que pasan la vida en aquella calle, en las gentes, en fin, que tienen en ella, como si dijéramos, el cuarto donde habitan, del cual es suelo el asfalto, techo el cielo, paredes las casas, y visitas las gentes que van y vienen.

Si vas á la calle de Sevilla á las tres de la tarde, verás á muchos individuos recostados en las esquinas de las paredes, ó en las puertas de los cafés Suizo y Europeo.

Allí se ven reunidos en amigable diálogo el cesante tronado y el negociante sin negocios; el escritor que no escribe y el militar que no milita; el pobre que pide limosna cantando, y el cantante que está punto menos que en la limosna; el pícaro que espera que pase su *primo;* el padre de familia que no sabe cómo dar de comer á ésta; el pilluelo, el torero, el revendedor; el ciego, el manco, el tullido; en una palabra, la diputación de la miseria, enviada por ésta á velar por sus intereses ante la vindicta pública; la representación del Madrid miserable esperando echar su memorial á la del Madrid opulento, que pasa y vuelve á pasar por junto á ella. Recuerda que los grupos mencionados se colocan siempre en las esquinas de la Carrerra de San Jerónimo y calle de Alcalá. Los coches que pasan cerca de ellos conducen al Madrid opulento; las esquinas que sostienen á los individuos de quien

me ocupo son el único sostén del Madrid miserable.

Pasan las horas, y cada uno de los que desde de la mañana se hallaban esperando hacer negocio al mismo tiempo que, como buenos españoles, hacían tiempo, van desapareciendo de la escena. El revendedor ha despachado sus billetes de teatro ó plaza de toros. El pícaro ha hecho su picardía; nunca falta una víctima. El ciego huye de la noche, su eterna compañera, que se acerca á pasos agigantados; el retirado busca un abrigo en cualquier café; el pilluelo va á tomar un sitio en la calle del Rubio; todos dejan el puesto á algún fosforero que canta *siete horas seguidas* (más que Tamberlik) ó á alguna pobre mujer que pide en voz baja una limosna por Dios.

Llega la noche, como si dijéramos, el día de Madrid, y entonces es cuando la calle de Sevilla ofrece el cuadro que me ha impulsado á trazar estos renglones. Entonces es cuando la miseria se pone en veinticinco alfileres, y dice invadiendo la calle: *¡paso, que mancho!*

Y efectivamente, si te acercaras á ella te mancharías, á pesar de lo deslumbrante que te se presenta.

Aunque tú, querido Fabio, quisieras fijarte, á las ocho ó más de la noche, en el miserable que te pide limosna, ó en el pobre vergonzante que se te acerca con parecido objeto, tu atención, fija en otra clase de miserias, no te permi-

ría hacerte cargo más que de éstas: la miseria del vicio es la que domina allí; las demás tienen que marcharse á otras calles, si quieren ser atendidas.

La calle de Sevilla, á pesar de estar en el centro de Madrid, á pesar de su café Suizo y de su café Europeo, á pesar de sus escaparates y de su mucho tránsito, está poco alumbrada; y esto, que es una falta de lesa municipalidad, es al mismo tiempo grande parte á que el efecto que la miseria causa, ó debe causar á los transeuntes, sea más (permíteme la frase), más fantástico y maravilloso. Sí: en aquel trozo de pavimento asfaltado, donde no se oyen las pisadas y donde la luz es escasa, los mil y mil fantasmas que lo pueblan, cubiertos de la cabeza á los pies por vistosos abrigos y exagerados adornos, no pueden menos de fascinar al que por primera vez los contempla; y como esos fantasmas no pueden infundir miedo, porque son generalmente muy simpáticos, no hay medio de resistir á sus encantos; y no lo dudes, consiguen su objeto, logrando al mismo tiempo que nadie les increpe, supuesto que, como Monte-Cristo, todas las bocas se cierran con oro, consiguiendo por ende dar beneficios al comercio, á la industria, á la fotografía, á la medicina, y á la Administración.. Estos son hechos que se pueden probar con la lógica de los números, que es una inflexible lógica.

Esas pobres muchachas que á tal hora y en tal calle pasean, son felices porque ignoran la miseria en que están sumidas; son elegantes porque en serlo estriba el resultado de sus planes; son altaneras porque se ven aduladas; son insensibles porque han agotado el sentimiento: son lo que son, porque no las han educado. Todas estas cualidades, unidas á la principal, á la irresistible de la gracia, forman un conjunto muy parecido á la novela francesa: bonito en la forma, inmoral en el fondo. La forma es lo primero que la vista percibe; el entendimiento se embota, la pasión domina, y el que más y el que menos, como dicen, se lanza en pos del placer y... negocio hecho. La miseria, aunque parezca extraño, se hace respetar, se hace pagar, y todavía muestra un desmedido orgullo; el hombre más digno de elogio es capaz de irse detrás de uno de esos fantasmas, que todo lo invaden.

En tanto, las niñas honestas de hechiceros ojos y de apasionado corazón, no encuentran un novio por un ojo de la cara. En tanto, Fabio amigo, las verdaderas víctimas de la miseria piden *una lismosna por Dios*, acaso á las que han sido objeto de mis anteriores consideraciones, y reciben un empujón ó un insulto.

¿Te ha hecho mal efecto lo que te acabo de decir? Lo siento, te pido perdón y te convido á tomar una taza de café.

Entremos en el Suizo.

II

¿Qué te parece, querido Fabio, de este cuadro? ¿Qué de este incesante ruido de palabras, choque de vasos y botellas, y palmadas, y saludos, y despedidas, y salidas, y entradas, y ternos, y vótos, y voces, y gritos? En una palabra, ¿qué te parece de esta elegantísima taberna?

Cada mesa es un periódico, en el cual domina la gacetilla. Cada botella es un apuntador, que obliga á cada bebedor á decir calenturientos discursos. Cada taza de café es un abismo sin fondo, del cual se van sacando asuntos, chistes, crónicas, verdades y mentiras. ¡Qué de conversaciones, qué de cosas! ¡Oh! si yo pudiera oir á la vez cuanto se habla en el Suizo nuevo durante una noche, mi libro sería *La miseria en N tomos*, para valerme de una fórmula matemática, en la cual haré á N igual al infinito.

Pero dejemos la miseria ahora y obedezcamos á un personaje de una comedia de Moratín; «Al café se va á tomar café.»

Acabo de decirte esto y ya me retracto. Es imposible que permanezcamos en el Suizo sín que la miseria venga á molestarnosy á obligarnos á que fijemos los ojos en ella. Ya lo estás viendo. Este señor que se acerca y nos cuenta

que su esposa está enferma y que de sus cinco hijos dos están enfermos también, y que él no encuentra colocación, y que todo está tan caro, y que nos cree caritativos, y que nos ruega que le dispensemos la libertad que se toma, y que nos dice que nunca ha pasado por el duro trance de pedir una limosna, ha obligado á nuestra taza á detenerse en el camino del platillo á los labios, y fuerza será que prestemos oído á un desgraciado padre de familia. Tome usted, amigo mío, tome usted, y que sus hijos y la enferma se alivien. Vaya usted con Dios.—¿Cuánto le has dado, Fabio?—Dos cuartos.—¡Vamos! no es mucho. ¿Qué dices?—¿Que tal vez sea un pillo, embaucador de tontos?—No se me había ocurrido eso, ¿si tendrás razón?—Téngala ó no la tenga, dale tú limosna y Cristo con todos.

Mira ese joven que te ofrece unas entregas. ¿A ver?—¿Qué es eso, joven?—Novelas.—Veamos los títulos: *La Biblia;* hombre, por Dios, ¡si me ha dicho usted que son novelas! Vaya usted en gracia, y hágame usted el favor de vender *La Biblia* por separado.

¿Has visto ese repartidor de novelas, Fabio? Pues el otro día me dijo que gana *tres reales diarios* á ese oficio, y con esos tres reales diarios ha de poner un puchero para él y para su madre, ha de pagar al casero, se ha de vestir, y se ha de comprar un par de zapatos cada quince días, porque anda mucho y rompe mucho cal-

zado. ¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo? Continuemos tomando café.

¿Otra interrupción? Éste ofrece navajas, jabones, jemelos, peines, carteras, portaplumas, boquillas, y... ¿qué más? ¿qué te ha dicho en voz baja?

Mira, Fabio, ese niño que se te acerca y te da un papel manoseado y doblado en todas direcciones; vamos á ver... ¡pobre niño! su madre viuda, según dice, de una persona *decente y muerta,* te pide una limosna, abusando de tu corazón y de la ortografía española. Aquí sí que se me figura que hay *intríngulis*. De todos modos ese pobre niño me da lástima, y es preciso que no te limites á darle un terrón de azúcar. Dale dos cuartos y deséale una madre que no sea madrastra.

¡Hola! este nuevo personaje que se acerca á la mesa nos ofrece comedias, *á elegir,* como los melones: *La vida es sueño;* cómprala, Fabio.—¿Cuánto vale?—Un real.—¡Caramba! y ¡dicen los inteligentes que vale un tesoro!

¡Pero... calle! ¿qué invasión es ésta? ¿No ves esa nube de chiquillos que acaba de descargar sobre el café? ¿Qué quiere decir esto? Fabio, ¿si estará el rey Herodes asomando las narices por la Puerta del Sol? Oigamos qué gritan. ¡Ah! ya, *La Correspondencia!* Ya pareció aquéllo.

Amigo mío, esta es una miseria que no te puedo explicar aquí. Es preciso que nos colo-

quemos frente á frente de todas sus víctimas. Es necesario que nos traslademos á otro lugar. Así, pues, acaba de tomar el café, toma en seguida el sombrero, toma la puerta después y vámonos inmediatamente á la calle del Rubio.

¡LA CORRESPONDENCIA!

Si alguna vez he creído ser víctima de la miseria, esta vez fué la primera que contemplé la escena que quiero describirte.

Tú ya sabes que las oficinas de *La Correspondencia* están en la calle del Rubio. Es ésta retirada y silenciosa, un poco larga, otro poco estrecha y otro poco obscura. A las ocho de la noche apenas transita gente por ella. Lo de silenciosa y retirada la da cierto aspecto un poco temible en invierno. Lo de obscura le hace parecerse á la de Sevilla, y este parecido le verás comprobado cuando la miseria salga por ella gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Yo hice esta observación una noche que en mal hora pasé por la susodicha calle.

Sucedió, pues, que á tiempo que daban las nueve en varios relojes de esta coronada villa, quiso mi mala suerte que por la calle del Rubio pasara yo, y me detuviese en el comedio

de ella á leer lo que en los cristales de un gran farol había escrito. Creí al principío que allí vivía algún cirujano ó alguna comadre, pero me equivoqué, pues el farol, ó farola, que en esto del sexo no estoy seguro, me dió á entender que quien allí habitaba era esa señora, que todo lo sabe y dice por poco dinero, y á quien llaman *La Correspondencia de España.* Leído que hube aquellas letras, me disponía á seguir mí camino, cuando ¡oh sorpresa! querido Fabio, ví abrirse una de las puertas de aquella casa y dar paso á una falange de gentes diferentes, que súbito invadieron la calle, ¡pero de qué modo! Dábanse de codazos y empujones para salir todos á una. Éste soltaba un terno, aquél una blasfemia; quién reía desesperadamente, quién lloraba de tal modo, que daba lástima verle. Algunos hubo que rodaron por el suelo sin poderlo remediar, según era la confusión y prisa de los que detrás de éllos salían. Me ví rodeado de una turba desesperada, que sin reparar en mí, ó reparando demasiado, y considerándome como un obstáculo para su marcha, me dió tales acometidas y tan bruscos ataques, que á no refugiarme en el portal de una casa, acaban con mi débil individuo. Lo vuelvo á repetir, creí morir entre la miseria.

Cada sér de aquellos que á la calle salieron llevaba debajo del brazo izquierdo un gran paquete de periódicos, y uno ó dos de éstos en

la mano derecha, y cada cual con diferente tono, con una voz indefinible, con una ansiedad casi mortal, con un acento en el que iban expresadas mil y una afecciones, se desparramaron por las calles adyacentes á la del Rubio gritando: *¡La Correspondenciaaa!*

Y allí era de ver el afán con que el chicuelo desarrapado, ganando en agilidad á la harapienta mujer, ó al miserable anciano, corría como un gamo por llevarles ventaja y llegar antes al centro de Madrid, donde, de seguro, hay más compradores, no sin procurar hallarlos en su carrera. Allí era de ver la negra intención del *granuja* ingenioso, que dando un empujón á la pobre vieja que apenas podía andar, lograba hacerla caer para vender en tanto dos ó tres números del periódico, que ella hubiera podido despachar primero. Allí era de ver como lloraba, y pateaba, y se daba de cabezadas contra la pared el chiquillo que esperaba á que su compañero viniera con el paquete para vender en sociedad, y que al ver que éste se retrasaba creía perdida una buena parte de la venta. Allí era de ver como algunos de los que primero habían salido, fatigados de correr, apenas podían gritar y balbuceaban el nombre del diario de los 25.000 ejemplares. ¡Qué cosa .n horrible, amigo mío!

Entre esta miseria y la de que en el artículo nterior te he hablado, hay, como puedes com-

prender, una diferencia notabilísima. Tan sólo se parecen en una cosa, y es en que ambas se presentan desembozadamente, en especial la de que ahora me ocupo, que muchas veces va casi desnuda.

La Correspondencia de España tiene el honor de merecer del público de Madrid una mirada diaria.

Pues bien; sabiendo que no hay un madrileño que se acueste sin haber leído ese papelito tan ingeniosamente redactado, no es difícil comprender que los 25.000 ejemplares, ó poco menos, se despachen, como dicen, en un credo, lo cual viene á probarnos que esa turba de que más atrás he hablado, vende los ejemplares que lleva; pero como el *quid* de cada vendedor consiste en despachar más ejemplares que sus colegas, sucede lo que ya te he dicho; es á saber: que los gritos, las imprecaciones, los golpes, y en una palabra, ese drama de costumbres populares que se repite todas las noches en el gran teatro de la Corte, pone de manifiesto el gran número de víctimas de la miseria de Madrid.

Prueba á hacer el cálculo de cuantos revendedores tiene *La Correspondencia*, y no te será posible, porque si quieres calcular por el número de aquéllos que van á tomar los ejemplares á las oficinas del periódico, yo te diré que hay muchos entre ellos que tienen hecha una especie de contrata con otros, á los cuales ceden parte

de los números que toman, y éstos á su vez forman sociedad con algunos otros más, y así sólo se comprende que en poco menos de tres horas *La Correspondencia* recorra *todas* las calles de la Corte. Pregúntote ahora: ¿habrá miseria en esta villa?

Y no me digas que muchos de los que venden *el papelito* no son miserables ó desgraciados, porque durante el día se ocupan en otra cosa y durante la noche se dedican á aquella industria, pues yo te responderé que son los menos, y que excluyéndoles de nuestro cálculo, en unión de algunos fosforeros y gente parecida, todavía nos queda un número tan grande, que la sola contemplación de la cifra que lo representa, basta para conmover á cualquiera que se compadezca de los que sufren esa pícara enfermedad que se llama el hambre.

Ese grito que por todas partes se oye desde las nueve de la noche en adelante es, en un lenguaje que podremos llamar el lenguaje de *La Correspondencia*, la traducción de estas palabras castellanas: «No tengo para cenar esta noche.» Los muchachos, los viejos, las mujeres que venden ese periódico se diferencian de todo el género humano..., ¿Sabes en qué? Pues si no lo sabes observa conmigo que todo el mundo quiere ganar algo para comer: ellos quieren ganar algo... para cenar.

Excuso decirte que para muchos de ellos la

cena es la comida. Pasan todo el día esperando que llegue la noche para dar su grito de costumbre, grito que puede considerarse como el de ¡socorro! que da la víctima del asesino en medio de la calle. El asesino es la miseria. Las gentes que tienen para cenar, ó mejor dicho, las gentes que no cenan, salen de los teatros y compran *La Correspondencia*. A nadie se le ocurre que hace una obra de caridad, y cada cual compra el periódico por saber *qué hay de cosas*, sin reflexionar en que da una limosna; tal vez si lo reflexionasen, no lo comprarían. Compradores hay que después de tomar el periódico no quieren incomodarse en llevar la mano de nuevo al bolsillo para dar otros dos cuartos á un pobre que se los pide.

La Correspondencia ha dicho: «*dejad que los pobres se acerquen á mí*» y les ha marcado el camino que deben seguir para que al mismo tiempo que ella hace negocio, los pobres cenen. Esto es altamente religioso, altamente caritativo. No se puede pedir más. El periódico vale... ¡dos cuartos! No se puede pedir menos.

La miseria va viviendo, en lo cual no hace poco. Ella se remedia, *La Correspondencia* está remediada, nosotros buscamos en ésta remedio á los males del país, y todos nos remediamos.

Algunos infelices, que no pudieron correr por la noche, ó no encontraron compradores, ó fueron víctimas de alguno de sus compañeros

de venta, pasan la noche en un portal sirviéndoles de almohada el periódico que no pudieron despachar, y á la mañana siguiente, con el rostro demacrado, los ojos hundidos, casi muertos de frío y hambre, dan al viento este grito, que es el resumen lastimoso de este capítulo de miserias:

—¡*La Correspondencia*... de anoche!

Estas dos últimas palabras encierran toda la desesperación, todo el dolor que puede sufrir un mortal en veinticuatro horas de ayuno forzoso.

EN UN COCHE DE PLAZA

(**Diálogo á obscuras.**)

Leonor, ¿me quieres decir cómo te llamas?

—¡La pregunta es chusca! me hace gracia...

—No es chusca; es hija de la observación. Conozco tantas Leonores, tantas Lauras, tantas Adelas, que se llaman Juana, ó Pepa, ó Manuela, respectivamente!

—¡Ay, qué pícaro! pues es verdad; mira, yo me llamo María... sino que como ese nombre está tan gastado...

—¿Sabes lo que dices? sabes que ese nombre...

—¿Pero á qué viene todo eso? ¡qué tonterías!

—Dispensa que te moleste, María. Dime, ¿dónde naciste?

—En Oliete.

—¿Dónde está ese pueblo?

—En Aragón.

—¡Ah! ya, yo creía que eras andaluza; como ceceas...

—Así es más bonito.

—Sí, ya me figuraba que esa era la razón. Y dime, ¿dónde pasaste tus primeros años?

—En el pueblo.

—¿Vivían tus padres?

—Sí; ¡ay Dios! me recuerdas unas cosas...

—Acaba.

—Que me ponen triste.

—¡Hola! No importa; hazme el favor de responder á todas mis preguntas.

—¡Bueno!

—¿Cuánto tiempo estuviste en tu pueblo?

—Hasta que cumplí quince años.

—¿Y cómo fué que saliste de allí?

—Porque mi madre quiso que fuese á Zaragoza á servir.

—¿A servir de qué?

—De criada.

—¿Y tu padre?

—Mi padre era leñador, y un día, poco antes de salir yo del pueblo, se dió un golpe con el hacha en una pierna, y á consecuencia de él murió.

—¿Erais muy pobres?

—Mucho, ya ves, un leñador...

—Es claro. Conque decíamos que fuiste á Zaragoza...

—Sí, y me puse á servir á unos *peleles* que tenían mucho dinero. A mí me *cargaba* aquello. Mi señora iba muy elegante y yo hecha un pingo: yo ganaba... ¡treinta reales al mes! ¡Me da risa pensarlo ahora!...

—Sigue; me gusta mucho lo que me vas contando.

—Pues verás; un día el señorito me regaló un vestido nuevo...

—Sí, y luego otro, y después otro mejor. Adelante.

—Cómo sabes...

—Me lo figuro.

—En fin, salí de la casa despedida por la señora. Tenía un genio inaguantable. Pues señor, cansada de servir aquí y allí determiné no servir más y procurar vestirme mejor; á mí siempre me ha gustado ir elegante. Afortunadamente encontré una buena mujer que me dió un traje precioso.

—¡Te dió! ¡qué generosa!

—Es decir, yo tenía que darle todos los meses una pequeña cantidad. Esto no me fué difícil porque tenía muchos amigos. ¡Había allí unos muchachos tan amables! Uno de ellos me dijo un día que allí me moriría de hambre, me indicó que en la Corte lo pasaría en grande, y vine

á la Corte. Aquí todo fué alegría y jarana; ¡qué vida tan alegre! Esto es el Paraíso...

—¿No se ha enamorado ningún hombre de tí?

—¡Muchos, muchísimos!

—¿Y tú?

—Yo... no. ¡Si eso del amor es una barbaridad!

—María, ¿si yo te dijese que te quiero?...

—Serías un bárbaro.

—Volvamos á la cuestión. Tú viniste á Madrid...

—Sí, hombre, sí; ¡qué pesado eres!

—¿Y tu madre?

—¿Mi madre? ¡mi... mi madre!

—¿No te has acordado de ella hasta ahora?

—No... ¡no!

—De modo es, María, que tu madre se habrá muerto pensando en tí, llamándote acaso, y tú la has abandonado y la has dejado morir por culpa tuya. Tú, haciendo caso de la *buena mujer* que te marcó la tortuosa senda que has seguido desde que saliste de tu pueblo, te has olvidado de ser buena. No tienes entre tanto amante uno solo que te pueda hacer dichosa por toda la vida, ni á quien tú puedas dar el dulce nombre de esposo; no sabes hoy qué será de tí mañana, y sin pensar en que pronto dejarás de ser joven y hermosa (y entonces nadie fijará los ojos en tí) vives en el placer, corres de un lado á otro, como ciego que bus-

ca la luz, y truecas, por el novelesco nombre de Leonor, el santo y dulce nombre de María!... ¿No te fuera mejor trabajar como tantas otras muchachas, que pasan la semana cosiendo y cantando, y van el domingo al Retiro acompañadas de su madre y de su novio, oyendo de los labios de éste palabras sinceras y formando planes venturosos para lo porvenir? Esas muchachas son más felices que tú... porque son más honradas.

—¡Dios mío... Dios mío!

—¿Lloras, María?

(Momentos de silencio).

—¡No, señor! Si crees que lloro, estás muy equivocado. ¿Tú quién eres para reconvenirme de ese modo? ¿Para esto me has invitado á dar un paseo en coche? ¡Te voy á sacar los ojos!

—¡Pero... escucha!

—¡Eh, cochero! !pare usted! ¡pare usted! Me has hecho perder un tiempo precioso. ¡Las once! ¡Y yo que quería haberme comprado esta misma noche un par de guantes nuevos!

—No te apures, no has perdido el tiempo, todavía están las guanterías abiertas. Toma mi tarjeta, ve á casa de Clement y toma todos los guantes que quieras.

—¿Todos los que quiera?

—Sí.

—Adiós.

—Pero oye...
—¿Qué?...
—¿Te buscarás un novio? ¿Trabajarás?
—¡Sí, ya baja!
—¡María, escucha!
Ella. Es muy tarde, necesito unos guantes.
Él. ¡Qué miseria! ¿Dónde vamos á parar?
El Cochero. *¡Dunde usted quiera!*

MISERIAS CÓMICAS

Historia de una tagarnina.

I

NACÍ en Alicante; mis padres fueron un tronco de nogal y una hoja de álamo machacados y picados *in sieme* y cubiertos con media hoja de tabaco por la mano de una moza á quien llamaban por mal nombre *la Pelona,* que trabaja en un cuchitril en compañía de uno á quien decía primo, y que yo no dudo que lo era. Arrullaron mi cuna las libres canciones de *la Pelona* y los ternos del primo. Cuentan que la hoja de tabaco que cubría mis interioridades, dijo en más de una ocasión parodiando á Quevedo:

Yo el menor padre de todos
los que hicieron ese lío...

pero mi confeccionadora le tapó la boca con un poco de rom para que no se lamentara... y para que yo fuera flojo. Me crié flojo, y así he logrado que la suerte me vuelva la espalda y que todo me cause espanto.

Así que el primo de *la Pelona* creyó que yo estaba en disposición de salir por esos mundos de Dios, me encerró en un cajón con ochenta y cinco compañeros parecidos todos á mí. Éramos, pues, ochenta y seis, pero no por eso dejaba de asegurar el primito que llevaba cien cigarros de la Vuelta de abajo. Ignoro de qué vuelta soy; sólo sé que la mía á la casa paterna fué la del humo, supuesto que aquel pícaro embustero, que nos sacó á vender como negros, á pesar de que casi todos éramos verdes, aseguró á un cierto caballerito, muy rico, que veníamos de la Habana, con lo cual logró que aquél le diera cuatrocientos reales por nosotros, cuando lo que merecía eran cuatrocientos grillos que le amarraran manos y pies para que sirviera de escarmiento á truhanes embaucadores.

Encima de la chimenea de un cuarto de una fonda se deslizaron los días de mi infancia. El caballerito que nos compró á tan caro precio, iba tomando todos los días á aquellos de nosotros que le venían más á la mano, y ¡oh fiero trance! chupaba y rechupaba, quemándolos como fueran herejes ó relapsos.

Yo aguardaba mi vez con un valor heroico-

Un día vino un joven á visitar á nuestro amo. Éste echándolas de galante, tomó el cajón donde estábamos los pocos que habíamos permanecido libres del tormento y ofreció cigarros á su amigo.

El amigo agarró cinco.

Esto es muy general.

Uno de los agarrados era yo.

Pasé á ocupar lugar en un bolsillo del gabán del amigo. Todavía no había llegado mi hora.

Mientras los dos amigos hablaban, pude observar quiénes eran mis compañeros de bolsillo.

Un retrato de una mujer muy hermosa, un rizo y dos cartas de letra femenina (permítaseme la frase), alternaban en una cartera con unas tijeras, un limpia uñas, y un cepillo de bigote.

Rozando con mi cubierta se hallaba una caja de fósforos; parecía que el destino me colocaba junto á mis verdugos.

Enfrente de mí había un par de guantes negros, fatídicos, cuyos dedos me parecía que pronto habían de oprimirme y exterminarme.

El miedo me dominó; perdí el sentido.

....

Cuando volví en mí, me encontré en un camarote de proa de un vapor que bogaba

viento en popa á toda vela.

Quise ver algo de lo que por fuera del gabán

pasaba; pero de pronto el gabán se abrochó y quedé sumido en la obscuridad más completa.

Algunos días después supe que me hallaba en la Corte, por una carta que entró á hacerme compañía en el bolsillo, y en el sobre de la cual pude leer *Madrid,* en muy mala letra.

Imposible me parecía haber llegado ileso desde Alicante á Madrid.

¿Qué suerte me esperaba?

Esto merece capítulo aparte.

II

Oí estas palabras:

—¿Tienes un cigarro?

—Sí, contestó mi dueño, pues á él se dirigía la pregunta.

Y á los dos minutos sentí que unos dedos de hierro me cogían y me sacaban á la luz.

Otros dedos me cogieron en seguida y comprendí que mis momentos estaban contados. El amigo del amigo de mi primer amo se asomó al balcón, y entonces ví que me hallaba á la altura de un cuarto quinto.

No bien había hecho esta observación, cuando sentí que me aplicaban un fósforo á la cola. No puedo explicar el efecto que aquel tormento

me produjo. No era sangre, sino fuego, lo que circulaba por mis venas.

Pueden ustedes creer que en aquel momento estaba quemado.

De pronto mi dueño exclamó:

—¿Sabes, querido, que este cigarro es detestable?

—No digas disparates, le respondió su amigo; parece que no has fumado nunca vegueros.

—¿Cómo vegueros?

—Ese es un veguero de la Vuelta de abajo.

A no haberme hallado en tan dolorosas circunstancias le hubiera dicho: «hágame usted el favor de no confundir las razas, caballero.» Pero no pude hablar. Estaba medio asado.

Mi atormentador dijo á su amigo:

—Pues mira, con ser veguero y todo, lo voy á arrojar á la calle.

Yo estaba frito.

—Eso probará que no entiendes de tabacos.

—¡Hombre, si este es un pedazo de nogal!

A pesar de hallarme en un estado febril, no pude menos de regocijarme al ver que ál cabo me habían reconocido. Ya podía morir tranquilo.

—¡Que digas que esto es nogal! exclamó mi anterior dueño, cogiéndome de entre los dedos de su amigo.

—¡Que digas tú que esta tagarnina es un veguero! respondió el otro recobrándome.

—¡Pero hombre, si no hay más que mirarlo! insistió mi defensor, volviéndome á arrebatar de las manos de mi enemigo.

—Eso te digo yo, replicó éste volviéndome á coger.

Aquellos zarandeos me trastornaron por completo. Perdí el sentido, ó, para hablar más claro, me apagué.

Al poco rato, un terrible golpe me hizo volver en mí. Me acababan de arrojar desde el quinto piso á la calle.

III

Pero no bien hube tocado al suelo, cuando sentí que una mano caritativa me levantaba y me colocaba en un cómodo lecho, es decir, en el bolsillo de un chaleco.

Era completamente de noche. Yo sentía que me conducían no sé en qué dirección. Después comprendí que mi caritativo personaje subía escaleras. Más de cien debió subir, según el tiempo que en ello empleó.....

Por fin sentí crugir una puerta, rechinar una llave y volverse á cerrar aquélla.

Una mano entró en el bolsillo y me sacó de él.

Ví que me encontraba en una bohardilla, pero en una bohardilla de las peores de Madrid.

IV

Si yo les dijera á ustedes que me estuvieron chupando siete meses sin acabarme de fumar, ¿lo creerían?

Créanlo ó no lo crean, lo diré; y para que se convenzan, les contaré cual fué mi suerte desde que penetré en la bohardilla.

El hombre que me recogió, cuando aquel ingrato fumador me arrojó á la calle, era un genio.

Con esto queda probado que nunca tenía un cuarto.

Traducía folletines, escribía romances, confeccionaba dramas, arreglaba comedias y hacía otras varias cosas que le proporcionaban un pedazo de pan para no morirse de hambre.

Me cabe la honra de haberle inspirado en más de una ocasión.

Cuando escribía versos, yo no me separaba de sus labios; puedo decir que fuí, como si dijéramos, el incensario de aquella imaginación creadora.

«La sangre de los mártires caerá gota á gota sobre las cabezas de los tiranos,» escribía en cierta ocasión.

Yo representé la frase. Mi ceniza cayó grano á grano sobre el punto de una *i*.

¡Pobre hombre! Era muy desgraciado.

Veía que muchos literatos de plazuela se creaban por sí mismos una reputación de bombo y platillos, y él, en tanto, se moría de hambre.

En más de una ocasión sus lágrimas me apagaron. Lloraba, y pedía á Dios que le concediera cuando menos una plaza de gacetillero.

Su delicia era fumar, y el infeliz no contaba más que conmigo. Así sucedía, que me encendía, me daba dos ó tres besos, y, al mismo tiempo, en vez de cogerme como todos los fumadores cogen á sus cigarros, me apretaba por un extremo de los dedos índice y pulgar, y, naturalmente, yo me apagaba en seguida.

Le perdono los tormentos que me hizo sufrir, en gracia de la triste situación por que aquel desdichado atravesó.

Algunas veces el dolor me irritaba, y en un arranque de furor, no podía menos de vengarme, y le quemaba las yemas de los dedos. Con varias venganzas de este género se las puse negras.

Siete meses se pasaron así. Siete meses, durante los cuales visité todos los cafés de Madrid, todos los teatros por dentro, todas las redacciones de los periódicos, todas las casas de juego, todos los espectáculos que no costaban dinero. En todas estas excursiones yo lo

observaba todo con calma, porque generalmente iba apagado.

Un día nos echaron de la bohardilla, y aquella noche la pasamos en la plaza de Oriente.

Yo estaba ya próximo á extinguirme. A fuerza de chuparme y rechuparme, de apagarme y encenderme, el vate me puso, como dicen, á las puertas de la muerte.

No me quedaban más que dos dedos de vida. Era ya imposible que mi hombre me chupara sin quemarse los labios.

La mañana siguiente á la noche que dormimos al aire libre, el poeta me dirigió una mirada desconsoladora... y me arrojó al suelo lanzando un suspiro.

Caí encima de un pedazo de *La Correspondencia.*

V

En aquel trozo leí otro de una noticia. Se decía en ella que el gobierno trataba de dirigir la vista hacia los poetas.

No lo creí; pero no pude menos de recordar los siete meses que el poeta me tuvo en su poder, y dije para mí: si el gobierno tendiese la mano á muchos que hoy están en la miseria,

como el que me acaba de arrojar aquí, ellos y la nación ganarían mucho.

Héme aquí esperando acabar mis días.

Ya sé cuál será mi suerte. Vendrá un chiquillo, me cogerá, y, en unión de algunos desdichados como yo, me llevará á alguna portería, ó á algún café, donde me picarán, me pondrán un sudario de papel de hilo, y me venderán como habano. Mi tumba será la boca de algún tonto.

¿Qué quedará de mí? Un recuerdo triste y el aroma que he dejado en la bohardilla.

Podré decir parodiando al rey francés:

Todo se ha perdido, menos el olor.

¡POBRES MUCHACHAS!

¿QUÉ culpa tienen en ellas?

Ya saben ustedes de quiénes hablo.

¿Qué culpa tienen ellas, repito, si no las han educado?

Ni tuvieron cuando eran niñas, una madre que las enseñara á ser buenas, ni supieron nunca lo que es amor.

Nacierón con fatal estrella. Oyeron lo que no debieron oir, supieron lo que nunca saber debieran, leyeron tal vez lo que no debieron leer.

Les enseñaron, á lo sumo, el Catecismo de Ripalda, la Cartilla, los Ejemplos morales y las Fábulas de Martínez de la Rosa.

En cuanto pasaron desde la antesala de la infancia al deslumbrante salón de la juventud, se quedaron ciegas, no vieron la senda que debían seguir.

Se quedaron sordas; no oyeron la voz del amor, ni la del deber, ni la de la honradez.

Tenían ojos y no veían; tenían oídos y no oían.

Las presentaron en los salones de la juventud, sin advertirles que en muchos ángulos de aquellos faltaba el suelo bajo los pies, y era fácil caer en un precipicio.

No les enseñaron más que á sonreir con estudio, á hablar con libertad, á vestir con lujo.

¿A quién no le deslumbra el oropel?

Las debieron enseñar á amar á un hombre y á apreciar á todos, y precisamente les enseñaron á amar á todos sin apreciar á ninguno.

Ellas tenían un corazón, y en él amor, y no lo sabían; todavía no lo saben.

El amor, en el corazón de la mujer, es como el diamante en el carbón. Allí hay fuego, muerte y luz. Es preciso sacar el diamante del carbón, es preciso que la luz brote, que el fuego y la muerte desaparezcan.

No hubo quien sacase el diamante, y el diamante está todavía en bruto.

Ellas nacieron buenas, como nacen buenos casi todos los séres racionales. Les sucedió lo que á la mayor parte de éstos; no siguieron siendo buenas porque las inclinaron al mal.

También las hay entre ellas, quienes, desoyendo la voz de la verdad, se han arrojado en los brazos de la mentira.

Pero tienen la disculpa de la falta de educación.

Eran pobres, quisieron trabajar y no encontraron trabajo.

No lo encontraron, porque en España el trabajo de la mujer está reducido al cosido, al bordado. Y para esos dos ramos ¡hay tantas muchachas!

Esas tantas, por muchas que sean, no pueden ser todas. Las que no están comprendidas en las tantas que trabajan, están siendo cada cual *una de tantas*.

Los gobiernos que aquí mandan no reparan en eso: no reforman, no inventan algo. No comprenden que la mujer española se pueda sentar detrás de un mostrador á vender telas, ó á vender cigarros, ó á componer abanicos, ó á llevar un libro de caja.

No quieren volver la vista á Francia, á Inglaterra; no quieren comparar, porque verían que no saben dar impulso á las artes, al comercio, á la industria, á las manufacturas.

Prefieren tener un negociado en sus oficinas para reglamentar á una parte del sexo bello (1).

Volvamos á ellas.

No pudieron trabajar, no pudieron tener el valor, el heroísmo de morir antes que sucumbir, y sucumbieron. ¿Y cómo no habían de sucumbir si la seducción continua y los alicientes que á ésta acompañan siempre, las hicieron caer?

Son débiles, son descendientes de aquélla que

---

(1) 1866.

todo lo sacrificó al gusto de clavar sus dientes en una manzana.

Debemos perdonarles su debilidad.

Dejadlas, vosotros los que las increpais. Dejadlas; el mal ya no tiene remedio; hoy son bellas; mañana sus frescas mejillas perderán ese color sonrosado y ese brillo seductor que hoy tienen.

Su porvenir es muy obscuro. Salieron de la miseria, pero no observaron que la serpiente se mordía la cola, que iban á recorrer un círculo.

De la miseria salieron, á la miseria volverán. Hay una cosa, que pertenece al gobierno, donde todas ellas tendrán segura hospitalidad cuando no puedan arrastrar sedas y blondas, cuando no puedan aparecer por calles y paseos amenazando á todo el que pasa por su lado con sus incendiarios ojos.

Esa gran casa es... el hospital.

¡Pobres muchachas!

PARÉNTESIS

LA opulencia es muchas veces la máscara con que se engalana la estupidez. Hay en Madrid algunas cabezas de las cuales Gall no podría decir nada. *Aimable*, ó *Sisí*, ó *Cúchares* podrían decir mucho de ellas.

—

Entre el pobre que nos pide limosna en la calle y el amigo que nos pide cuatro duros en casa, existe una sola diferencia. El primero es nn pobre y el otro es un pobretón. Siquiera el segundo se da el tono del aumentativo y merece consideración por su categoría.

—

—¿Cuánto vale ese cigarro, mozo?

—Ocho reales.

—¡Uf! ¡qué miseria! dame diez.

Un año después:

—¿Mozo, me quiere usted dar un cigarro?

—Me lo han prohibido: debe usted dos docenas.

—¡Ni uno siquiera! ¡qué miserables!

—

Muchas mujeres que pasean por las calles de Madrid me parecen una especie de *cosa* que se compra y se vende como un objeto de bisutería. Al verlas tan hermosas y tan falsas, tan elegantes de cuerpo y tan negras de alma, cada cual de ellas me parece un sér que Dios empezó y acabó el demonio, el cuarto enemigo del alma, el octavo pecado capital, la gloria de un crimen, el índice de un libro en blanco.

—

Se habla de grandes seductores y se murmura de grandes miserables. Se admira la miseria de los que engañan á una mujer, y se censuran las faltas cometidas por las víctimas de la miseria. Entre un Juan Tenorio y un Juan Valjean, estoy por el segundo.

—

¿Qué es lo más necesario para vivir?

La física. El aire.
El Siglo. El dinero.
La Religión. La fe.
La Miseria. ¡El pan, señores, el pan!

—

Un usurero me decía en cierta ocasión:

—Crea usted que al prestar dinero no hago egocio; todo el que puedo hacer es nada; una iseria.

—¡Cuántas miserias habrá usted hecho! me ocurrió decirle.

—

Parece que la miseria se aproxima al cielo y la opulencia á la tierra. Obsérvese que ésta habita en los cuartos principales y aquélla en las bohardillas. Si á un millonario le dijeran que un pobre podía estar sobre él, se irritaría y negaría esto, que es una verdad, supuesto que hay infinitas familias sumidas en la miseria, que están pisando continuamente sobre infinitas familias que nadan en la abundancia.

—

La miseria es la muerte, ha dicho un escritor francés. La miseria es la vida, escribió un loco en Inglaterra. La miseria es la muerte en la vida, ha sentado un escritor alemán encomiador de los pobres.

—

Ha dicho Smith que el trabajo es una moneda corriente. Un jornalero que oyó esta frase me dijo:

—Hace veinte años que tengo las manos llenas de dinero, y nunca he podido reunir cuatro duros.

—

Érase un pintor que no tenía sobre qué caerse muerto. Un pariente suyo, banquero, le escribió en cierta ocasión:

«Píntame un cuadro sobre este asunto: *La miseria personificada.*»

El pintor se retrató y envió el retrato al pariente. Al mismo tiempo le contestó:

«Allá va el cuadro; envíame dinero.»

El banquero volvió á escribir:

«Eres muy gracioso, pero no has pintado lo que yo quería. Te envío veinte reales pero á condición de que me pintes una miseria.»

Entonces el artista pintó un duro y envió su cuadro al banquero.

LA NIÑA PERDIDA

I

Marido, mujer é hija.

El año de 62 vivía en Madrid una familia, de la cual, siguiendo una antiquísima costumbre de cuantos escriben cuentos y novelas, diremos que era pobre, *pero honrada*. Componíanla un anciano á quien los vecinos de la calle de Tudescos llamaban el *viejo manco*, porque, en efecto, lo era, merced al cariñoso saludo que una bala le hiciera en los campos de Navarra, allá por los años en que Zumalacárregui y Zurbano disputaban sobre quién era mejor, si doña Isabel ó don Carlos. Martínez, que así llamaban al viejo sus compañeros de armas y su esposa, quedó, pues, manco del brazo derecho, y por ende imposibilitado de trabajar. Su esposa doña Bibiana, vetusta señora, vivo retrato de la estatua de la libertad, pro-

curaba consolar las aflicciones de su esposo, ora obligándole á referir lances de la campaña, ora leyéndole la *Marcela* ó *El Diablo Mundo*, ora haciéndole reparar en los encantos con que el cielo había dotado á Luisa, fruto de bendición de aquel atortolado matrimonio.

Luisa era la tercera persona de aquella trinidad, que pasaba feliz su vida en un sotabanco de la calle de Tudescos.

Luisa era la alegría de la casa, el báculo de la ancianidad de Martínez y la caña de Indias de la vejez de doña Bibiana.

La familia estaba pobre, muy pobre. Martínez disfrutaba de una escasa pensión, de esas que el gobierno da á los inválidos que han defendido á la patria y que acostumbra á pagarles con el atraso suficiente para que se mueran de hambre. Doña Bibiana trabajó algún tiempo, durante el cual cosía ó bordaba *para afuera*, como vulgarmente se dice, procurando ganar algo *para dentro;* mas la edad, la vista perdida, el frío del sotabanco, y otras varias cosas, la impedían ya dedicarse á trabajos delicados, y como tan sólo los delicados sabía, hubo de resignarse á la edificación de castillos en el aire, honrosa profesión, esencialmente española, pero que no da ni honra ni provecho.

Y decía á veces conversando con su esposo:

—Mira, Martínez; esta Luisa tiene unas manos que hacen primores. Dentro de poco estará en

disposición de poder entrar en un almacén de modas y poder ganar para toda la familia. ¿No te parece?

Y Martínez decía que sí; y el tiempo pasaba, y Luisa crecía.

Luisa llegó á tener diez y seis años. A esa edad hay muy pocas muchachas feas; y Luisa, además del encanto que diez y seis primaveras llevan consigo, reunía mil y mil encantos nuevos, que la diferenciaban de todas las niñas de la edad misma.

Así fué, que un día que salió al Prado llevando del brazo á *papá*, el sol se obscureció, la tierra tembló y los muertos resucitaron.

Y á papá le cayó tan larga baba, que aquella tarde no hubo necesidad de regar el Prado.

Luisa oía por todas partes requiebros, por todas partes alabanzas y piropos, y decía:

—¿Seré yo tan hermosa como dicen?

Nunca se había mirado al espejo. En su casa no lo había.

Aquella tarde, al volver á su sotabanco, ocurriósele mirar á una tienda de la calle de la Montera. Era un almacén de cristalería.

¡Oh placer! Luisa se vió multiplicada por veinte, en otros tantos espejos. Y dijo sonriendo:

—¡En verdad que no soy fea!

Volvió á su casa, cenó... la tercera parte de media rosca que mamá guardaba desde el día

anterior, y oyó de los labios de doña Bibiana que al siguiente debía presentarse á la modista en jefe de uno de los establecimientos más acreditados de la calle de Carretas.

Luisa tenía una carrera. Tenía un porvenir que á ella le pareció de color de rosa con listas encarnadas. *¡Oh faustum die!*

II

Sueños de modista.

La niña se presentó á la modista, de la cual fué muy bien recibida. Preguntáronle las compañeras cómo se llamaba, cuántos años tenía, qué sabía hacer, si tenía novio...

Al llegar á esta pregunta Luisa se puso encarnada como una amapola, y las modistas creyeron que la muchacha tenía novio, como ellas se habían figurado, pero Luisa les aseguró que nó y comenzó á pensar que era una *mala vergüenza* que todas lo tuvieran y ella no.

Martínez y doña Bibiana tomaban todas las semanas de manos de Luisa el jornal que ésta ganaba y comenzaron á vivir con más holgura.

Todo respiraba felicidad en el sotabanco de la calle de Tudescos. Elogiaba doña Bibiana

las virtudes y el excelente corazón de la niña; besábale la frente Martínez; dábanle palmaditas en el hombro los camaradas del veterano; y cuando entraba en el cuchitril, el faldero y el gato corrían á ella ladrando el uno y limpiándose los bigotes el otro. Aquel cuadro era digno del pincel de David Teniers y de la pluma de Mesonero Romanos.

Pasáronse así dos meses. Luisa iba convenciéndose de que era muy hermosa, á fuerza de oirlo decir á todo el mundo; y á medida que sus padres aumentaban en el pecho la alegría, ella aumentaba en el suyo la tristeza y el fastidio.

Hablaba sola y decía sobre poco más ó menos:

«Es un fastidio que una se pase todo el día encerrada y no pueda ir un rato á divertirse después de acabar la tarea. Desde el obrador al sotabanco á hacer caricias al gato y á escuchar la relación de los muertos y heridos que los amigos de papá dicen que hicieron en la guerra civil. Además, se ve una precisada á vivir con estrechez, á comer poco y mal, á no poder vestirse un poco decente. Todas mis compañeras lo pasan en grande, tienen novio que las obsequia y las convida al café; están vestidas con elegancia, frecuentan la Zarzuela, van á Capellanes... ¡oh... Capellanes! debe de ser el Paraíso; y yo aburrida, fastidiada, pobre; no, pues yo no soy tan fea, y no me

será difícil encontrar un amante. Si á mí me saliera un novio...»

III

Le salió un novio.

Así soñaba la modista. La infeliz Luisa, como la llamaban sus compañeras cuando la oían lamentarse de su estado.

Doña Bibiana y Martínez estaban tan satisfechos de la conducta de su hija, que á fuerza de oirles, toda la vecindad se hacía lenguas de la niña. Un gacetillero, que vivía en un sotabanco adyacente al de la dichosa familia, dedicó á Luisa unas seguidillas en las que la llamaba neréida y arcángel, y otras frioleras. Un perfumista ambulante, que habitaba en el cuarto cuarto le regaló un frasco de *Miel de Inglaterra;* la doncella del cuarto principal le cortó una chambra de percal, y la portera le decía «hija mía» y le daba las buenas noches, siquiera por darle algo. Luisa era el *Dieu de l'endroit,* como dicen los franceses.

Una tarde, á tiempo que salía del taller, un elegante joven le dijo que si le permitía que la acompañara.

Luisa no pudo resistir á los atractivos del pollo, y aunque no dijo que sí, tampoco dijo que no; se limitó á sonreir, con lo cual dió motivo al pretendiente para decirle que tenía dos sartas de perlas dentro de la boca.

Luisa estuvo á punto de perder el sentido.

Principió á llover. El joven desenvainó un paraguas y resguardó de la lluvia á la modista. Díjole que la acompañaría hasta el fin del mundo, y como Luisa no iba tan lejos, hubieron de detenerse en la calle de la Luna, esquina de la de Tudescos.

Las flores que salieron de la boca del recien enamorado no están en ningún tratado de botánica, ni las conoció Linneo; pero Luisa las comprendía perfectamente y hubo de ceder á la irresistible lógica de su tocayo, pues Luis se llamaba también el joven, según aseguró á la ídem.

Luisa le dijo, que puede ser que le quisiera; le dijo además, donde vivía, y le dijo también que al siguiente día podría verla á la misma hora.

Luis le suplicó que aceptara un billete para Capellanes. (1)

Era miércoles. El amante dijo «hasta maña-

---

(1) En aquélla época, Capellanes estaba en todo su esplendor.

na.» La amada dijo «*abur*» y las aguas cubieron las aceras de la calle de Tudescos.

IV

Los amigos de papá.

Aquella noche, Luisa, que no cesaba de pensar en el novio que le había salido y en el próximo baile de Capellanes, habló del baile en casa con objeto de ver que parecía á sus padres, de esta clase de diversiones.

—¡Uf!—dijo doña Bibiana.

—¡Capellanes!—exclamó Martínez. El nombre tan sólo es capaz de incomodar á un patriota.

—Pues allí van mis compañeras y se divierten mucho.

—¡Infeliz!—dijo la madre.—Si tú supieras lo que les sucede á las muchachas que van á Capellanes...

Luisa deseó entonces más que nunca saber lo que en el baile sucedía.

En tal punto entraron los amigos de Martínez y terciaron en la conversación.

Si la empresa de los bailes les hubiera oído, acaso al día siguiente los periódicos hubieran dicho, que de un sotabanco de la calle de Tu-

deseos habían caído cuatro veteranos, ni más ni menos que cuatro cáscaras de naranja.

La conversación se hizo general. Se habló de la moral, de los horteras, de las costumbres, de las modistas, de los libertinos y del biftek con patatas. Se dijo que la desmoralización cundía, que el mal no tenía remedio, que ¡ay de aquéllos que se olvidan de sus deberes! Se hizo la relación de las mujeres que se han perdido desde que el baile impera en la Corte; se condenó el vicio y se cantaron las excelencias de la virtud y de la honradez, únicas señoras del mundo conocido.

Luisa dejó á los amigos de papá que hablaran lo que quisieran y se dirigió al lecho virginal, á consultar con la almohada lo que debía de hacer.

Muy mal efecto le causaron las palabras de la reunión, mas no por eso dejaba de conocer que, algo y aun algos de lo que en ésta se había dicho, podía tener sus visos de verdad.

Se durmió y soñó que bailaba una habanera, recostando la cabeza sobre el hombro derecho de Luis.

V

En Capellanes.

Pasemos por alto las reconvenciones que la modista, á cuyas órdenes trabajaba Luisa, hizo

á ésta por lo distraída que estuvo todo el día del jueves. Pasemos por alto la sangre que brotó del dedo índice de la niña, á causa de las miradas que ésta dirigía á la calle por ver si pasaba Luis. Pasemos por alto doce mortales horas, que se pasaron antes de que Luisa pudiera salir del taller, y después de decir que su bellísimo tocayo la esperó á las ocho y media á dos pasos del establecimiento, sigamos á los dos felices amantes, los cuales principian por alquilar un traje de *beata* (qué anomalía, ¿verdad?) que Luisa se viste deprisa y corriendo, y acaban por entrar en el gran salón de Capellanes, á tiempo que dan las nueve y media en el reloj de la Puerta del Sol.

¡Oh, asombro entre todos los asombros, placer entre todos los placeres, espectáculo entre todos los espectáculos! Luisa estaba alucinada; iba de un lado á otro, bailaba con Luis, con los amigos de Luis, y con los conocidos de los amigos de Luis. El calor la obligó á quitarse el antifaz, y entonces todos los hombres la requebraban; y mirábanla con ojos envidiosos todas las mujeres que allí había.

—Marqués llevas del brazo á la reina del baile, dijo un pollo á otro.

Este *otro* era Luis. Luisa le miró; y convencida de que el marqués á quien se había dirigido el pollo era su amante, se creyó la mujer más feliz del mundo y miró por encima

del hombro á todas las máscaras del salón.

Se bailó, se amó, se cenó, y después de la cena, Luisa creía que el salón estaba iluminado por diez gruesas de millones de luces, y que no sólo bailaba ella sino también los espejos y las otomanas y los candelabros.

Por último, salió de Capellanes del brazo de Luis y se perdió en la obscuridad de las calles.

....

....

Cuando volvió á su casa eran las cinco menos cuarto. El portero se quedó asombrado al ver entrar á Luisa á tales horas. Esta subió á obscuras los ciento veinticuatro escalones, que la separaban del sotabanco, y empujó la puerta. Martínez dormía sentado en una silla baja, embozado en un capote azul. Doña Bibiana paseaba por el cuarto. Un cabo de vela de sebo, colocado en una palmatoria de barro, alumbraba con escasísima luz el cuarto, y estaba próximo á extinguirse.

Cuando Luisa entró, creyó que había treinta palmatorias, y treinta cabos, y treinta veteranos, y treinta mamás en el cuarto.

Ni Martínez, ni su esposa, se habían acostado, á pesar de que tenían costumbre de hacerlo á las diez y media. Esto era lo único que Luisa comprendía en su embriaguez.

—¿De dónde vienes?—preguntó doña Bibiana, cuyos ojos centelleaban.

—¡Ah!—dijo Martínez, que había despertado:—hija mía, creíamos que te había sucedido alguna desgracia.

Ésta balbuceó:

— Hemos tenido mucho que hacer; hasta ahora hemos estado cosiendo...

—¿Y ese traje? gritó doña Bibiana.

Luisa iba vestida de beata.

—¡Has ido al baile!—gritó Martínez.

— Sí; ¡y me he divertido mucho, mucho, mucho! — exclamó Luisa, prorrumpiendo en una estrepitosa carcajada.

Martínez cogió su caña de Indias y la levantó en el aire. Doña Bibiana se interpuso entre el veterano y la niña. Luisa continuaba riendo se había caído al suelo. Entonces el cabo entregó el alma al candelero y todos quedaron del mismo color.

VI

Luis desapareció.

Al día siguiente, Luisa fué al taller muy erosa y pálida. El portero, al verla salir, sonrió maliciosamente; la portera le dijo ¡ya!

¡ya! y Martínez y doña Bibiana oyeron, en el sotabanco de al lado, varios comentarios de la conducta de su hija.

Luisa estaba muy incomodada con sus padres y muy enamorada de Luis. Éste le había prometido la noche anterior esperarla el día siguiente en el sitio de costumbre.

Luisa pasó el día esperando que llegara la noche; á las ocho salió del taller. Dieron las ocho y media y Luis no pareció. Sonaron las nueve, y Luis no venía. Sonaron las diez, y las diez y media, y Luis no vino.

La pobre muchacha se dirigió, llorando, á la calle de Tudescos. Sus padres no la dijeron una palabra; los amigos de Martínez le dijeron, ¡hola, señorita! con cierto acento intencional.

Se acostó y no pudo dormir en toda la noche. Ni al siguiente día, ni al otro, ni al otro, pudo ver á Luis en ninguna parte.

Pasó un mes, y le sucedió lo mismo, Luis no volvió á presentarse á ella.

Luisa se desesperaba al ver á tantas muchachas elegantemente vestidas que la deslumbraban al pasar por su lado. Ella tenía que entregar su jornal á sus padres, y sus padres la trataban mal desde el lance de marras. Estaba, *aburrida* y *fastidiá*, como dicen las del oficio.

VII

Don Jaime.

Un nuevo personaje vino á sacarla de la desesperación en que se encontraba.

Le llamaban D. Jaime; tenía cuarenta años y cuarenta mil reales de renta anual. Era soltero, gordo, y no mal parecido. Se dedicaba á varias ocupaciones; fumar, beber, pasear, leer *La Correspondencia*, ir al café de Levante, y al Paraíso del Teatro Real, y á las riñas de gallos, y al circo nuevo. Hé aquí su vida. Tal maña se daba en ganarse la voluntad de las niñas, que sus numerosos amigos, aquellos á quienes convidaba á cenar ó á fumar tabaco habano, le llamaban D. Jaime el Conquistador, con lo cual, nuestro hombre, se creía el mortal más feliz que puede haber sobre la haz de la tierra.

Luisa le conoció un día que entró á comprar un sombrerito de moda para una bailarina. Luisa tuvo la habilidad de desbancar á la bailarina, y de poner á prueba el talento amatorio de D. Jaime.

Éste se dedicó á amar á Luisa, y ella comenzó á pensar en su porvenir.

Mas hé aquí que doña Bibiana enfermó de

gravedad, y entonces Luisa, hay que hacerle esta justicia, entonces no pensó más que en su madre, y determinó ser buena hija, y no curar de las palabras de D. Jaime.

Un día en que Luisa estaba de muy mal humor porque doña Bibiana había pasado muy mala noche, una compañera de taller la dijo que hiciera el favor de guardarle un pedacito del vestido que llevaba para llevarlo al Museo como preciosa antigüedad.

Efectivamente, el vestido de Luisa era de moda pasada.

La joven se irritó y contestó á su amiga que le enseñara los lindos trajes que debería tener.

Al día siguiente, su compañera fué al taller con un traje nuevo y muy bonito.

Luisa lloró y se hizo sangre en las uñas.

Por la noche D. Jaime la esperó como de costumbre á la salida del taller, y por más que se empeñó en que Luisa le dijera que le quería, la muchacha estaba demasiado irritada para complacer á D. Jaime ni á nadie. La humillación por que le había hecho pasar su compañera, la tenía desesperada.

Al pasar por una de las tiendas de la calle de Espoz y Mina, D. Jaime hizo detener á Luisa delante de un escaparate.

—Mira que precioso vestido, le dijo.

En efecto, el vestido era elegante; encima de

él había una etiqueta, con esta significativa cifra: 1.000 reales.

—¡Ah! sí, exclamó Luisa rechinando los dientes.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—Pues es tuyo.

—¡Mío!

—Sí; entremos: yo te lo regalo.

Aquella noche Luisa no pareció por casa. Desde entonces hasta la fecha, ni Martínez, ni doña Bibiana, ni las modistas supieron de ella.

VIII

Pasaron dos años.

Sí, dos años se pasaron: dos siglos para los padres; dos minutos para la hija. Dos años de orgía, de desorden, de bulla y de jarana. Dos años de esos que son la historia de la mujer del mundo, á la cual este marido hace pasar tantas alternativas. Hoy no se come, mañana no se duerme, pasado mañana se cena en casa de Lhardy y el otro se almuerza opíparamente en Suizo. Hoy se viste de seda y encajes, mañana harapos; hoy se miente amor, mañana se miente felicidad; hoy se empeña una mujer en

deslumbrar á las demás y casi lo consigue; mañana se empeña el último vestido y casi no hay prestamista que quiera recibirlo; hoy se vive para morir mañana, y resucitar á los dos días para volver á morir á los tres. Hay días en que el cielo es límpido y sereno; otros en que ese mismo cielo se torna obscuro y tempestuoso. El mundo es grande, la vida larga, la hermosura deslumbradora, el pudor es una preocupación, el deber no es más que lo contrario del pagar, el trabajo una cosa brutal, la moral una tontería, todo es mentira, todo farsa. ¡Vivamos!

Así llegó á pensar Luisa. Así llegó á ser la niña de moda, el *non plus* de la gracia y el donaire.

Dos años pasó ¡cosa extraña! ciega en medio de la luz, horrible con ser bella, infeliz, enmedio de la dicha. ¡Qué horribles dos años!

IX

La niña perdida y hallada en el templo.

Llegó un día en que no tuvo un pedazo de pan que llevar á la boca. No hay nada más terrible que el hambre.

Pidió y no le dieron; sus adoradores le dijeron que se iba volviendo muy fea y muy tonta.

Sus amigas no la saludaban al encontrarla en la calle. Iba mal vestida.

Sucede á los grandes criminales lo que á los marinos; es á saber, que no se acuerdan de Dios más que en el momento mismo en que Dios les abandona. Hasta aquel momento, Luisa no había pensado en la Providencia.

Después pensó en su madre, en el pobre veterano, en los amigos, hasta en el portero de su casa.

Sin pensarlo quizás, se dirigió por la calle del Desengaño á la de Tudescos.

¡Cruzaba la calle del *Desengaño!* ¡Cuántas veces la había pasado! ¡Cuántos desengaños hubo de recibir antes de pasarla esta última vez!

Eran las seis de la tarde. El tiempo estaba frío, y Luisa casi desnuda.

Al llegar á la iglesia de San Martín, sus ojos se fijaron en varios pobres que á la puerta estaban. Por la primera vez en su vida pensó en dar una limosna. Precisamente entonces, que no tenía dinero. Fué á entrar en el templo. No dejaba de pensar en Dios, y quería orar antes de volver á la casa paterna. Un hombre salía de la iglesia llevando del brazo á una mujer muy hermosa.

Luisa estuvo á punto de caer al suelo sin sentido. Aquel hombre era Luis.

Se acercó á él rechinando los dientes de ira, y por más que quiso hablar, no pudo.

Luis sacó una moneda del bolsillo, y la dijo:

—Toma, pero no te acerques, que me vas á manchar.

No la había conocido.

Luisa apretó la moneda entre las manos y se le turbó la vista. Apoyóse en una de las columnas de la puerta del templo, y un intensísimo suspiro partió de su pecho.

En aquel momento un pobre ciego, que estaba sentado en el suelo, le dijo:

—¡Una limosna por Dios, que tengo mucha hambre!

Luisa se estremeció: volvió la vista y dejó caer la moneda en la mano del ciego.

—Tome usted, hermano, murmuró; no tengo más.

El ciego se levantó y exclamó con acento conmovido:

—¡Hable usted más, buena mujer, hable usted más; por favor se lo pido.

—Decía que no tengo otro dinero.

—¡Luisa! ¡Luisa mía! gritó el mendigo.

Luisa dió un grito y cayó sobre las losas de la calle.

Aquel ciego era Martínez.

X

Fin de la historia.

¿Quieres saber, oh pacientísimo lector mío, lo que pasó en los dos años que Luisa faltó del lado de sus padres?

Doña Bibiana murió á consecuencia del disgust› que la desaparición de la niña le ocasionara. Martínez se encontró solo, pobre, sin tener lo suficiente para el pan de cada día. Un mal nunca viene solo; la vejez y unas pícaras cataratas se encargaron de dar al traste con la vista de Martínez, y hubo de acudir á pedir limosna, merced al retraso con que el gobierno le pagó la pensión, de la cual todavía le debe seis meses.

Porque has de saber que Martínez vive, y que Luisa trabaja catorce mortales horas todos los días, y que con el producto de su trabajo mantiene á papá y lo pasa lo mejor que puede.

Tiene un remordimiento. La muerte de su madre. Y un consuelo. Ir todos los domingos á la Sacramental de San Justo á rezar un *pater noster* delante del nicho donde aquella en polvo reposa. Cuando sale á paseo con su padre y pasa por su lado una muchacha de las mil que

por Madrid pululan, una de esas niñas que van siempre solitas y luciendo vistosos trajes y ostentosos adornos, Martínez le pregunta al oir el crugido de la seda:

—¿Quién pasa con tanto ruido?

Y Luisa responde:

—Papá ¡es la miseria que va de máscara!

DRAMA ALEGÓRICO

ESCENA CCCXXII

POESÍA — MÚSICA — PINTURA — ARQUITECTURA
COMEDIA

(Decoración de España. Bastidores de Madrid. Cielo obscuro.

MÚSICA

DESPERTAD, ¡oh necias hermanas mías! Vuestras almas no sienten ya la llama que en vuestro pecho ardía; se ha extinguido sin duda. El sol dora las cimas de los montes; Céfiro anuncia la llegada de Aurora, y yo canto á la Naturaleza. Ni el trinar de las aves os conmueve, ni mis acentos os despiertan...

POESÍA

¿Quién habla del sol, y de los pájaros, y de la aurora? ¡Ah! ¿eres tú? No me culpes; há muchos días que no duermo. ¡Salud, oh nuevo día! Eterno seas y presagiador de venturas.

MÚSICA

Duermes mucho.

POESÍA

Te engañas. Una semana hace que no he pegado los ojos. Nadie me admite en su casa. Alguna maldición pesa sobre mí. Ni me fian patronas, ni me prestan prestamistas, ni me protegen los que se llaman amantes de la madre España. Anoche dormí acurrucada en una de las esquinas del que fué teatro Español.

MÚSICA

Y yo en la calle de Jovellanos. Allí donde Zarzuela nada en la abundancia.

COMEDIA

Buenos días. ¿Hablábais de Zarzuela? Preséntese, y muera.

POESÍA

Cálmate. Zarzuela está reposando sobre sus laureles de anoche. El público le aplaudió frenéticamente.

COMEDIA

¿Qué dió Zarzuela al público?

POESÍA

Don Simón, Los dos ciegos...

MÚSICA

¡Oh dioses! ¿No me concederéis un poco de estrignina?

PINTURA

¡Y en tanto nosotros dormimos al raso!

COMEDIA

¡Hola, picarilla! ¿Nos escuchabas?

PINTURA

Sí; soñaba con Rafael y despierto con *Don Simón*; esto es horrible.

COMEDIA

Eres muy indolente. Ayer he visto una decoración de salón en un teatro, que te estaba insultando á grito herido. ¿Por qué lo sufres?

PINTURA

Tal es mi destino. Si quiero alzar la voz, un fotógrafo me la recoge y la vende á cuatro reales por calles y plazuelas.

Ayer maravilla fuí
hoy sombra mía no soy.

POESÍA

Tiempo es ya de tomar un partido extremo. Mientras ruines copleros atentan á mi vida, y miserables aprendices á las vuestras, los pueblos os olvidan, los gobiernos os miran con despre-

cio. Flores agostadas que ayer esparcíais odorífero aroma, hoy sois hojas secas destinadas al laboratorio de un boticario. A mí nadie me hace caso. A tí, hermana Pintura, te arrojan al rostro un frasco de nitrato de plata para destruir tu belleza; tú, ¡oh divina Música!, mueres por consunción, y á tu entierro acompaña una falange de modistas, de pollos y de horteras cantando en infernal concierto habaneras y boleros. Tú, arte divino, Comedia desdichada, mueres á manos de Cómicos franceses y afrancesados españoles. El hambre nos ciega, el frío pone ateridos nuestros desnudos miembros; fuimos todo ayer, no somos nada hoy; ¿qué vamos á ser mañana?

COMEDIA

Metafísica estás.

POESÍA

Es que no como.

MÚSICA

Mi voz enronquece, necesito vivir en una atmósfera más templada.

PINTURA

Busquemos ante todo un palacio donde habitar.

COMEDIA

¡Palacio! ¡Si yo encontrara una bohardilla!

MÚSICA

Nadie nos cede un rincón donde dormir.

PINTURA

Es preciso crear; tú, Poesía hermana, acude á tu natural ingenio y ve como edificamos un palacio digno de nosotras, un palacio que haga enrojecer de vergüenza al Museo que lleva mi apellido.

MÚSICA

¿Y quién, desdichadas, ha de edificarlo?

ARQUITECTURA

Yo.

COMEDIA

Ya despertó la dormilona. Cinco siglos hace que duerme.

ARQUITECTURA

Dicen que quien duerme, come.

POESÍA

Haznos un palacio.

ARQUITECTURA

Dadme un artista y él será la palanca con que yo levante el mundo.

POESÍA

¡Ilusa! Dirige la vista á aquella columna mingitoria. ¿No ves un prospecto pegado en ella?

La imprenta te da el golpe de gracia. Ésto ha matado á aquéllo. Vuelve á dormirte.

ARQUITECTURA

Oh, sí, dormiré, y quieran los dioses que jamás despierte. Yo hice el Escorial, Nuestra Señora, la Basílica, la Giralda; yo, que había hecho la Alhambra, y antes, mucho antes, el Partenón y las Pirámides. Hoy mis enemigos hacen esos estrechos cajones de pasas, con tres filas de huecos cuadrados, sobre los cuales, á guisa de montera, campea un tubo de chimenea ó una bohardilla. No puedo sufrir el insulto, mas no puedo defenderme. Buenas noches.

COMEDIA

Oye antes de acostarte. Constrúyeme el teatro Nacional y vete luego.

ARQUITECTURA

Pasarán los siglos y el teatro *Real*, tirano que te oprime, dominará sobre tí.

MÚSICA

¡Revolucionaria! Creo que me has insultado.

ARQUITECTURA

Desafía, pues, al Gobierno. Dejadme en paz.

COMEDIA

¿Es decir, que nos quedamos sin casa?

POESÍA

¡Y sin almuerzo!

MÚSICA

¡Oh, también tú has degenerado! También lloras por el prosáico puchero...

PINTURA

¿Y tú, cómo vives?

POESÍA

Se alimenta con las naranjas que el público le arroja.

MÚSICA

¡Miserables! No sois dignas de estar á mi lado. De hoy más viviré en Inglaterra. Allí hay amor á la música.

COMEDIA

Como domesticas las fieras...

PINTURA

Yo vuelvo á Italia; allí nací, allí moriré.

COMEDIA *(á la Arquitectura).*

¿Nosotras, nos moriremos, ó qué hacemos?

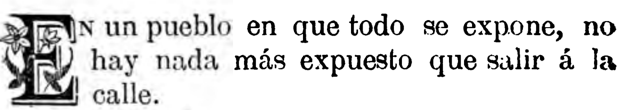
ARQUITECTURA

Déjame dormir. Ya os he dicho que os dirijáis al Gobierno.

COMEDIA

Pues señor, esto es hecho. Me dejaré morir debajo de una mesa en el café Imperial, Ateneo moderno.=(1868).

EXPOSICIÓN DE POBRES



En un pueblo en que todo se expone, no hay nada más expuesto que salir á la calle.

Exposición de vestidos, exposición de joyas, exposición de juguetes, exposición de fieras, exposición de todo.

Por doquiera que uno va, encuentra exposiciones de las que tiene que apartarse, sopena de caer en el lazo.

El comercio es un enemigo leal; ataca á nuestro bolsillo, pero nos lo advierte; y así, cada vez que vamos á entrar en un establecimiento cualquiera, un enorme cartel, colocado sobre la puerta, nos grita con toda la fuerza del color con que está pintado: *Exposición.*

Hé aquí una palabra equívoca que se presta á algunas consideraciones. Hay varias clases de exposiciones en Madrid.

Todas elllas pueden dividirse en dos grandes grupos: exposiciones directas y exposiciones

indirectas; ó sea las que el comercio nos pone delante, y las que se nos ponen delante por sí solas, ofreciéndonos un raro y repugnante comercio.

Porque entre el comerciante que asesta á nuestro bolsillo directamente, tratando de seducirnos con el cebo que coloca en el escaparate de su tienda, y otros individuos que sin ser comerciantes atacan del mismo modo á nuestro bolsillo con otros cebos, existe una diferencia notabilísima.

Unos ojos negros, una palabra fácil, una desgracia admirablemente fingida, una adulación dicha á tiempo, una suscripción, una noticia, cualquier cosa, nos ponen al borde del precipicio en medio de la calle, exponiéndonos con sus atractivos á caer en la tentación, como á un niño colocado delante de la Exposición de Juguetes.

Y como hemos llegado á un punto en que todo se compra, supuesto que todo se vende, no hay nada más fácil que comprar una mirada, un gesto y tantas otras cosas como por nuestro lado pasan. Contrastando con la exposición directa y con la exposición indirecta, hay una tercera en Madrid en la que ¡cosa extraña! nadie se fija.

Exposición que no exige dinero, lo suplica que no tiene el atractivo de la que se encierra dentro de un escaparate ó dentro de un vestido

nuevo; que no atrae con sus miradas como otras exposiciones, ya porque generalmente no puede mirar, ya porque estas otras se llevan tras de sí toda la atención pública. No es el comerciante quien coloca esta exposición á la vista del público, ni es ella misma la que en medio del arroyo se coloca: su mismo destino la arroja en medio de la calle; la miseria y la desgracia la exponen al público en todos los tiempos, de dia y de noche, con calor y con frío, para que los corazones sensibles se conmuevan, y las gentes indiferentes sonreían.

Nos referimos á una exposición que no lo es más que para los que miran con horror lo que llaman proletarismo. Para las demás gentes es una exposición como otra cualquiera, una colección de objetos que se colocan á la vista del público.

II

«¿Será posible que Dios haya querido que sólo algunos de sus hijos sean felices en la tierra?

¿Será posible que la mayor parte de ellos no lo sean?»

Así exclamaba un gran escritor del vecino im-rio al fijar su vista en los mil y mil desdicha-s que en los campos, en las ciudades, en las leas, le salían al paso en España.

No podemos menos de repetir las palabras del escritor francés. ¿Será posible que esto suceda? ¡Oh! sí, lo es; lo es por desgracia de los pobres y del pueblo en que padecen su pobreza.

Ellos no poseen nada, absolutamente nada; colocados sobre la tierra como aquel que vino á ella desde el cielo, destinados están á sufrir la befa y el escarnio de sus semejantes. No poseen más que ese cielo azul y puro que consideran como suyo, á través del cual vislumbran una esperanza.

Ellos no lloran porque desde niños han aprendido á no llorar; no padecen porque el sufrimiento es en ellos inveterada costumbre, la conformación ley inmutable. No tienen familia, su familia es el mundo; no tienen padre, su padre es Dios. Hijos de la miseria, lanzados en medio del camino de los que nadan en la abundancia, si alguna vez se atreven á pedir una limosna, son rechazados del lado de los que no padecen, y su único consuelo sobre la tierra es una cariñosa voz que desciende del cielo:

—¡Bienaventurados los pobres!

Hay otros séres á quienes todo el mundo envidia; dichosos al parecer y acaso más desgraciados que los que viven en la indigencia. Séres que por todas partes se ven, sirviendo de ostentoso adorno á las grandes ciudades que necesitan de ellos para vivir su vida comercial. Séres que consumen riquezas inmensas y gastan en

día lo que aquellos otros séres no han podido gastar en todos los que cuentan de existencia. Séres que comprenden el verdadero significado de la palabra «limosna» y dan á lo sumo al pobre que se les acerca, una miserable moneda que, al caer en la mano del mendigo, parece un sarcasmo lanzado al hambre de tres ó cuatro días, que está próximo á acabar con su azarosa vida.

¡Oh! ¡qué horrible contraste! Vosotros los que vivís la regalada vida del poderoso, que tenéis riquezas de que disponer, placeres de que gozar, criados á quienes mandar, fausto y galas que lucir, ¿os habéis acordado alguna vez de los pobres? ¿No los habéis visto en la fría noche de Enero acurrucados en el portal de un templo buscando en la casa de Dios el asilo que en las vuestras se les niega? ¿No les habéis visto despertar al ruido que vuestros pasos hacen en la acera y pediros entre soñolientos y despiertos una limosna para comprar con ella un pedazo de pan? ¿No les habéis visto al día siguiente desfallecidos, casi exánimes, arrastrar su mísera existencia, ya acompañados, ya solos, llevando alguno sobre sus débiles hombros uno, dos, tres de sus hijos? Y esos niños, ¿nada dicen á vuestro corazón? Vosotros nacísteis en dorada cuna; cubiertos fuísteis con ricos paños; solícitamente cuidados por mil y mil parientes, deudos y servidores; y así crecísteis y llegásteis un día á ser hom-

bres, lo cual acaso no será dado al niño que os pide una limosna balbuceando, á quien dáis un empujón porque os estorba el paso, y á quien tal vez encontraréis un día muerto de frío y hambre en medio del arroyo. Váis á la iglesia sumisos y devotos, al parecer; ¿oráis en ella? pues si oráis, ¿cómo no os acordáis de los pobres? Cuando á la salida del templo, los pobres os acosan tomando el nombre del dueño de la casa en que acabáis de estar, ¿por qué no hacéis caer sobre su mano las monedas que os quedaron de las que perdísteis anoche en el juego? ¿O es que tenéis el corazón seco?

¡Pobres de los pobres! ¡Nadie se acuerda de ellos!

En la gran confusión de las calles de la Corte, en ese coro infernal cantando por cien distintas voces, la débil voz de la miseria no puede oirse.

La estentórea voz del vicio la ahoga, la arrolla y la confunde; la chillona voz del placer se burla de ella.

III

Podríamos preguntar al Gobierno: ¿por qué tú, que de todo te ocupas, no te ocupas de los pobres?

¡Ah! cuestión sería ésta que al Gobierno le parecería de poquísima importancia. ¿Qué le importa, al que está colocado en el poder, de la triste condición del pueblo?

No importa que haya pobres, mientras haya caballos que conduzcan blandamente sobre los dóciles muelles de sus carretelas á los que se ocupan en formar *proyectos* de leyes. Lo demás es lo de menos. Mientras haya porteros que saluden respetuosos, y lacayos que sirvan como perros, ¿qué importa que haya gente desgraciada? Además, que el gobierno es sobrado generoso en ocasiones dadas. En las ocasiones solemnes, en los grandes acontecimientos, si un príncipe nace, si una batalla se gana, el triunfo del ejército, el nacimiento del real vástago, se solemniza con «una comida á los pobres». La comida es opípara y los pobres pueden vivir con lo que en ella coman, cuatro, cinco ó seis, ó más años, hasta que se les obsequie de modo parecido.

IV

Nada más podemos decir. Cuanto habláramos sobre esta materia, sería enojoso, y acaso imposible por ahora de ser publicado.

Hemos dedicado una buena parte de nuestro libro á los pobres; á falta de otro consuelo que pudiéramos darles, sirvan nuestras palabras de lenitivo á su dolor. En cuanto á aquéllos que, como nosotros, les contemplan, que les ven todos los días como nosotros y que pueden más que nosotros protegerles, ¿qué podremos decirles? Nada, absolutamente nada. Quédanos sólo un desahogo. Presentar al pobre hambriento y desnudo, la verdadera pobreza en toda su desnudez. La pobreza del alma.

El pobre español ha venido á ser un tipo *sui generis*, una cosa extraña, casi incomprensible. *Rara avis in terra.*

Si es sano y robusto, y pide trabajo, no se lo conceden. Su aspecto inspira desconfianza. Si está impedido para el trabajo y quiere entrar en uno de esos establecimientos que el Gobierno ha fundado, necesita ir provisto de una colección de documentos, por los cuales han de exigirle dinero que no posee.

Si quiere pedir limosna en medio de la calle, oblígasele á ejercer una industria cualquiera, por ejemplo: ¡sarcasmo cruel! se le obliga á cantar, á divertir á los transeuntes; y se le numera como á un presidiario. Si nada sabe hacer, se ve precisado á correr de calle en calle como un criminal, ocultándose á los perspicaces ojos de la policía. Quédale una sola esperanza; la limosna que sus semejantes quieran

arrojarle al pasar por su lado; y este caso ¡es tan poco frecuente!

Desde que se ha dado en decir que la mitad de los pobres no lo son, nadie quiere dar limosna, porque nadie quiere pasar por plaza de incauto; solamente alguno que en tal ó cual ocasión ha sido pobre y comprende lo horrible de aquel estado, ó alguno que se halla en parecido caso al en que se encuentra el que la limosna le pide, socorren la indigencia con verdadera caridad, con verdadera fe.

Es decir, que la esperanza de los pobres, son los pobres mismos.

¡Pobres de los pobres!

FIN DE «LA MISERIA EN UN TOMO».

CUENTOS Y SUCEDIDOS

(ESCENAS DE LA VIDA PRIVADA)

BLASCO [1]

PÍDEME mi buen amigo Paco Bueno, editor del presente libro, un retrato de Eusebio Blasco; y yo le digo que eso no puede ser.

Para retratar, se necesita aquella soberana impasibidad, aquella serena imparcialidad, aquel total desinterés, que tanto recomienda la moderna escuela naturalista, y que solamente suelen encontrar—gracias á la perfecta impasibilidad de sus chirimbolos—aquellos hombres á quienes León XIII ha llamado, en muy buenos versos latinos, usurpadores de los rayos del sol, *y á quienes los demás del vulgo llamamos Alviach, Debas, Laurent, Hebert ó Barcia.*

Todo ese desinterés, imparcialidad é impasibilidad, son dotes que rara vez poseemos los artistas —permítanme los toreros y los peluqueros que me adjudique este título—ante el amigo ó el adversario que nos sirve de modelo.

(1) Prólogo de la primera edición de este libro, que se publicó en 1886.

Si es amigo y se le retrata con la suave y bondadosa complacencia de un Federico Madrazo, ni el original lo agradece, ni los «mirones» tienen para qué darse por satisfechos. Si el pincel obedece á la mano franca y severa de un Emilio Sala, el modelo frunce el ceño, y cualquiera que sea su nombre, las gentes le llaman Benito y le hablan de su amigo el pintor...

Por lo que toca al adversario, ¿quién ha de pensar en retratarle, como no sea imitando la manera de Goya en sus aguas fuertes?

Si se le trata rindiendo culto á la verdad, achácase esta virtud á ruín desahogo; y en cuanto á hacerle favor, ocioso es pensar en despojarnos de nuestra condición terrestre; porque ni el mismísimo Murillo hubiera sido capaz de pintar á su suegra con cara de ángel, ni el beato Fra Angelico tan santo, que pusiera nimbo de oro al guardián de su convento.

Por todo lo cual, y porque la mejor semblanza de Blasco que conozco, la ha hecho él mismo en un romance digno de Quevedo, titulado Vera effigies, *renuncio á empresa semejante, y me contento con arrojar sobre el papel aquello que los pintores llaman una ligerísima* mancha de color, *y que, en efecto, suele exigir no pocas veces la intervención del quitamanchas de la esquina.*

Entre los hombres que dan más lustre en nuestros días á la literatura patria, puede decirse que Zorrilla representa el españolismo; Tamayo, el buen gusto; Echegaray, la fuerza; Galdós, el talento; Valera, la elegancia clásica; Campoamor, la incredulidad amable y sonriente; Alarcón, el espíritu meridional; Pereda, la sin-

ceridad artística; Núñez de Arce, el dominio de la forma; Menéndez Pelayo, la voracidad intelectual; Fernández Bremón, la agudeza; Alas, la sátira; Zapata, el vigor poético; Sellés, la audacia; Fernández y Gonzáles, la invención; Cano y Masas, el desenfado; Blasco, la facilidad.

¡La facilidad, sí!

Preguntaban á Auber en cierta ocasión:

—Maestro, ¿quién le parece á usted mejor, Meyerbeer ó Rossini?

Y el maestro respondió:

—Rossini, es la fuente; Meyerbeer, la mina.

Ingeniosa clasificación que podría aplicarse igualmente á los artistas y literatos todos; porque mientras hay unos—como decía el autor de La Mutta *del autor de* Los Hugonotes*—que poseyendo dentro de sí tesoros riquísimos, han menester de constante y tenaz labor para sacar á la luz del día, pulidos y abrillantados, los productos del oculto venero, hay otros hombres—como el músico inmortal de* El Barbero de Sevilla*—que al juguetear de los dedos sobre las teclas del piano, al vagar del lápiz en caprichosos trozos, ó al correr de la pluma, hacen surgir el concepto melódico, la escena de la realidad ó las visiones del espíritu, sólo con dejar fluir la natural corriente de su ingenio, sin que baste la pereza á esterilizar el manantial, ni la voluntad y el trabajo excesivo á mejorar lo que de suyo es bueno, ni á hacer más copioso lo que de suyo es abundante.*

A esta casta de artistas, á los del lado de la fuente, pertenece Eusebio Blasco.

Abandonando la pluma al humor del momento, á aquellas ganas de reir ó de llorar, que hacían decir á Espronceda:

«Allá van versos donde va mi gusto,»

ha escrito Blasco comedias y proverbios, zarzuelas bufas y poesías llenas de sentimiento; romances que un día parecen de Góngora y otro de Serra; notas del alma que no parecen ciertamente hermanas de los cáusticos donaires del Gil Blas *y* El Garbanzo; *novelitas cortas en que la observación de lo real conmueve é impresiona; cuentos y narraciones en que la fantasía se va por los cerros de Úbeda, y el lector la sigue cautivado y seducido; artículos políticos para todos los gustos, según soplan los vientos en esta desmantelada meseta de Castilla; himnos un día á las rancias reliquias del pasado, y cánticos después en honor de las fecundas promesas del porvenir; cuándo, el estudio castizo y puro de las cosas de la tierra; cuándo, la movida é incorrecta crónica de la vida parisiense... Y todo ello, grato, fresco, ligero, sencillo, espontáneo y animado, lleno de luz y de calor; oliendo á tomillo y romero, si el asunto es campestre; impregnado de la fragancia del* new moon hay, *si el asunto es cortesano; tratando lo más frívolo y trivial con la mayor gravedad y delicadeza; hablando de lo más serio y respetable con una informalidad pasmosa.*

¡Oh, la informalidad de Blasco! Ha dado origen á muchas historias y á no pocas leyendas; pero yo creo que tiene la hipocresía de la informalidad.

El estilo es el hombre; y como él escribe sin disfra-

zar, ni afeitar, ni embadurnar, el estilo con mentidos coloretes, como deja correr la pluma sin ningún género de meditación, guiada sólo por el natural impulso del espíritu, puede decirse que el que lee á Blasco, ve sus moradas interiores—que diría la santa española—á través del cristal que debiéramos llevar todos en el pecho,

«como cierto dios quería.»

Blasco es tan fácil en la producción, que casi todos los originales de sus comedias, versos y artículos, podría llevar al pie la frase aquella de las cédulas y los pasaportes:

Va sin enmienda:

La tachadura, la corrección y el retoque son para Blasco pecados de lesa personalidad artística. Cada cual es como es, y porque sí. *No á todos convence esta razón; pero, al fin y al cabo, no deja de ser una razón en el país de la española infantería.*

Un día mandó Blasco un recado á casa de su zapatero, á ver si se daba prisa en terminarle un par de botas...

Réplica del maestro de obra prima al criado del escritor:

—¡Dígale usted á D. Eusebio que si se figura que hacer un par de botas es lo mismo que hacer una comedia!

Sin querer, el honrado industrial había trazado uno de los rasgos más salientes de la fisonomía literaria de su parroquiano. Blasco ha compuesto buena parte de sus obras cómicas en menos tiempo del que se emplea en hacer unas botas... ¡de las que corren prisa!

A la facilidad, condición característica de Blasco, hay que juntar un espíritu de asimilación de los más sorprendentes.

Sin dejar de ser perpetuo hijo de la parroquia de San Gil de Zaragoza, ha sido el madrileño más madrileñizante que se ha conocido. En Andalucía es andaluz; en París, boulevardier *de pura raza; donde quiera que va, se pone en seguida al cabo de la calle; intima al momento con el gran señor y fraterniza de repente con el mozo de cordel... Sus facultades de asimilación han contribuído en gran modo á la renovación de nuestros gustos. Es de los que más han modernizado nuestros periódicos y nuestros teatros, sin despojarles—en este punto es intransigente—del carácter nacional.*

Cuando las operetas bufas de Offenbach daban la vuelta al mundo, dijo que lo que hacían en París Meilhac y Halévy, bien podían hacerlo otros en Madrid, y entonces compuso á vuela pluma El joven Telémaco, Los caballeros de la Tortuga, Los progresos del amor, Los novios de Teruel *y otras farsas igualmente jocosas... Trajo al teatro español los proverbios franceses, dándoles tal aire de Madrid, que parecían tan hijos de la tierra como el sainete y el pasillo. De entre las seis ó siete deliciosas escenas de* Un caprice, *de Alfredo de Musset, hizo surgir una comedia en tres actos, tan llena de interés como de carácter castizo. ¡Oh, qué brigadiera aquella de* El pañuelo blanco!—*Los que acusan á Blasco de plagiario, debieran comunicarnos esa rec tan sencilla que hay para convertir una marquesa Musset en una militara española, y para sacar de no*

qué obscuros rincones de París una andaluza como la de Los dulces de la boda, *ó un catalán como el de* Jugar al escondite.

Pudieran también decirnos de paso cómo se puede, sin perder el gusto de la clásica sopa de ajo y el puchero nacional, paladear de pronto aquella refinadísima esencia de la cultura parisiense, que bautizó Nestor Roqueplán con el nombre de parisina, *y cuyo aroma sutil y penetrante no aciertan á percibir muchísimos hijos de la gran ciudad, con ser ellos—¿y cómo no?—los mayores devotos de esa substancia impalpable é inasequible.*

Hé ahí al Blasco de la vida literaria... En cuanto al Blasco de la vida íntima, con sus buenas cualidades y sus defectos, ¿qué he de decir?

Que tiene un corazón de oro.

Y que, por eso mismo, suele empeñarlo algunas veces.

MARIANO DE CÁVIA.

Madrid, Febrero de 1886.

EL OJO, EL DIENTE Y EL CABELLO

MARÍA...

Me conviene llamarla así, porque este es un nombre á la vez vulgar y bello. María había vuelto del baile, y arrojaba sobre su tocador, sobre las sillas, sobre las alfombras, sobre todas partes, adornos, flores, brillantes, lazos, cintas, guantes, pañuelo, todo, en fin, lo que la había transfigurado para ir á oir elogios y galanterías... ¡que no había oído!

¡Y María se miraba en el ancho espejo de su *palissandre*... y se detestaba!

¡Ella, que un tiempo fué la reina de los salones!

¡Ella, que había trastornado las cabezas más firmes de España!

¡Ella, que había tenido el inmenso placer de derrotar á casi todas sus amigas!

Pero ¡ay! también Napoleón tuvo su Waterloo.

«Todo pasa,» decía Santa Teresa de Jesús, santa y sabia. «Todo pasa; sólo Dios es eterno.»

María volvía de un baile que todavía no se había acabado. Y esta ex-hermosa había perdonado con gusto el *cotillón*, porque... ¡da pena el decirlo! aquella noche... ¡no la habían celebrado!

Si una madre pudiera sentir tener hijos, María hubiera sentido aquella noche con toda su alma haber dado á luz su último vástago, un hermosísimo *rejeton* que en aquella misma noche cumplía cuatro meses.

¡Ay! Es que en aquellos cuatro meses María, (y perdóneme el lector que lo diga en voz muy baja, porque esto es peligroso); María, que tenía ya *treinta y nueve años*, había sufrido en el *sobreparto* (palabra *cursi*, ordinaria y de malísimo tono), todo género de dolores y toda clase de quebrantos.

¡Pero venció!

La naturaleza es fuerte, la voluntad poderosa, la impaciencia devoradora, y acabada la convalecencia, María ¡oh dicha! recibió una tarjeta grande, cartón Bristol, en la que se leían estas palabras.

*Los marqueses de****
agradecerán á VV. les acompañen
á tomar el té en la noche del jueves
á las nueve.

El té era, como siempre, el pretexto para el baile. El té es el procurador general de todas

las diversiones nocturnas. ¡Oh, té! Yo te saludo. ¡*Saludamus* TÉ!

María sabía muy bien (esto no se ignora nunca) que el último *accouchement* (y lo digo en francas para que parezca más bonito) la había *estropeado*, según decían sus amigas á espaldas de ella, ó la había *variado un poco*, según decía ella misma.

Pero el arte ha logrado imitar de tal manera á la naturaleza, que María se sonrió al leer la invitación, y pensó (lo sé de seguro):

—¡Esta noche volveré á ser la misma de siempre!

Cuatro horas duró la *toilette* de mi querida amiga.

Acabó de comer á las ocho, se precipitó en su *boudoir* como el soldado que al oir el punto de atención se precipita en la tienda y busca apresuradamente sus armas para salir á formar sin momento... Eran las doce y media cuando volvía á salir, hermosa, deslumbradora, *espléndida*, digna del primer premio en la exposición de pinturas.

Su marido... (¿no habíamos hablado de su marido?) su marido había vuelto del Ministerio á á las cinco; había jugado con los niños por los pasillos de la casa hasta las seis y media; se había sentado á comer á las siete; había tomado el café á las ocho, y estaba vestido á las nueve.

El pantalón le estaba un poco corto; el frac te-

nía varias arrugas; la pechera parecía una joroba; el cuello de la camisa estaba un si es no es desfilachado, y la corbata blanca lucía hacia la izquierda; pero la verdad es que aquel hombre se había vestido de prisa y tenía los guantes puestos, que eran, por cierto, un poco grandes. No tuvo que peinarse, porque era calvo á todo lujo. Esperaba, y esperaba sentado.

Sentado en un diván debajo de un gran cuadro al óleo de San Jerónimo en oración, puesta una pierna sobre otra, las dos manos cruzadas abrazando la pierna de encima, y la cabeza caída hacia atrás y recostado sobre el almohadón del respaldo, el marido miraba al techo y pensaba.

—¿A qué hora pensará salir *ésta?*

Salió, por fin, ÉSTA; y el marido... no, no es eso, lector, se ha equivocado usted; ¿creyó usted que el marido se quedó aterrado, confundido, ante aquellos hombros desnudos, que no tuvo Friné, ante aquella espalda mórbida que no tuvo Ninón, ante aquellos brazos que Aspasia habría envidiado de seguro? ¿Cree usted que el marido le dijo á su mujer el primer elogio de la noche? ¡No! Yo soy imparcial; no dijo más que estas palabras:

—¡Gracias á Dios! ¡Vamos, anda, anda!

Y los criados que iban alzando *portières* bajo los cuales iba pasando María como una sombra, como una aparición de la noche, dejando oir el *frou-frou* del crujiente raso, mientras el marido

metía á duras penas los brazos por las mangas de un gabán peludo, murmuraban con cierta amargura de que no están exentos los corazones de las fregatices y de los lacayos:

—¡Qué ajada está!

—¡Qué variada!

—¡Qué *otra!*

—¡Cómo se ha pintado!

Eran, como ya dije, las doce y media. A las dos ya el matrimonio estaba de vuelta en casa.

El marido se desnudó en cinco minutos, se ató un pañuelo de seda á la cabeza, y así, vestido de valenciano, se metió en la cama y se quedó dormido.

Roncaba. ¡Ah, señor mío!

María, ya os lo he dicho al comenzar, arrojó con rabia todos aquellos adornos, se miró al espejó, sentóse en una butaca, pasó una hora mirando al suelo... ¡y lloró!

Y era un extraño concierto, una música rara la que formaban entremezclados los sollozos y los ronquidos.

Por fin, María se rindió al sueño. Se acostó y durmió. El sueño es un excelente amigo que nos consuela de muchas penas... cuando no se permite el placer de renovárnoslas con ensueños molestos.

II

Pero aunque María se durmió, no se durmió del todo.

Mejor dicho, había en ella algo que no dormía...

En aquella cabeza que hundida en la almohada descansaba de los recuerdos nefandos de la *soirée*, mantenían triste diálogo *sotto voce*, un diente temblón, un ojo entornado y un cabello inseguro.

Era aquella una escena que en mi calidad de autor dramático voy á trasladar al papel, en la misma forma que las escenas de comedias.

Así, pues, oigamos á los interlocutores. Ellos hablarán con mayor sinceridad que yo mismo.

ESCENA UNICA

EL OJO, EL DIENTE, EL CABELLO

El ojo.—Mientras María pretende descansar de las fatigas del baile, y sueña ¡infeliz! con su primer desengaño inesperado, digamos sus penas... ¡ay! y las nuestras. ¡Pobre María!

El diente.—¡Pobrecilla!

El cabello.—¡Pobre!

El ojo.—María es una de las primeras bellezas de Madrid... ¡donde hay tantas! Los hombres la rinden culto, las mujeres envidian sus atractivos; fuerza es reconocer en ella una de las favoritas de la moda y uno de los prodigios más célebres de su generación.

El diente.—¿De qué generación?

El ojo.—¡Silencio! Vedla como se agita.

El cabello.—Ha hecho un movimiento y ha lanzado un suspiro. ¡Sufre! Sufrirá desde hoy constantemente, y yo sé por qué.

El diente.—Y yo.

El ojo.—Y yo.

El cabello.—Desde hoy observará que en los jarrones de su tocador no lucirán aquellos preciosos *bouquets* que una mano furtiva depositaba, dando que reir al marido, á quien le era tan fácil creer que los compraba la cocinera.

El diente.—Desde hoy observará que sus amigos, en lugar de venir á verla en los días de trabajo para los empleados públicos, vendrán en domingo, si temor ninguno de hallar al marido en casa.

El ojo.—Desde hoy observará que los *muchachos*, en lugar de ser galantes, sólo serán corteses.

El diente.—Y yo tengo la culpa.

El ojo.—No; sino yo.

El cabello.—¡Oh, no! ¡La culpa es mía!

El ojo.—Es que yo... enrojecí.

El diente.—¡Yo estoy amarillo!

El cabello.—¡Ay! Y yo... blanco.

El ojo.—¡Sol! ¡Lucero! ¡Brillante! Todo esto era yo ayer. ¡Cuántos versos me han hecho! ¡Cuántas flores me han dicho! Yo, deslumbraba; yo, fascinaba; yo, enloquecía. Un ángel, según opinión de un poeta, venía á cerrar mis pupilas por la noche; un ángel venía á entreabrirlas por la mañana.

El diente.—¡Perla! ¡Marfil! ¡Nácar! Todo esto me han llamado, á mí, á mí solo, y éramos treinta y dos iguales. ¡Qué no habrán dicho de todos nosotros juntos!

El cabello.—Lluvia de oro era yo, según los aduladores, de esta señora mía; seda finísima, diadema esplendorosa, ya cabellera, ya bucle, ya rizo.

El ojo.—Pero ahora... ya he oído decir ¡oh insolencia! que tengo la pata de gallo.

El diente.—Yo tiemblo, á mi pesar, de que me sustituyan con otro nuevo.

El cabello.—Yo estoy embadurnado, desfigurado, teñido. ¡Qué asco! ¡Cambié de sexo en la caída; fuí cabello, y soy cana; me han asociado á pelos advenedizos, de persona muerta, sin duda! Reniego, amén, de mis convecinos *apócrifos*.

El ojo.—Reniego yo de la horquilla candente

con que me alargan todas las noches antes de ir al teatro.

El diente.—Reniego de Makean, de Thomas y del agua de Pierre.

El ojo.—Estoy humillado. ¡Ya sé cómo se llora!

El diente.—Estoy picado. *¡Picado* de veras!

El cabello.—¡Quitadme esas aguas, esos menjurjes, esos corrosivos! ¡Antes que ver declinar así mi vida miserable, yo hubiera preferido formar parte de aquel mechón que María regaló al capitán que partió para Cuba! ¡Ahora estaría yo encerrado en un medallón de oro, viviría al calor de un corazón amante, recibiría sus apasionadísimos besos... Pero aquí... aquí... me arrancarán de un tirón una noche y me barrerán una mañana.

El ojo.—Mi porvenir es mirar al cielo.

El diente.—¡Presiento el *cautchouc,* veo la llave inglesa!

El ojo.—¡Hablad, hombres, hablad, ¿Estáis satisfechos? ¡Ayer os arrojábais á los pies de María, sufríais sus desdenes, padecíais de celos, moríais de sed... Nosotros fuimos sus cómplices, pero hoy somos vuestros vengadores!

El cabello.—Venid, mujeres; ¿no la envidiábais? ¿No os irritaba su belleza siempre igual, siempre grande? Venid aquí, á la soledad del dormitorio, y contempladme *casi solo* en la despoblada cabeza.

El diente.—La exdiosa se agita. Va á despertarse.

El cabello.—Ha pensado tanto esta noche, que mi raíz se seca.

El ojo.—Lloró tanto al volver, que estoy desfigurado.

El diente.—Me ha rechinado, nos está rechinando, y esto me *resiente*. Vedla, se despierta; ¡cuán otra!

El ojo.—Yo me apago. ¡Adiós, María! Mañana te llamarán doña Mariquita.

El diente.—Yo tiemblo. ¡Adiós, infeliz! Mañana te ayudaré á morder el pañuelo.

El cabello.—Yo me caigo. ¡Adiós, ex-belleza! Mañana... serás abuela.

EL ÚLTIMO BESO

Á LA DUQUESA DE HÍJAR

I

Si fuera posible novelar la historia de Italia de los siglos XV, XVI y XVII publicando todo lo que hay de dramático y misterioso en sus anales, más de un lector sensible y más de cuatro lectoras nerviosas soltarían la novela de las manos, horrorizados ante el cúmulo de horrores que podría ofrecer el autor á la curiosidad de los amantes de lo trágico.

Difícil es amenizar la revelación de escenas sangrientas y de aventuras escandalosas. ¿Lograré yo distraer un rato la atención de usted con una relación interesante?

Interesante la llamo, sin temor de parecer vanidoso; es un hecho que llaman en Venecia *stórico*, á pesar de que no lo he visto compro-
.do en ninguna historia general ni parcial,
dice antiguo ni documento inédito. Dos ó tres

autores franceses lo han acomodado á su idioma, contándolo cada cual á su manera. Yo lo he *modernizado,* si se me permite la frase.

Allá va, pues, carísima amiga y léalo usted con benevolencia, aunque me diga luego que *si non è vero, è ben trovato.*

II

Hace algunos años, recorríamos la Italia varios amigos. De vuelta de Oriente, desembarcamos en Brindisi, y dicho se está que para ir á Francia teníamos que visitar el *bel paese* de cabo á rabo. Nos proponíamos ver todas sus poblaciones importantes y llevábamos cartas de recomendación para algunas familias principales de Turín y de Roma...

La duquesa de*** nos había recibido en su casa con la amabilidad que le reconocen aun aquellas personas que nunca le han dirigido la palabra.

Una noche, mientras *son monde* tomaba el té, me quedé solo con ella, al amor del fuego.

La duquesa *había sido* muy hermosa. A la sazón estaba enferma, y nuestra conversació se limitaba á contarme el sin número de agu minerales que había tomado por orden de lc

médicos más famosos, y á decirle yo que hay ciertas enfermedades para las cuales el médico no sirve de nada.

En esto estábamos, cuando un tremendo golpe de tos de la duquesa interrumpió nuestro diálogo, y yo sentí una emoción desagradable al ver que el pañuelo que mi ilustre amiga se había llevado á la boca para contener la tos, estaba manchado de sangre.

Me levanté para tirar del cordón de la campanilla, y la duquesa, sonriendo, me dijo que me sentara.

—Como sois extranjero, me dijo, y como me conocéis hace poco tiempo, ignoráis que estos sucesos son breves, y desconocéis su origen. Os voy á contar una historia que saben de memoria mis compatriotas.

Limpióse la sangre que aún conservaba en los labios, arrojó su pañuelo sobre un velador y comenzó de esta manera:

III

—Hace veinte años, amigo mío, tenía yo diecocho, y me casaron con el excelente marido, cuya muerte nunca lloré bastante.

Creeréis, al oir esto, que mi marido era el que yo había deseado. No.

El duque me doblaba la edad; su fealdad es famosa en Italia; pero en cambio tenía mucho talento.

Mi padre me casó con él contra mi voluntad, y á pesar de esto, mi marido logró á los cuatro meses de ser dueño de mí, que yo le amara como si me hubiera casado con él arrastrada por una pasión honda y vehemente.

Tenía el alma tan hermosa, que la fealdad de su rostro fué desapareciendo ante mis ojos, y al cabo de un año me parecía el hombre más hermoso del mundo. ¡Tan cierto es que se ama con el corazón, y no con los ojos!

Á poco tiempo de habernos casado, el duque me llevó á recorrer la Europa; pero yo deseaba ante todo conocer mi país, porque nunca había salido de Roma.

Fuimos, pues, á Turín, á Milán, á Nápoles, á Florencia, á Venecia...

En Venecia resolvimos pasar el invierno. Con tal objeto alquilamos un palacio á orillas del gran canal y próximo á San Marcos.

Nuestros salones fueron bien pronto punto de reunión de la sociedad más escogida, y los nombres más ilustres figuraban en las tarjetas que constantemente recibíamos.

Entre nuestros nuevos amigos había uno c nos visitó poco al principio, y con demasi

frecuencia luego. Bien pronto su aparente amistad se hizo sospechosa á mis ojos.

Era un noble veneciano, descendiente nada menos que de Mariano Faliero, joven, hermoso, rico, galante, célebre por sus aventuras; no tengo que deciros más para que adivinéis que aquel hombre entraba en mi casa con el propósito decidido de hacerme la corte.

Comprendilo así, y procuré desde el primer momento encerrarme en una reserva profunda. Dí orden á los criados para que no se le recibiese nunca, so pretexto de que estábamos ausentes ó enfermos; pero estas negativas no podían repetirse, porque mi marido, á quien no quise enterar de mis temores, le invitó para el primer gran baile que dimos, y luego para una comida, y después para un té; en una palabra, era fuerza tratar á aquel hombre, ó provocar un duelo. El escándalo me aterraba, y el escándalo era inevitable si yo pronunciaba una palabra. Si todo marido es celoso, ¿cómo no había de serlo el mío, que, á pesar de mi conducta intachable tenía tantos espejos en su casa?

El asedio del veneciano aumentaba; mi resistencia era tenaz, pero aquéllo debía tener un término; hubo momentos en que tuve miedo de mí misma, y tomé una resolución inquebrantable.

Con el dominio que mi voluntad ejercía en la duque, le exigí que saliéramos de Venecia *inmediatamente.*

—¿Inmediatamente? dijo mi marido; y porqué?

—No lo sé, es un capricho; una ridiculez quizá... He soñado que esta semana nos ha de suceder algo grave en Venecia, y bien sabes que mis agüeros...

Mi marido se echó á reir, pero era esclavo de mis caprichos, y dió las órdenes oportunas para que nuestra partida se verificase en el término de cuarenta y ocho horas.

Al mismo tiempo que el duque daba esta orden, entró en el salón el hombre de cuya persecución quería yo huir á todo trance.

Mi marido le saludó con afabilidad, y salió á disponer nuestro viaje. Quedéme sola con él, y entonces mi osado pretendiente, con la rapidez del rayo, se acercó á mí y me cogió la mano.

No pude impedir que me la besara, y... perdonadle á una pobre vieja esta confesión... sentí un vértigo, retiré bruscamente la mano á tiempo que mi marido volvía al salón con una gorra de viaje en la mano.

En aquel momento mi corazón, que había estado dormido tanto tiempo, volvió de su letargo... ¡y el duque me pareció más horroroso que nunca!

Pero su presencia fué mi salvación: la volu[n]tad y el deber vencieron á la pasión naciente, aquella brevísima tempestad que promovió l[a] audacia del enamorado veneciano, disipóla e[n]

un segundo la voz de la honra, como disipa el sol, con un solo rayo, las negras nubes que fueron principio y fin de la tormenta.

—¿Qué es eso? dijo viendo al duque con la gorra escocesa en la mano. ¿Váis de viaje?

—Nos vamos pasado mañana, respondió mi marido.

El veneciano me miró.

—Sí, le dije yo entonces. Nos vamos para no volver más; y le volví la espalda.

IV

Aquella noche recibí una carta de mi galán.

La devolví sin abrirla.

A la mañana siguiente un criado me anunció su visita.

—Decid á ese caballero, exclamé iracunda, que no queremos verle.

El duque, que me oyó pronunciar estas palabras, dijo:

—¿Y porqué?

—Porque ese hombre, le respondí, me repugna.

—En efecto, exclamó mi marido, dicen que es un libertino, que ha promovido mil disgustos, que ha envenenado á dos ó tres mujeres, y que

abusa de la influencia que ejerce en los tribunales con su fortuna... Pero serán hablillas sin duda, porque es muy galán y debe tener muchos envidiosos.

Y tocándome nuevamente en el hombro:

—Señora duquesa, me dijo cariñosamente, eso no ha estado bien, y yo voy ahora á despedirme de ese caballero, y á disculparte del recado que acabas de dar á Bautista. ¿O prefieres que pasemos por groseros?

—No, contesté.

Mi marido salió tarareando una canción italiana.

V

¡Si supiérais cuanto me pesó aquel relámpago de amor que sentí hacia mi galante caballero!

Todavía resonaba en mí oído la canción que mi excelente esposo iba tarareando por el pasillo; y al verle tan contento, tan satisfecho de la felicidad que yo le proporcionaba, me avergoncé de haberme dejado facisnar un momento por la atractiva mirada de aquel calavera de oficio.

El duque era tan bondadoso, tan amable, tan digno de ser amado...

Pasaron dos horas, durante las cuales activé

los preparativos del viaje, dispuse nuestras tarjetas de despedida, escribí algunas cartas, y cuando me preparaba á hojear una guía de Italia para estudiar el itinerario de nuestro viaje, apareció en el umbral de la puerta del salón mi marido, pálido, mortalmente pálido, horriblemente desencajado, dió un paso adelante, vaciló y cayó sobre la alfombra. Rebotó su cabeza en el suelo, me arrojé sobre él para ayudarle á levantarse. ¡Me muero! dijo; y cogiendo con convulsas manos mi cabeza, acercó mis labios á los suyos, y depósito en ellos su alma con un apretadísimo y prolongado beso.

Dos segundos después el duque era un cadáver.

No os puedo describir el dolor que se apoderó de mi alma. Cuando tuve tiempo para pensar, comprendí que mi marido había sido envenenado. Así lo hice saber á las autoridades de Venecia, las cuales, mejor informadas que yo, pudieron enterarme, á las cinco de aquella misma tarde, de todos los pormenores de tan horrendo crimen.

El noble veneciano, á cuyo amor nunca quise corresponder, había recibido la visita del duque y le había envenenado como á tantas otras víctimas de sus iras ó de sus celos, invitándole á fumar una pipa cuya boquilla estaba impregnaba del veneno con que aquel miserable había hecho desaparecer en otras ocasiones á rivales

temibles. Esta vez el envenenador había seguido á la víctima, y mi galán se había suicidado, anunciándome en una carta su adiós á la vida, que sin mí no quería. Esta carta, hallada por el magistrado en casa del suicida, me fué entregada aquella misma tarde.

Volví á Francia desolada. Desde entonces una enfermedad sin nombre acaba mi vida lentamente. La ciencia ha sido estéril para combatir mi mal, originado, según confesión de los médicos más famosos, por algún resíduo del veneno que el duque me transmitió en sus labios al depositar en los míos aquel *último beso*, cuya impresión creo aún sentir en este momento.

FIN DESDICHADO [1]

A MEDIADOS del mes de Octubre de 1866 recibí una carta de un amigo emigrado en París, á consecuencia de la sublevación número X*** que hubo en España el 3 de Enero de aquel mismo año. Era mi amigo, íntimo del general Prim: la retirada de éste á Portugal alejó á aquel de Madrid, donde tenía su familia, compuesta de su mujer, joven, virtuosa y bella, y dos encantadores niños, á quienes no se podía mirar sin sentir deseo de besarles una y mil veces.

El emigrado vivía en la mayor estrechez en la capital de Francia. Seguro estaba, sin em-

(1) Este trabajo, que han reproducido casi todos los periódicos españoles, y vió la luz por vez primera (con diferente título) en *La Ilustración Española y Americana*. Al incluirlo ahora en este libro, cumple al autor dar público testimonio de gratitud á los periodistas, sus compañeros, que tan bondadosos han sido con este pobre trabajo.

bargo, y yo lo estaba también, de que el que á la sazón era capitán, había de entrar en Madrid al lado del general Prim, triunfante, y había de ser hasta general, así que cambiara la faz de las cosas; pero entre tanto, la necesidad apretaba; las comunicaciones entre mi amigo y su mujer eran difíciles, si no imposibles, y el capitán no sabía una palabra de su mujer ni de sus dos generalitos.

Él, liberal, activo, noble é incapaz de humillarse por nada ni por nadie, vivía en París pidiendo dos ó tres francos á todo el que hablaba idioma que él entendía, y el Gobierno español de entonces, severo defensor del orden y de la propiedad y salvaguardia de la población pacífica, le abría todas las cartas que dirigía á su mujer, se enteraba de ellas, las rompía y quemaba, y hasta se quedó con quince duros que el emigrado pudo reunir, sabe Dios cómo, y enviar en una letra, que desapareció sin saber por dónde.

En este estado las cosas, si hay cosas en un país tan bien organizado, me escribió mi amigo una carta parecida á esos gimnastas del circo ecuestre, que á la vista del espectador se quitan treinta chalecos diferentes. Para que el Gobierno no se quedara con la carta, mi amigo la encerró en siete ú ocho sobres, siendo el último de abajo dirigido á mi nombre, y los demás á distintas personas no sospechosas para los em-

pleados de correos. De este modo pudo llegar la carta á mis manos después de haber visitado siete ú ocho casas, de donde la sacaban en seguida como si trajera la peste.

He aquí la carta, copiada al pie de la letra:

«Querido amigo mío: No sé si ésta llegará á tus manos, porque todas las que escribo se quedan en poder del Gobierno (aquí había lo que hay en toda carta de patriota expatriado, dicterios, interjecciones y todo género de apóstrofe).

»Te escribo para rogarte me hagas el favor de pasar por la calle de Lope de Vega, número que no me acuerdo, donde vive ó vivía hace dos meses mi mujer, de la cual hace ya tres que no tengo noticia alguna, y en nombre de nuestra antigua amistad te pido favorezcas y ayudes á ella y á mis hijos como sea posible, si tu situación es mejor que la mía, que no puede ser peor ni tener parecido. También me atrevo á suplicarte...» (Y aquí había una porción de encargos y recomendaciones, cuya revelación al lector sería por mi parte imprudente).

Aprovechando, pues, la obscuridad de aquella misma noche, y temoroso de pecar de conspirador, me dirigí á la calle de Lope de Vega en busca de la casa donde pudiera habitar la mujer de mi amigo, y después de dar señas de la persona en diez ó doce porterías, dí con la casa, que era de pobre aspecto.

Abierto estaba el portal y á obscuras la escalera, y subiéndolas á tientas y manoteando hacia adelante, llegué hasta la puerta del que supuse sería cuarto principal, y que estaba entornada.

Dí dos temorosos golpes con los nudillos de los dedos en la puerta, salió á abrir un muchacho demacradísimo y pobremente vestido, que me preguntó á quién buscaba. Detrás de él vino una mujer de aspecto ordinario, con un pañuelo en la cabeza, andando de puntillas y hablando en voz baja. Repitió la pregunta misma del muchacho, y dije yo entonces el objeto de mi visita, en tanto que llegaba un segundo muchacho más alto que el primero, y con cara de haber llorado.

Grande fué el asombro de la mujer aquella, y no menor su llanto al oirme, y con palabras muy toscas, pero muy conmovedoras, me dijo que no me podía figurar á qué mal tiempo llegaba. Cogióme enseguida por la mano, y haciéndome andar un largo pasillo, al final del cual había una puerta por debajo de la cual se veía mucha luz, me llevó hasta ella, y abriéndola señaló hacia adentro sollozando y diciendo:—¡Ahí tiene usted á mi pobre señorita de mi alma!

En medio del cuarto había una mesa cubierta con una colcha de flores, y sobre ella un féretro de percal sin galones ni adornos, pregonando la terrible tiranía del oro, que aun á los muertos

priva de galas cuando son pobres. Dentro de aquella tosca caja estaba, como se suele decir, de cuerpo presente, la mujer de mi amigo, y cuatro velas amarillas que chisporroteaban de una manera terrible, le daban escasa luz, arrojando un humo denso negro.

Ya no pude resistir á la pesadumbre, y al ver llorar á la portera y á los dos niños, antes tan hermosos, tan limpios y tan elegantemente vestidos, y ahora hambrientos, demacrados, sucios, rotos y medio desnudos, rompí yo á llorar también, rindiéndome á la pena como si aquella familia fuera la mía. Y me acordaba de haber visto aquella mujer joven, hermosa y elegante, apoyada en el brazo de su marido un año antes, y á los niños alegres, correteando delante del joven matrimonio, que se miraba en ellos; y yo no tenía valor para escribirle al emigrado lo que había pasado en su casa, y me aterraba la idea de que aquella joven, llena de vida y de hermosura y de virtudes, había muerto, según confesión de los vecinos, de pena y de hambre; y mientras me alejaba de allí con el corazón desgarrado y la imaginación llena de sombras, pensaba, recorriendo las calles sin dirección fija y como loco:—Pero, señor, ¿vale la pena de llegar á coronel, ni á brigadier, ni á general, ni á ministro, ni á Rey del mundo, después de ver esto?

EL QUINTO

Tan pronto se veían, por un efecto de optica ó de locomoción, anular el espacio en sus dos medos de tiempo y de distancia, de los que el uno es intelectual y el otro físico.

(Hist. intel. de Luis Lambert.)

A MI QUERIDO AMIGO ALBERTO MARCHAND
DE LA RIBELLERIE

Tours, 1836.

En una tarde del mes de Noviembre de 1793, las personas más principales de Carentán estaban reunidas en el salón de madame Dey, en cuya casa se juntaba la *asamblea* diariamente. Algunas circunstancias que no hubieran llamado la atención en una ciudad, pero que habían de preocupar vivamente á una población pequeña, prestaban á esta reunión diaria especial interés. Dos días antes Mad. Dey había cerrado las puertas á sus tertulianos, y aun se excusó de recibirlos al siguiente, pretextando una indisposición. En circunstancias nor-

males, estos dos acontecimientos no hubieran producido en Carentán mayor efecto que el que en París produce la clausura de todos sus teatros. En tales días, la existencia está allí en cierto modo incompleta. Pero en 1793, la conducta de Mad. Dey podía tener los más funestos resultados; pues el menor paso aventurado era en aquella época, con raras excepciones, una cuestión de vida ó muerte para los nobles. A fin de que se comprenda bien la viva curiosidad y la desconfianza que animaba los rostros normandos de aquellos personajes, y sobre todo, para hacerse partícipe de los temores de Madame Dey, es necesario explicar el papel que ésta representaba en Carentán y la posición crítica en que ocupaba aquellos momentos, igual, quizá, á la de gran número de personas durante la revolución: las simpatías que aquélla despertará en más de un lector acabarán de dar colorido á este relato.

Madame Dey, viuda de un teniente general, caballero de las Órdenes, abandonó la corte á principio de la emigración. Poseedora de cuantiosos bienes en los alrededores de Carentán, fué á refugiarse en este punto, confiada en que la influencia del Terror se dejaría sentir allí muy poco. Este cálculo, fundado en el conocimiento ue tenía del país, era verdadero, pues la revoıción causó pocos estragos en la Baja Normania. Sin embargo de que Mad. Dey, cuando

tiempos atrás fué á visitar sus posesiones, sólo vió á las familias nobles del país, juzgó político abrir su casa á los principales vecinos de la ciudad y á las nuevas autoridades, esforzándose por conseguir que se envanecieran con su conquista, sin despertar en ellos la envidia ni los celos. Graciosa y buena, dotada de esa indecible dulzura que sabe agradar, sin recurrir á la humillación ni á la súplica, logró atraerse á la estimación general, con un tacto exquisito, cuya sabia enseñanza le permitía mantenerse en un justo límite, desde el cual podía satisfacer las exigencias de aquella sociedad hetereogénea, sin humillar el amor propio de los advenedizos ni herir el de sus antiguos amigos.

Contaba treinta y ocho años próximamente, y aún conservaba, si no aquella belleza franca y robusta que distingue á las hijas de la Baja Normandía, sí una hermosura fría, y, por decirlo así, aristocrática. Sus facciones eran finas y bien trazadas, y su talle flexible y delicado. Cuando hablaba, su pálido rostro parecía iluminarse. Sus ojos negros y rasgados, estaban llenos de dulzura; pero la expresión tranquila y religiosa que brillaba en ellos, parecía indicar que el movil de su existencia no estaba en ella; casada en la flor de su edad con un militar viejo y celoso, se colocó en una falsa posición en medio de aquella corte galante, que contribuyó mucho, sin duda, á extender un velo de pro-

funda melancolía sobre su rostro, en el que los encantos y la vivacidad del amor habían debido brillar en otro tiempo. Obligada á reprimir sin cesar los impulsos naturales del alma y las emociones que la mujer siente en tales casos, cuando en ella no tolera aún la reflexión, los sentimientos apasionados permanecían vírgenes en el fondo de su corazón. Así es que su principal atractivo consistía en aquella cordialidad juvenil que á cada paso descubría su rostro, y que daba á sus ideas una inocente expresión de deseo; á primera vista inspiraba respeto, si bien se pintaba siempre en su apostura y en su voz el vuelo de su imaginación hacia un porvenir desconocido; muy pronto el hombre más insensible se sentía capaz de amarla, conservando, no obstante, una especie de temor respetuoso, inspirado en lo cortés de sus maneras, que imponían. Su alma, grande de nacimiento, y aun más fortificada por luchas crueles, revelaba hallarse muy por cima del vulgo y de los hombres, haciéndoles justicia. Aquella alma necesitaba una pasión elevada; por esto las afecciodes de Mad. Dey se habían concentrado en un solo sentimiento, el de la maternidad; así, pues, la dicha y los placeres de que había estado privada su vida, los encontró en el extremado amor que profesaba á su hijo, á quien no amaba tan sólo con el puro y profundo arrobamiento de una madre, sino con la coquetería de una

amante y los celos de una esposa. Era desgraciada cuando se encontraba lejos de él; estaba inquieta durante su ausencia, no se cansaba de mirarle, ni vivía más que por él y para él. Para hacer comprender á los hombres la intensidad de este sentimiento, bastará añadir que este hijo era, no solamente el único que tenía madame Dey, sino también su único pariente, el solo sér en quien cifraba los temores, las esperanzas y los goces de su vida. El difunto conde de Dey fué el último vástago de su familia, como ella había sido la única heredera de la suya; por esto los cálculos y los intereses humanos se habían unido á las más nobles necesidades del alma, para exaltar en el corazón de la condesa un sentimiento de suyo grande en las mujeres. Había educado á su hijo á costa de amarguras sin número, que le hicieron aún más querido; veinte veces los médicos le vaticinaron su pérdida; pero confiada en sus presentimientos y esperanzas, tuvo el inexplicable goce de verle salvar felizmente los peligros de la infancia, y de admirar su progresiva complexión, á despecho de los pronósticos facultativos.

Gracias á sus constantes cuidados, aquel hijo creció, desarrollándose con tal donaire, que á los veinte años se le tenía por uno de los mejores mozos de Versalles. En fin, por una fortuna que no corona los esfuerzos de todas las madres, el hijo adoraba en ella; las dos almas se comun

caban por fraternales simpatías, y si antes no les hubiera unido el voto de la naturaleza habrían experimentado el uno por el otro esa amistad de dos hombres que rara vez se encuentran en la vida. Nombrado subteniente de dragones á los diez y ocho años, el joven conde obedeció á lo que era punto de honor en aquella época, siguiendo á los príncipes en su emigración.

A Mad. Dey, noble, rica y madre de un emigrado, no se ocultaban los peligros de su cruel situación; mas sin otro propósito que el de conservar á su hijo una gran fortuna, renunció al placer de acompañarle; y al leer las rígidas leyes en virtud de las que la República confiscaba todos los bienes á los emigrados en Carentán, se felicitó por aquel acto de heroísmo. ¿No guardaba los tesoros de su hijo con peligro de su propia vida? Después, cuando tuvo conocimiento de las horribles ejecuciones decretadas por la Convención, se dormía tranquila al saber que su tesoro estaba en salvo, lejos de los peligros y del cadalso, y por ello se regocijaba en la creencia de que había adoptado el mejor partido para salvar á un tiempo todos sus tesoros. Haciendo con este ignorado pensamiento todas las concesiones exigidas por la mala época, sin comprometer su dignidad de mujer ni de sus creencias ristocráticas, ocultaba sus dolores en un frío nisterio. Comprendía las dificultades que la esperaban en Carentán; porque ir allá y ocupar el

primer lugar, ¿no equivalía á desafiar al cadalso todos los días? No obstante, animada por el heroísmo de una madre, supo conquistar el afecto de los pobres, aliviando indistintamente todas las miserias, y se hizo necesaria á los ricos, desvelándose por complacerlos. Recibía al procurador de la *Commune*, al corregidor, al presidente del distrito, al acusador público y hasta á los jueces del tribunal revolucionario. De estos personajes, los cuatro primeros, que no estaban casados, la cortejaban con la esperanza de llamarla su esposa, ya intimidándola con los males que podían causarla, ya ofreciéndola su protección; el acusador público, procurador que había sido de Caen, y encargado en otro tiempo de los intereses de la condesa, trataba de que ésta le amase, observando una conducta llena de sacrificios y generosidad: ¡finura peligrosa! Este era el más temible de los pretendientes; pues siendo el único que conocía á fondo el estado de la cuantiosa fortuna de su antigua cliente, su pasión había de acrecentarse con todos los deseos de una avaricia que se fundaba en un poder inmenso, cual era el derecho de vida y muerte en el distrito. Este hombre, joven aun, observaba un proceder tan noble, que Mad. Dey no había podido juzgarle todavía, por lo cual, despreciando el peligro que la ofrecía el luchar hábilmente con los normandos, empleó el genio inventivo y la astucia que la naturaleza ha con-

cedido á las mujeres para oponer unas rivalidades á las otras; y así, ganando tiempo, confiaba en llegar sana y salva al fin de las revueltas, pues en aquella época los realistas del interior veían cada día que al siguiente terminaría la Revolución; convicción que perdió á muchos de ellos.

A pesar de estos obstáculos, la condesa mantuvo con bastante habilidad su independencia hasta el día en que, por una imprudencia inexplicable, determinó cerrar sus puertas. Inspiraba un interés tan profundo y verdadero, que las personas que fueron á su casa aquella tarde, experimentaron viva inquietud al saber que la condesa no podía recibirlas. Después, con aquella curiosidad franca, propia de las costumbres provincianas, se preguntaban acerca de la desgracia, el disgusto ó la enfermedad que debía afligir á Mad. Dey. A estas preguntas una criada anciana llamada Brígida, contestó que su ama estaba enferma, y que no quería ver á nadie, ni aun á las gentes de su casa. La existencia hasta cierto punto claustral que llevan los habitantes de una ciudad pequeña, crea en ellos un hábito de analizar y explicar los actos de los demás, tan invencible por naturaleza, que después de haberse condolido de Mad. Dey, sin saber si era dichosa ó desgraciada, cada cual se dedicó á investigar las causas de su repentino retraimiento.

—Si ella estuviera mala, dijo un curioso, habría enviado por el médico, y éste ha pasado todo el día en mi casa jugando al ajedrez. Me ha dicho, sonriendo, que por la presente no hay más que un enfermo, y ese es incurable.

La chanza era oportuna. Mujeres, hombres, viejos y jóvenes se aventuraron luego por el vasto campo de las conjeturas, creyendo cada cual aventurar un secreto, el cual preocupaba todos los ánimos. Al día siguiente las sospechas adquirieron un carácter malicioso. Como la vida en un pueblo es igual de un día para otro, las mujeres supieron las primeras que Brígida había hecho en el mercado más provisiones que de costumbre, de lo cual no cabía duda, pues se la vió muy de mañana en la plaza, y ¡cosa extraordinaria! había comprado la única liebre que había en ella. Todo el mundo sabía que á madame Dey no le gustaban las liebres, por lo que este animal vino á ser el punto de partida para un sin número de conjeturas. Los ancianos, al dar su acostumbrado paseo, observaron en casa de la condesa cierta actividad secreta, que se revelaba por las mismas precauciones con que los criados trataban de ocultarlas. El ayuda de cámara sacudía una alfombra en el jardín; el día antes nadie hubiera reparado en ello; pero en aquella ocasión, aquella alfombra venía á ser un argumento en apoyo de las fabulosas conje-

turas que todo el mundo se forjaba. Cada cual hacía la suya. El segundo día, al saberse que Mad. Dey decía que se hallaba indispuesta, las personas principales de Carentán se reunieron por la tarde en casa del hermano del corregidor, antiguo comerciante, hombre casado y probo, por todos estimado, y á quien la condesa guardaba muchas consideraciones. En aquella reunión, todos los pretendientes á la mano de la opulenta viuda idearon una fábula más ó menos verosímil que poder referir, creyendo cada cual que redundarían en provecho propio las secretas circunstancias que la obligaban á comprometerse de aquel modo. El acusador público forjó todo un drama para pintar la llegada en medio de la noche, del hijo de Mad. Dey á su casa. El corregidor creía que un sacerdote injuramentado, llegado de la Vendée, la habría pedido asilo; pero la compra de la liebre en viernes le ponía en grandes confusiones. El presidente del distrito tenía el firme convencimiento de que el refugiado era un jefe de chuanes ó vendeanos activamente perseguido. Otros querían que fuese un noble escapado de las prisiones de París, y, por último, todos suponían á la condesa culpable de uno de esos rasgos de generosidad calificados de crímenes por las leyes e entonces, y que podían conducirla al cadalso. l acusador público manifestó entonces en voz aja que era preciso guardar silencio, y ver de

salvar á la desgraciada del abismo hacia el cual caminaba á grandes pasos.

—Si propaláis el suceso, añadió, me veré obligado á intervenir, haciendo indagaciones en su casa, y entonces...

No terminó la frase; pero todos comprendieron lo que significaba esta reticencia.

Los amigos verdaderos de la condesa se alarmaron de tal suerte, que á la mañana siguiente el procurador síndico de la *Commune* hizo que su mujer la escribiera una carta aconsejándola que recibiera aquella tarde, como de costumbre. Más atrevido el antiguo comerciante, se presentó muy de mañana en casa de Mad. Dey, y animado por el servicio que iba á prestarla, pidió que le condujeran á su presencia. Su admiración llegó al extremo al verla en el jardín ocupada en cortar las últimas flores del acirate, para adornar con ellas sus floreros.

—Sin duda tiene aquí escondido á su amante, pensó el anciano movido por un sentimiento de compasión hacia aquella mujer encantadora; viniendo á confirmar sus sospechas, la singular expresión del rostro de la condesa. Vivamente impresionado con este sacrificio, tan natural en las mujeres, pero que siempre nos conmueve, porque á todos los hombres lisonjean los sacrificios que la mujer hace por uno, el comerciante enteró á la condesa de los rumores que circulaban por el pueblo, y del peligro que la amena-

zaba.—Porque, la dijo al concluir, si entre los funcionarios de Carentán hay alguno decidido á perdonar á usted un acto de heroísmo hecho en favor de un ministro del Señor, ninguno se condolerá de usted si llega á descubrir que usted se inmola á los intereses del corazón.

Al oir estas palabras, Mad. Dey miró al anciano con un ademán de extravío y apasionamiento que le hizo temblar, á él, viejo ya.

—Sígame usted, le dijo, tomándole de la mano para conducirle hasta su cuarto; y allí, después que ella se cercioró de que estaban solos, sacando del pecho una carta sucia y arrugada:—Lea usted, exclamó, haciendo un esfuerzo violento para pronunciar esta palabra; y se dejó caer en un sillón, cual si las fuerzas la abandonaran.

Mientras que el viejo comerciante buscaba sus gafas y las limpiaba, la condesa fijó en él la vista, y después de contemplarle con curiosidad, por la primera vez, con voz descompuesta:—Fío en vos, le dijo dulcemente.

—¿No he venido para ser cómplice de vuestro crimen? respondió aquel buen hombre con naturalidad.

Estas palabras la conmovieron, y, por primera vez desde que habitaba en aquel pueblo, su alma simpatizó con otra. El antiguo comerciante se explicó en seguida el abatimiento y la alegría de la condesa.

Su hijo, que había formado parte de la expedición de Granville, escribía á su madre desde su prisión, dándola una triste y dulce esperanza. No dudando de los medios con que contaba para evadirse, la fijaba tres días, durante los cuales se presentaría en su casa disfrazado. Aquella carta fatal contenía un conmovedor adiós, para el caso de no hallarse en Carentán al anochecer del tercer día, y rogaba á su madre que diera una suma considerable al emisario encargado de llevarla aquel aviso á través de innumerables peligros. El papel se agitaba en manos del anciano.

—Y he aquí el tercer día, exclamó Mad. Dey, levantándose con precipitación y dando paseos por el cuarto, después que hubo recobrado la carta.

—Ha cometido usted algunas imprudencias, respondió el comerciante. ¿A qué hacer provisiones?

—Puede llegar muerto de hambre, extenuado de fatiga... No terminó la frase.

—Confío en mi hermano, respondió el anciano; voy á interesarle en favor de usted.

El comerciante recobró en aquella ocasión el buen tacto que había usado en otro tiempo para sus negocios, y la dió consejos muy sabios y prudentes. Después que ambos convinieron en todo lo que debían decir y hacer, el anciano se dirigió, bajo pretextos muy hábilmente discu-

rridos, á las principales casas de Carentán, y en ellas anunció que Mad. Dey, á quien acababa de ver, recibiría aquella misma tarde, á pesar de su indisposición. Contrarrestando hábilmente la perspicacia de los normandos en el interrogatorio á que le sometió cada familia sobre la naturaleza del mal de la condesa, logró responder á casi todas las personas que se ocupaban del aquel misterioso asunto. Su primera visita fué admirable: en ella refirió, delante de una vieja gotosa, que Mad. Dey había creído morir de un ataque de gota; que el famoso Frouchin la había recomendado en otra ocasión, y en ataque semejante, que se pusiera al pecho la piel de una liebre degollada viva, y que permaneciera en la cama sin hacer el menor movimiento, y que la condesa, en peligro de muerte dos días antes, se encontraba, después de haber observado puntualmente la sabia prescripción de Frouchin, bastante restablecida para recibir á los que fueren á verla aquella tarde. Esta invención tuvo un éxito prodigioso; y el médico de Carentán, realista *in pectore*, aumentó el efecto por la importancia con que analizó el específico. No obstante, las sospechas habían echado hondas raíces en el ánimo de los testarudos filósofos para que se disiparan por completo; así es que aquella tarde los que visitaban á Mad. Dey acudieron con presteza y muy temprano á su casa, unos para espiar en su sem-

blante, otros por amistad, y los más atraídos por lo maravilloso de la curación. Se encontraron con la condesa sentada en el rincón que formaba la gran chimenea de su salón, casi tan modestamente alhajado como los demás de Caretán, pues para no herir la susceptibilidad de sus huéspedes, se había privado del lujo á que en otro tiempo estaba acostumbrada, y no había renovado nada de su casa. Ni aun el piso de la sala de recibo se había limpiado. Dejó sobre las paredes los antiguos y obscuros tapices; conservaba los muebles del país, se alumbraba con vela de sebo y observaba las costumbres de la ciudad, identificándose con la vida provincial, sin retroceder ante las cosas más pequeñas y duraderas, ni ante las privaciones más desagradables. Pero como le constaba que sus tertulianos habían de perdonarla las fastuosidades que les reportaran bienestar, no omitía cosa alguna cuando se trataba de procurar á aquellos goces personales; así es que les obsequiaba con excelentes comidas. Llegaba hasta fingir avaricia, para halagar á aquellos espíritus calculadores; y, después de haber tenido habilidad para obligarles á que la hicieran concesiones respecto al lujo, se sometía á ellas con agrado. Antes de las siete de la tarde, lo menos malo de la sociedad de Carentán se encontraba en su casa, describiendo un gran círculo delante de la chimenea. La dueña de la casa, alentada en

su desgracia por las miradas que le dirigía el viejo comerciante, se sometió con un valor heroico al minucioso interrogatorio y á los razonamientos frívolos y estúpidos de sus tertulianos. Pero cada vez que el aldabón golpeaba en la puerta ó sonaban pasos en la calle, tenía que ocultar sus emociones, dirigiendo preguntas de interés referentes á la riqueza del país. De este modo promovió brillantes discusiones sobre la calidad de las sidras, viéndose tan admirablemente secundada por su confidente, que la reunión se olvidó casi por completo de espiarla, encontrando naturalidad en su semblante y su serenidad imperturbable. El acusador público y uno de los jueces del Tribunal revolucionario estaban taciturnos, observando con atención los menores movimientos de la fisonomía de la condesa, atentos á cuanto se oía en la casa, á pesar del bullicio, y con interrupciones repetidas la dirigían preguntas embarazosas, á las que la condesa contestaba, sin embargo, con una presencia de ánimo admirable. ¡Las madres tienen tanto valor! Tan pronto como Mad. Dey logró organizar las partidas, instaló á todos en las mesas de bostón, de revesín ó de whist, quedándose á dar conversación á la gente joven con un estudio extremado, representando su papel cual una actriz consumada, hasta que consiguió que la pidieran un juego de lotería, que sólo ella, dijo, sabía dónde estaba, y desapareció.

—¡Yo me ahogo, pobre Brígida! exclamó enjugando las lágrimas que brotaban de sus ojos, en los que brillaba la fiebre, el dolor y la impaciencia.

—No viene, continuó, recorriendo con la vista la habitación á donde había subido. Aquí respiro y vivo. Algunos momentos más, y estará aquí tal vez, ¡porque vive todavía, estoy segura! Mi corazón me lo dice. ¿No oyes nada, Brígida? ¡Oh! Daría el resto de mi vida por saber si está preso ó caminando por medio del campo! Quisiera no pensar.

Examinó de nuevo si todo estaba en orden en la habitación. En la chimenea había buen fuego; los postigos de la ventana estaban cerrados herméticamente; los muebles relucían de puro limpios; la manera de estar hecha la cama probaba que la condesa se había ocupado con Brígida hasta de los menores detalles, y sus esperanzas se revelaban en el esmero que parecía haberse usado en aquel cuarto, donde se respiraba la grata dulzura del amor, y sus más castas caricias en el perfume que exhalaban las flores. Sólo una madre era capaz de haber previsto los deseos de un soldado y de prepararle satisfacciones tan completas. Una colección delicada de vinos escogidos, el calzado, la ropa blanca, en fin, todo cuanto podía ser necesario agradable á un viajero cansado, estaba reunido para que nada le faltara, para que los goces de

su casa le revelaran el amor de una madre.

—¡Brígida! dijo la condesa con voz anhelante, fijando su mirada delante de la mesa, como para dar realidad á sus deseos, como para dar fuerza á sus ilusiones.

—¡Ah, señora! vendrá. No está lejos. No dudo que viene, y que viene de camino, replicó Brígida. He puesto una llave en la Biblia, y la he tenido sobre mis dedos mientras que Cottín leía el Evangelio de San Juan... y, señora, la llave no ha girado.

—¿Estás bien segura? preguntó la condesa.

—¡Oh! señora, es cosa probada. Apostaría mi salvación á que viene todavía. Dios no puede engañarse.

—A pesar del peligro que aquí le aguarda, deseo verle.

—¡Pobre señorito Augusto! exclamó Brígida; sin duda irá á pie por esos caminos.

—¡Están dando las ocho en el reloj! gritó la condesa con terror.

Tuvo miedo de permanecer por más tiempo del debido en aquel cuarto donde ella se cercioraba de que su hijo vivía, viendo todo aquello que atestiguaba su existencia, y bajó al salón; pero antes de entrar en él, permaneció durante algunos instantes bajo el peristilo de la escalera, escuchando si se percibía algún ruido que despertara los silenciosos ecos de la ciudad, y dirigió una sonrisa al marido de Brígida, que es-

taba de centinela, y cuyos ojos parecían hallarse entorpecidos á fuerza de prestar atención al murmullo de la plaza y de la noche. Aquella mujer veía á su hijo en todo y por todo. Entró en seguida, afectando un semblante algo placentero, y se puso á jugar á la lotería con las muchachas; pero de cuando en cuando se lamentaba de que sufría, hasta que fué á ocupar su sillón cerca de la chimenea.

Tal era la situación de las cosas y de los ánimos en casa de Mad. Dey, mientras que, por el camino de París á Cherbourg, un muchacho vestido con una *carmañola* obscura, traje de rigor en aquella época, se dirigía á Carentán. Al principio de las quintas, había poca ó ninguna disciplina; las exigencias del momento no permitían á la República equipar sobre la marcha á sus soldados, y no era extraño ver cubiertos los caminos de quintos que conservaban sus trajes de paisano. Estos muchachos llegaban antes que sus batallones al pueblo de alojamiento, ó quedaban rezagados, pues su marcha dependía del modo como ellos soportaban las fatigas de una jornada. El caminante de que se trata, llevaba bastante ventaja á la columna de quintos que se dirigían á Cherbourg, y á la que el corregidor de Carentán aguardaba de hora en hora, á fin de repartirles las boletas de alojamiento. Aquel joven caminaba con paso lento pero firme todavía, y su modo de andar parecí-

indicar que hacía ya tiempo estaba familiarizado con las fatigas de la vida militar. Aunque la luna alumbraba las dehesas próximas á Carentán, había observado que algunas nubes gruesas y blancas, amenazaban una nevada, y el temor de verse sorprendido por el temporal aceleraba sin duda su marcha, entonces más rápida de lo que le permitía su cansancio. Llevaba á su espalda un saco casi vacío, y en la mano una caña de boj cortada de los altos y anchos vallados que este arbusto forma alrededor de la mayor parte de las heredades de la baja Normandía. Aquel viajero solitario entró en Carentán, cuyas torres, caprichosamente bordadas por la luna, aparecieron á su vista momentos antes. Su paso despertaba los ecos de las calles silenciosas, en las que no encontró á nadie, teniendo que preguntar por la casa del corregidor á un tejedor que trabajaba todavía. Dicho magistrado vivía á corta distancia, por lo que el quinto llegó muy pronto á su puerta, y se sentó en un banco de piedra, aguardando la boleta de alojamiento que había pedido. Pero llamado por aquel funcionario, compareció á su presencia, siendo objeto de un examen escrupuloso. El soldado era un muchacho de buen semblante, que hacía sospechar pertenecía á una familia distinguida. Su aspecto revelaba nobleza, y la inteligencia debida á una educación esmerada se descubría en su figura.

—¿Cómo te llamas? le preguntó el corregidor, dirigiéndole una mirada llena de amabilidad.

—Julián Gussien, respondió el quinto.

—¿Y vienes?... dijo el magistrado dejando escapar una sonrisa de incredulidad.

—De París.

—Tus camaradas deben estar lejos, replicó el normando con un tono burlón.

—Traigo tres leguas de ventaja sobre el batallón.

—Sin duda algún movil te trae á Carentán; ¿cuál es, ciudadano quinto? dijo el corregidor con amable semblante. Está bien, añadió imponiendo silencio con la mano al muchacho que se disponía á hablar; sabemos donde te hemos de enviar. Toma, añadió dándole su boleta de alojamiento: ¡anda, *ciudadano Gussien!*

Un tinte de ironía se marcó en el acento con que el magistrado pronunció estas dos últimas palabras, extendiendo una boleta en la que estaba escrita la casa de Mad. Dey. El muchacho leyó la dirección con señales de curiosidad.

—¡Él sabe bien que no hay mucho que andar, y tan pronto como salga, habrá atravesado la plaza! dijo el corregidor hablando consigo mismo, mientras el muchacho salía.

—¡Es atrevido! ¡Que Dios le guíe! Ha respondido á todo. Sí, pero si otro que no fuera yo, le hubiera pedido sus papeles para examinarlos, estaba perdido.

En aquel momento, los relojes de Carentán habían dado las nueve y media; se encendían los faroles en la antesala de madame Dey; los criados ayudaban á sus amas y á sus amos á ponerse sus capotillas, sus hopalandas y sus manteletas; los jugadores habían saldado sus cuentas é iban á retirarse todos juntos, según es costumbre en todas las poblaciones pequeñas.

—Parece que el acusador público se ha quedado, dijo una dama reparando que faltaba este importante personaje, cuando los unos se separaban de los otros en la plaza para tomar sus respectivos caminos, después de haber agotado todas las fórmulas de despedida.

En efecto, aquel terrible magistrado estaba sólo con la condesa, que esperaba temblando á que tuviese á bien marcharse.

—Ciudadana, dijo por fin, después de un prolongado silencio, que tenía algo de terrible; yo estoy aquí para hacer observar las leyes de la República.

Madame Dey se estremeció.

—¿No tiene nada que revelarme? preguntó él.

—Nada, le respondió ella con asombro.

—¡Ah! señora, exclamó el acusador sentándose á su lado y cambiando de tono; en este momento, por no pronunciar una palabra, usted ó yo podemos llevar nuestra cabeza al cadalso. Tengo bien estudiado vuestro carácter, vuestra alma, vuestras maneras, para participar del

error que ha hecho usted aceptar esta tarde á sus tertulianos. Usted espera á su hijo, no puedo dudarlo.

La condesa dejó escapar una negativa; pero su rostro había palidecido, sus facciones estaban contraídas, por la fuerza de la necesidad en que se encontraba de aparentar una fingida entereza, y ninguno de sus movimientos se escapaba á la mirada implacable del acusador público.

—¡Y bien! recíbale usted, dijo el magistrado revolucionario; pero que no esté después de las siete de la mañana bajo el mismo techo que usted. Mañana á primera hora, provisto de una denuncia que me haré confeccionar, vendré á esta casa...

Ella le miró con un aire tan estúpido, que hubiera inspirado compasión á un tigre.

—Yo demostraré, continuó con voz dulce, la falsedad de la denuncia por minuciosas pesquisas, y usted quedará, por efecto de mis informes, al abrigo de ulteriores sospechas. Hablaré de los sentimientos patrióticos que adornan á usted, de su civismo, y estaremos salvados.

Madame Dey, temiendo una asechanza, permanecía inmóvil; pero tenía el rostro encendido y la lengua helada. Un aldabonazo resonó en la casa.

—¡Ah! gritó aquella madre aterrada, cayendo de rodillas: ¡sálvele usted, sálvele usted!

—Sí, ¡salvémosle! respondió el acusador público dirigiéndole una mirada apasionada; debemos sacrificar la vida.

—¡Estoy perdida! gritaba ella, en tanto que el acusador público la alzaba del suelo cortésmente.

—¡Eh! señora, la respondió en un arranque oratorio, no quiero merecer á usted por nada... sino por usted misma.

—Señora, le he visto... gritó Brígida que creía que su ama estaba sola.

En presencia del acusador público, la antigua criada, cuyo rostro estaba encendido y gozoso, se quedó inmóvil y amarilla.

—¿Qué es eso, Brígida? preguntó el magistrado con amable semblante, que revelaba conocer el suceso.

—Un quinto que el corregidor nos envía de alojado, respondió la criada enseñando la boleta.

—Es verdad, dijo el acusador después que leyó el papel. ¡Esta noche llega un batallón! Y se marchó.

La condesa tenía verdadera necesidad en aquellos momentos de creer en la sinceridad de su antiguo procurador para no experimentar la más pequeña duda. Subió rápidamente la escalera, pudiendo apenas sostenerse; abrió la puerta de su cuarto, miró á su hijo, y se precipitó en sus brazos desfallecida:

—¡Oh, hijo mío, hijo mío! gritaba sollozando y cubriéndole de besos impresos con una especie de frenesí.

—Señora, dijo el desconócido.

—¡Ah!... ¡No es él! gritó la condesa retrocediendo espantada, y quedó inmóvil delante del quinto, contemplándole con mirada esquiva.

—¡Oh, santo Dios, qué parecido! dijo Brígida.

Hubo algunos momentos de silencio. El extraño se sintió estremecer al contemplar el semblante de Mad. Dey.

—¡Ah! caballero, dijo ella, apoyándose en el marido de Brígida, y experimentando en aquellos momentos y en toda su extensión una pena cuyo primer golpe debió matarla; caballero, yo no podría sufrir la presencia de usted por más tiempo; confórmese usted con que mis criados me reemplacen y le atiendan.

Mad. Dey bajó á su cuarto, ayudada por Brígida y su antiguo servidor.

—¡Cómo, señora! exclamó aquella antigua criada colocando á su ama en un asiento: ¿ese hombre va á acostarse en la cama del señorito Augusto, á ponerse las zapatillas del señorito Augusto, á comer el pastel que yo he hecho para el señorito Augusto? Cuando merecía que me guillotinaran, yo...

—¡Brígida! dijo Mad. Dey.

Brígida no replicó.

—¡Cállate, bestia! le dijo su marido en voz baja: ¿quieres matar á la señora?

En aquel momento, se sintió el ruido que el quinto hacía al sentarse á la mesa.

—Yo no me quedo aquí, dijo Mad. Dey; me iré á la estufa, desde donde percibiré mejor cuanto acontezca fuera de casa durante la noche.

Aquella mujer luchaba todavía con el temor de haber perdido á su hijo y la esperanza de verle aparecer. La noche estuvo envuelta en un silencio horrible. Hubo para la condesa un momento espantoso, cuando el batallón de quintos entró en el pueblo, y cada cual se dirigió á su alojamiento. Esto despertaba en ella esperanzas engañosas á cada paso, á cada ruido; después la naturaleza recobró una calma espantosa. Al amanecer tuvo la condesa necesidad de entrar en la cama. Brígida, que observaba todos los movimientos de su ama, viendo que ésta no salía, entró en su cuarto y vió que la condesa estaba muerta.

—Quizá haya sentido al quinto, que acaba de vestirse, pasear por el cuarto del señorito Augusto cantando su endiablada *Marsellesa*, como si estuviera en una cuadra, y esto la habrá matado.

La muerte de la condesa fué ocasionada por un sentimiento más grave, y quizá por alguna visión terrible. A la misma hora en que Madame Dey fallecía en Carentán, su hijo era pasado

por las armas en el Morbihán. Podemos agregar este trágico suceso á todas las simpatías que desconocen las leyes del espacio; documentos reunidos con ilustrada curiosidad por algunos hombres asíduos, y que servirán algún día para sentar las bases de una ciencia nueva, á la que le ha faltado hasta el día un hombre de genio.

París, Febrero, 1831.

DOS JUEVES SANTOS

I

HABÍA mesa de petitorio en San Ginés.

. . . .

La condesa dió dos golpecitos con sus diminutas manos en la bandeja de plata que tenía delante, y Fernando, que entraba con su madre en el templo á rezar la estación, volvió la cara hacia donde sonaba el ruido.

—Ahí está nuestra vecina, dijo.

Y como si temiera que su respetable madre no le hubiera oído, repitió:

—Ahí está nuestra vecina la condesa, mamá. ¿Quiere usted que la deje cinco duros en la bandeja?

La señora de Villa-Rosa no contestó. Siguió andando en dirección al altar mayor, saltando hábilmente por entre los grupos de mujeres arrodilladas. Fernando tenía mucho respeto á su madre, y no quiso insistir. Siguió con ella

iglesia adentro...; pero en aquel instante mismo, la condesa volvió á dar dos golpes con sus diminutas manos en la bandeja; y, ó fuera que á Fernando le diera vergüenza haber pasado de largo, fuera que tuviera sus pretensiones al enojo de la encantadora pedigüeña, ello es que se le figuró que estos dos segundos golpes fueron más fuertes que los primeros.

Los nervios son tan imperiosos en sus exigencias, que no es de extrañar que Fernando se detuviera y volviese á mirar hacia la mesa de petitorio.

Su madre no podía notar esto. Se había arrodillado y rezaba.

Fernando volvió pasos atrás, se dirigió resueltamente á la mesa y arrojó sobre la bandeja una moneda de cinco duros, que cayó con estrépito entre tantas otras. ¡Pobre muchacho! Para hacer esta limosna se puso tan colorado, que la condesa se hubiera echado á reir, á no estar en aquel momento más colorada que su vecino.

En el estado de confusión en que Fernando estaba, no pudo notar que había otra señora con la condesa.

Esta otra señora le dijo:

—Muchas gracias, pollo, muchísimas gracias. No esperábamos menos de un Villa-Rosa.

Fernando fué á contestar, sabe Dios qué, alguna tontería, porque no estaba para floreos en-

tonces. La señora le sacó del aprieto con una nueva pregunta.

—¿Como está su madre de usted?

—Está bien, gracias, respondió Fernando... Y al mismo tiempo señaló hacia donde su madre se hallaba.

La condesa no levantaba los ojos de la bandeja de plata donde acababa de arrojar Fernando su flamante moneda.

—Es de ley, no temas, le dijo la señora comunicativa.

Y dirigiéndose á Fernando:

—¿Verdad, pollito, que la moneda es buena? le dijo.

Fernando sonrió por única respuesta. La condesa sonrió también, y levantó la cabeza, y miró á Fernando...

A pesar de que nunca es prudente asegurar la edad que puede tener una mujer, yo creo ser equitativo diciendo que la condesa no llegaba á los veinticinco años.

Era rubia, como lo son ya todas las madrileñas. La condesa lo había sido siempre. Había en su fisonomía una dulzura de las que llamaba mi buen amigo Florentino Sanz, *rafaelinas*.

Cuando sus ojos se fijaron en Fernando, sintió éste que se le agolpaba de nuevo la sangre al rostro; y para que no se le tache de corto de genio, declararé que acababa de cumplir veinticuatro años. Su madre, la señora de Villa-Rosa,

viuda de un mejicano millonario, no había permitido nunca á Fernando que se separase de ella. Un día que el muchacho le pidió permiso para ingresar en el *Veloz Club*, la madre tuvo un ataque nervioso que puso en peligro su vida. La condesa habitaba el cuarto principal de la casa en que vivía la señora de Villa-Rosa y su hijo. Esta casa era propiedad de la viuda de Villa-Rosa, que ocupaba el principal de al lado, y Fernando ¡oh; prosa de la vida! había bajado durante seis meses todos los días primeros á cobrar el alquiler del cuarto, importando cien duros, más cuarenta reales por la luz de la escalera. Como la casualidad es caprichosa, siempre que Fernando bajó á presentar el recibo firmado por su madre, tuvo la desgracia de ser recibido por la condesa, lo cual le produjo insomnios, dolores de estómago y aborrecimiento del álgebra de Cirodde y de la geometría analítica de Lefebourg de Courcy, libros de texto que debía estudiar para ser ingeniero. La viuda de Villa-Rosa había pensado varias veces en echar de la casa á la condesa su vecina, bajo el frívolo pretexto de que tenía un perro *lupetto* que ladraba de noche, y un piano que sonaba todo el día y unas ventanas al patio que caían frente á las del cuarto de Fernando, y qué sé yo cuantas inconveniencias por el estilo. Además, el cuarto de la condesa rentaba poco, y pudiera ser que otro inquilino pagara más; por otra par-

te, la condesa, según malas lenguas, había venido á menos y un inquilino que viene á menos...

Para todas estas razones tenía otras tantas Fernando, con las que quería probar á su madre que no había mejor vecina en la casa.—Es una viudita (decía Fernando), que no recibe gentes en su casa. Su conducta es ejemplar, y nadie murmura de ella. Vive sola con sus criados. Se pasa las horas muertas tocando *pianíssimo* música de Haydn ó *zortzícos* provincianos, á que parece muy aficionada. Posible es que el conde su difunto no le haya dejado gran fortuna, pero mientras pague puntual...

Y así estaban las cosas cuando llegó el Viernes Santo, y sucedió lo que al principio hemos referido. La condesa y Fernando se saludaron en cuanto ella levantó la cabeza. La señora de Montes, que así se llamaba la que acompañaba á la condesa, había logrado, por fin, que los dos vecinos se hablaran.

—¿Cómo está usted, vecina? dijo Fernando, dando la mano á la condesita.

—¿Y usted? contestó ésta alargando su mano de niña...

Y en aquel momento llegó á la mesa un caballero alto, fornido, vestido de negro, con grandes cuellos derechos, patillas negras, cejas pobladísimas, cabellera espesa y embadurnada de pomada que trascendía, é interrumpiendo la conversación, dejó caer una onza en la bandeja

y se retiró, no sin mirar antes fijamente á la condesa, y turbando el silencio del templo con el ruido de sus tacones.

La condesita no pudo ser indiferente á la presencia momentánea de aquel extraño personaje. Le siguió con la mirada. Fernando hizo lo mismo. La señora de Montes, dijo:

—¡Siempre el mismo!

—¿Quién es? preguntó la condesa.

—Es un señor Zalzeta, dijo Fernando; americano inmensamente rico, que se pasa la vida arrojando dinero sobre piedra.

—¿Y por qué sobre piedra? preguntó la de Montes inocentemente.

—Porque suene.

La condesa seguía mirando al americano estrepitoso, que se había parado en medio de la iglesia y miraba desde lejos á la mesa de petitorio, acariciándose con petulancia sus hermosas patillas negras. Fernando miraba á la condesa con extrañeza. La señora de Montes, como si no hiciera alto en aquella escena muda, comenzó á dar golpecitos con la mano en la bandeja de plata, excitando la caridad de los católicos. A todo esto, la señora de Villa-Rosa había concluído de rezar, se había levantado; y echando de ver que su hijo no estaba detrás de ella como suponía, le buscó con la vista y le vió de pie delante de la mesa adonde estaba sentada su vecina. En la imposibilidad de llamarle en voz alta, tu-

vo intenciones de ir á buscarle; pero esto le pareció escandaloso. Entonces miró á su alrededor, como si buscara una persona conocida. Se detuvieron sus miradas en el caballero americano que estaba mirando aún á la condesa, y acercándose á él, le dijo algunas palabras en voz baja.

El desconocido volvió á acercarse á la mesa de petitorio. La condesa bajó los ojos. La señora de Montes se hizo la distraída. El americano tocó suavemente en el hombro á Fernando, que estaba abstraído en la contemplación de la condesita, y le dijo en voz alta, que turbó el silencio del templo é hizo volver la cara á cuantas personas había cerca de aquel sitio:

—Mocito, su mamá le llama.

Fernando se volvió colérico, avergonzado al oirse tratar como un niño por una persona para él desconocida, y á quien, sin saber por qué, había tomado ya aversión decidida. Quiso contestar algo, pero vió á diez pasos la respetable figura de su madre que le hizo una seña imperativa para que volviera á su lado. Venció el respeto á la cólera. El pollo saludó lleno de confusión á la condesa y á su amiga, y fué á reunirse con la viuda de Villa-Rosa.

¡El americano se quedó parado junto á la mesa!

Esto sucedía el día de Jueves Santo del año pasado.

II

Será preciso que el lector sepa hasta dónde llegó el furor de la madre y las cosas que dijo. Seguro estoy de que el lector ha adivinado el sermón de Viernes Santo que la viuda de Villa-Rosa predicó á su hijo único.

Pasaron quince días, durante los cuales la condesa no se asomó, como tenía por costumbre, á las ventanas fronterizas de las del malogrado ingeniero. El álgebra de Cirodde estaba llena de polvo. La geometría analítica era presa de profundo letargo. En el reloj de las estaciones acababa de sonar Abril. A los veinticuatro años, en Abril, con una vecina ideal y una imaginación mejicana, ¿cómo es posible que el hijo de una viuda millonaria pueda dormir sosegadamente? Fernando no durmió en aquellos quince días; cuando llegó el de cobrar la renta de la casa, le dijo á su madre:

—¿Quiere usted que pase á presentar el recibo á la condesa?

—No, respondió la opulenta mejicana con acento de ira. Este mes se ha encargado del cobro de mis rentas todas, el señor de Zalzeta.

Fernando se puso muy pálido, y se retiró á su cuarto. El Sr. de Zalzeta, aquel á quien hemos visto arrojar una onza sobre la mesa de pepito-

rio, era amigo antiguo de los Villa-Rosa. ¿Por qué se convirtiría ahora en administrador de la viuda? Si hubiera sido un amigo íntimo á quien Fernando hubiera visto con frecuencia en la casa, el cargo de administrador en dicho caballero no le hubiera sorprendido. ¡Pero esta novedad era tan sorprendente!

Inquieto, desasosegado, calenturiento, Fernando se acostó y se arrebujó entre las sábanas renegando del dinero y de quien lo inventó, que debió ser algún pobre sin duda alguna. La oposición de la viuda de Villa-Rosa al enlace de su hijo con la vecina, no reconocía otra causa que la diferencia de fortuna. La viuda era condesa de Arezzo; pero todo el mundo sabía que este título se lo dió el Papa á su difunto esposo, en cambio de una suscripción verificada en España para las necesidades de la Santa Sede. Antes de ser conde, el difunto no tenía más renta que su sueldo en el Consejo de Estado...

Si Fernando, en lugar de desesperarse entre sábanas, hubiera aplicado el oído á la pared que separaba su cuarto del de la vecina, habría oído el siguiente diálogo, entre la condesita y su íntima amiga la de Montes, que acaban de llegar de la ópera.

—¿De quién será esta carta?

—No conozco la letra.

—Ni yo; pero puesto que es para tí, ábrela y leyéndola saldrás de la duda.

Momentos de silencio.

—Es un anónimo.

—Rómpelo. Será una serie de insultos como se suelen escribir en estos casos.

—¡Oh, no! Es una declaración de amor.

—*¿Vraiment?*

—Oye.

Y la condesita leyó lo que sigue:

«La persona que arrojó una moneda de oro sobre la bandeja de la mesa de petitorio de San Ginés, hace ocho días, no se atreverá nunca á ser indiscreta diciendo á usted galanteos que usted no suele admitir, según pública voz. Pero en cambio, tendrá el valor de decir á usted por escrito lo que de palabra parecería más bien un asunto comercial que un diálogo amoroso. Dicha persona tiene una renta que la opinión pública llama *colosal*, y ha dado en la manía de que usted disfrute la mitad de esa renta. ¿Ha de ser á usted difícil contestar á esta carta anónima con otra? La persona escondida cree que no, porque está seguro de que el día de Viernes Santos mereció que usted se fijara en ella.»

—¿Y bien? preguntó la condesita.

—Que no entiendo una palabra. Mejor dicho, que no sé quien te escribe.

—No es fácil. Fueron dos las personas que me dejaron monedas de oro en la bandeja.

—De donde resulta que no puedes saber qui te quiere hacer rica.

—Ni lo quiera Dios.

—¿Por qué?

—Porque nunca he deseado serlo.

—Yo nunca he comprendido á los pobres.

—Cada cual tiene sus manías.

—¡Es claro! ¿Qué resuelves sobre esa carta?

—Romperla.

—Yo no la romperia. Adivinaría quién me la había escrito.

—Y una vez adivinado...

—Contestaría.

—Pero eso es muy fuerte.

—¡Psch!

Después de unos momentos de pausa, la de Montes se despidió de la condesa, y ésta se puso á escribir, llenando de *pattes de mouche* una diminuta esquela timbrada con una corona condal sobre una M.

III

¿Creéis que Fernando dormía? Creéis con lo imposible.

Por la mañana entró un criado con un paquete de cartas y tarjetas.

Aquel día cumplía Fernando veinticinco años. Sus amigos le felicitaban. Veinte ó treinta tar-

jetas encerradas en otros tantos sobres, le vinieron á probar que á lo menos una vez al año tenemos la satisfacción de que veinte ó treinta personas se acuerden de nosotros para celebrar que envejecemos. Fernando leyó todas las tarjetas con impaciencia grande. — ¡Qué descortesía! murmuró. Efectivamente, la descortesía de la condesa era evidente. Fernando le envió su tarjeta el día de Santa Margarita. Ella no había leído en *La Correspondencia* el santo del día.

Iba á leer las cartas, cuando entró en el cuarto su madre. Venía á darle los días. Traía en un estuche de terciopelo azul una preciosa botonadura de brillantes. Era su regalo. Fernando abrazó á su madre dándola las gracias, y al mismo tiempo pensó que de aquellos brillantes se podían hacer unos pendientes lindísimos...

Detrás de la viuda de Villa-Rosa estaban Zalzeta y otro caballero.

—Hijo mío, dijo la viuda. Es preciso que se cumpla la voluntad de tu padre. Debo hacerte entrega de tu patrimonio el mismo día en que cumples veinticinco años, antes de las doce de la mañana. El señor de Zalzeta es uno de los albaceas, y este caballero que es el notario que él me ha recomendado, te pondrán ahora mismo en posesión de tu fortuna.

Tal vez en esta ocasión, Fernando se hubiera alegrado en el alma de verse convertido en millonario. Pero ahora, ahora no podía compren-

der el valor del dinero. Acababa de abrir una de las cartas que tenía sobre la mesa, y había visto que estaba timbrada con una M, colocada debajo de una corona condal. Le dió un vuelco el corazón. Recibir la primera carta de una mujer á quien se ama es caso tan grave, que entre leer el acta que el notario traía extendida, ó la carta de la condesita, optó por lo segundo.

—Está bien, balbuceó... yo agradezco... yo... siéntese usted... voy al momento...

El notario se sentó. Fernando comenzó á leer la carta. Él no le había escrito á la condesa. Sin embargo, ella le escribía á él. Mientras el notario limpiaba una pluma, y Fernando leía con avidez aquellos encantadores garrapatos, la señora de Villa-Rosa y Zalzeta cambiaron estas palabras en voz baja:

—¿Ha estado usted ahí al lado?

—Sí, señora.

—¿Ha cobrado usted?

—Sí, señora.

—¿Qué ha dicho la condesa?

—No la he visto.

—¿Cómo?

—No me ha recibido. Un criado salió con el importe del alquiler... es un desaire que no perdonaré nunca á la viudita. Yo no pude esperar que no me recibiera...

—¿Por qué?

—Porque yo le había escrito una carta anó-

nima que no podía dudar de que era mía. Verdad es que el criado que me ha dado el dinero, me ha dado también una carta.

—¡Ah!

—Una carta que dice: *Renuncie usted á su renta y nos entenderemos.*

—¡Cosa más rara!

—¡Figúrese usted! ¡Renunciar yo á mi renta para que atienda ella mis pretensiones á su mano! Esto es demasiado novelesco.

En esto estaban Zalzeta y su amiga, cuando observaron que Fernando y el notario hablaban de algo interesante.

Los ojos de Fernando brillaban como áscuas. ¡Había leído la carta de la condesita!

La carta decía: «Renuncie usted á su renta y nos entenderemos.»

Era, pues, completamente igual á la que había recibido Zalzeta. La condesa, en la duda de quien pudiera ser su pretendiente, había escrito dos cartas iguales.

Fernando le había dicho al notario:

—Sírvase extender un documento por el cual cedo mi patrimonio á todos los Hospitales de España.

Estas palabras produjeron una discusión acalorada. La señora de Villa-Rosa se opuso al acto de generoso desprendimiento, y preguntó las razones que le motivaban. Fernando no dió razón ninguna. Zalzeta quiso intervenir; Fernan-

do le dijo cortésmente que no se mezclara en asuntos ajenos. Estaban sonando las doce cuando Fernando firmó la donación. Desde aquel momento, el hijo de los Villa-Rosa, célebres en Méjico por sus riquezas, quedaba reducido á la condición de un hombre que no tiene sobre qué caerse muerto.

IV

La renuncia hecha por Fernando de su patrimonio hizo tanto ruido en Madrid, que durante un mes no se habló de otra cosa.

Se anunció un gran baile en casa de la duquesa de***

Comenzaba el verano. La señora de Villa-Rosa no estaba en Madrid.

Los digustos que entre ella y su hijo hubo durante los dos primeros meses después de la donación hecha por Fernando á los hospitales, dieron por resultado una separación que debía ser muy larga, á juzgar por el enojo de la viuda. Su hijo era un loco, según decía, un manirroto, un desdichado. Le abandonó á su suerte, y volvió al suelo patrio.

Zalzeta seguía haciendo el amor á la condesita, á pesar de sus desdenes y de haber compren-

dido que Fernando le había dado una lección renunciando á su fortuna. ¡Pobre Fernando! Estaba en plena posesión del corazón de la condesita hacía mucho tiempo; pero ¿cómo la llamaría su esposa? ¡Estaba tan pobre! Por su parte la condesita no parecía muy dispuesta á ser su mujer. Dos ó tres veces le había indicado Fernando lo feliz que sería llamándola suya. La condesa parecía no dar importancia á estas palabras. Las visitas de Fernando á casa de la condesa eran tan frecuentes, que las gentes comenzaban á murmurar de esta intimidad. Hasta la íntima amiga de la condesa, la señora de Montes, había murmurado de ella, y no frecuentaba la casa. Fernando estaba tan macilento, tan pálido, tan descompuesto, que parecía ser presa de alguna de esas enfermedades crónicas que no impiden salir á la calle, pero que anuncian una próxima catástrofe. Se había alejado por completo del círculo de sus amigos, vivía modestamente en un cuarto cuarto de la calle de Jardines, donde pasaba las noches en claro pensando que los enfermos de todos los hospitales de España debieran estar muy bien asistidos... ¿Le pesaba lo que había hecho? Esto era lo que nadie podía saber. ¿Quién pudiera averiguar lo que sucedía en el interior de la casa de la condesa en aquellas largas horas que pasaba Fernando allí? Los vecinos solían oir el piano con frecuencia; pero las melodías eran lentas,

monótonas, como arrancadas á las teclas por una mano perezosa. Dijérase que Fernando y la condesa estudiaban el solfeo.

Zalzeta seguía siendo el administrador de la viuda de Villa-Rosa. Nunca logró ser recibido cuando fué á cobrar los alquileres. A principios de Abril de este año, el americano se presentó como de costumbre, con su recibo, y su asombro no reconoció límites cuando el criado le dijo que esperase, que la señora iba á salir al momento. En efecto, la condesa se presentó en el salón, y saludó friamente á Zalzeta.

—Caballero, le dijo, puede usted anunciar á la dueña de la casa que desde principios del mes que viene, tiene el cuarto á su disposición.

—¿Se marcha usted? preguntó Zalzeta.

—Sí, salgo para el extranjero después de la Semana Santa.

Zalzeta intentó decir algunas galanterías. La condesa le cortó la palabra. Fernando se asomó por detrás de un *portier*, y le dijo:

—¡Hola, señor de Zalzeta! celebro ver á usted. ¿Sigue usted tan rico?

Esta pregunta era un insulto para un hombre que, como Zalzeta, amaba su riqueza ante todo. No contestó. Fernando siguió preguntando:

—¿Estuvo usted anoche en la Zarzuela?

—Sí, allí estuve...

Y Zalzeta buscaba con la vista su sombrero.

—¿Qué le pareció á usted la obra nueva?

—Muy linda; se aplaudió en extremo, y no se sabe de quién es la música.

—Es mía, dijo la condesa.

Zalzeta se echó á reir.

—No comprendo esa risa, dijo la condesa. Puede usted escribir á la señora de Villa-Rosa que durante un año, su hijo se ha ocupado en escribir una zarzuela en tres actos, que yo he compuesto y él ha firmado, y que con sus productos nos casamos dentro de quince días. Dígale usted también que no se necesita ser heredero de un millonario, para vivir cómodamente, cuando una se contenta con lo necesario. Dentro de poco saldremos para Italia, donde tengo unas tierras que pensamos vender para vivir; hasta que Fernando dé al teatro su segunda *partitura*. Usted que vive en el gran mundo, señor de Zalzeta, puede contar á los que hasta ayer fueron nuestros amigos, que también entre nosotros se cumple el proverbio del pan y la cebolla. Adiós.

Zalzeta salió.

Poco después era pública la boda de los dos vecinos.

Los enfermos de los hospitales de España están mejor asistidos, y Fernando es músico cuando menos se lo figuraba, habiendo sido tan feliz con la inmensa fortuna de su padre como con la mano de la condesita y los aplausos del público inteligente.

Las personas que entraron esta mañana á rezar la estación en San ***, observaron á una preciosa joven que daba dos golpecitos de cuando en cuando sobre la bandeja de plata que había en la mesa de petitorio. Cada vez que daba estos dos golpecitos, se volvía á mirar á un caballero, que, de pie junto á ella, parecía un centinela de vista. Era Fernando, que quiso que la condesa volviera á pedir este año, para recordar las escenas del año pasado.

—¿Has estado allá? le preguntó su mujer.

—Sí. Vengo del telégrafo de poner el despacho á mamá anunciándole la boda, y pidiéndole nuestro regalo.

En aquel momento entró en la iglesia Zalzeta, que no ha cesado en su pretensiones, y arrojó cuatro onzas en la bandeja.

La condesa ni levantó la vista siquiera.

MADRID 12 DE DICIEMBRE DE 1872

No hace mucho que de*** y yo fuímos al cementerio general á cumplir un triste deber, tributando la última prueba de cariño á un amigo que había dejado este mundo.

Verificada la triste ceremonia del enterramiento, nos marchábamos ya, siguiendo á la numerosa comitiva que había llevado el cadáver, y que, como de costumbre, volvía á Madrid por diferentes lados.

Antes de entrar en el coche que nos había conducido al cementerio, nos detuvo en éste la curiosidad que nos produjo un grupo de gente que alrededor de una caja mortuoria se había colocado.

Al revés de lo que suele suceder en tales casos, en el corro formado por la reunión de veinte ó treinta personas, no reinaba ese silencio imponente que produce siempre la presencia de la muerte.

Los concurrentes á la fúnebre operación lloraban todos.

Los sepultureros habían abierto una ancha fosa, y se disponían á arrojar en ella el cadáver de un hombre *del pueblo*, si hay que juzgar de la posición por las gentes que le acompañan á la última morada. Los circunstantes vestían todos de chaqueta.

¡Todos lloraban! No es esto muy frecuente en los cementerios, adonde la costumbre suele llevar, por regla general, á todos los amigos y conocidos del que vuelve á la tierra; pero que sin embargo, y por silenciosos y graves que le miren, no suelen afectarse hasta el punto de prorrumpir en llanto.

Al principio creímos que aquellas veinte ó treinta personas habían estado ligadas al que murió, por estrechos lazos de parentesco; pero pronto lo excesivo del número nos hizo ver lo inverosímil de la suposición, y la curiosidad nos hizo preguntar á uno de ellos.

—¿Quién era el muerto?

Y el hombre á quien nos dirigimos no nos dió por respuesta ningún nombre, ningún apellido; no nos dijo: *era nuestro hijo, ni era nuestro padre, ni era nuestro hermano.* Nos dijo algo más breve, más compendioso, más significativo. Nos respondió sin dejar de sollozar:

—El maestro.

—¡El maestro! Aquellos hombres era artesa-

nos dependientes de aquel *maestro*, como llaman ellos al que les da trabajo cotidiano. Y aquellos hombres, más francos y más sinceros y más sensibles á la pérdida del protector y del amigo, que la generalidad de los amigos que van al cementerio á acompañar el cadáver del amigo perdido, sollozaban con amarga pena, declarando en aquel llanto cuán ligados estaban con el finado, y con cuanto dolor, hijo verdadero del corazón, sentían la muerte del que para ellos debía ser un segundo padre.

Consoladora nos pareció esta escena para nuestras costumbres; porque aquí donde desde algún tiempo á esta parte hay tal empeño de indisponer al trabajo con el capital, y en hacer al obrero enemigo del amo, este cariño de familia que vimos en aquellos artesanos no constituye excepción, es más verdad de lo que creen los agitadores de las masas obreras (que por cierto no suelen ser españoles); y aquel tiernísimo cuadro que la casualidad nos hizo observar, nos dió derecho á suponer que sólo un exceso de tolerancia en las leyes puede hacer pregresivas las ideas de disolución con que se nos amenaza diariamente.

FIN DEL TOMO IX

INDICE

LA MISERIA EN UN TOMO

CUENTOS Y SUCEDIDOS

LISTA DE SUSCRIPTORES

A LAS OBRAS COMPLETAS DE

EUSEBIO BLASCO

Azcárate (D. Gumersindo de).
Ayerbe (Sr. Marqués de).
Alvarez Mariño (D. José).
Aguilera (D. Alberto).
Alba (D. Enrique).
Alhumada (D. Luis de).
Andrade (D. Rafael).
Bretón (D. Tomás).
Bejar. (D. Antonio).
Barzanallana (Sr. Marqués de).
Beruete (D. Aureliano de).
Blanco (D. Domingo).
Barceló (D Luis).
Bivona (Sr. Duque de).
Benedicto (D. Manuel).
Carbó (D. Juan).

Cubas (D. José de).
Casa Laiglesia (Sr. Marqués de).
Cánovas del Castillo (D. Jesús).
Cruz (D. Pablo).
Cañabate (D. Joaquín).
Castillo de Chirel (Sr. Barón del).
Canalejas (D. José).
Coello (D. Alonso).
Castro Serna (Sr. Marqués de).
Casa Valencia (Sr. Conde de).
Delgado (D. Eleuterio).
Dacarrete (D. Angel María).
Dato (D. Eduardo).
España (D. Gabriel).
Escosura (D. Julio de la).
Esteban Collantes (Sr. Conde de).
Estévanez (D. Nicolás).
Echenique (D. Francisco).
Fabra (D. Nilo).
Florez (D. Carlos).
Goyenechea (D. José).
Gómez Rodulfo (D. Angel).
Gómez Renovales (D. Juan).
García Patón (D. Federico).
García del Busto (D. Federico).
Hinojosa (D. Ricardo).
Iturralde (D. Daniel de).
Icaza (D. Francisco A. de).
Igual (Señora Viuda de).
Igual (D. José de).

Jungairin Iriño (D. Manuel).
López Domínguez (D. José).
López Puigcerver (D. Joaquín).
Larregla (D. Joaquín).
León (D. Luis de).
Longoria (D. Javier).
Loygorri (D. Federico).
Llano y Persi (D. Manuel de).
Llobregat (Sr. Conde de).
Lías (Señora Viuda de).
Muñoz de Baena (D. José).
Muñoz de Baena (D. Luis).
Manzano (D. Valeriano).
Manrique de Lara (D. Manuel).
Madariaga (D. Federico de).
Murga (D. Eduardo).
Maestre (D. Tomás).
Montes Sierra (D. Nicasio).
Muguiro (D. Javier).
Malladas (Sr. Conde de).
Muñoz (D. Salvador).
Menéndez y Pelayo (D. Marcelino).
Navas (Sr. Conde de las).
Navarro y Ledesma (D. Francisco).
Otamendi (D. Miguel).
Puente (D. Joaquín de la).
Pacheco (D. Antonio).
Retortillo (D. Alfonso).
Reparaz (Sr. Conde de).
Rica (D. José de la).

Romero y Robledo (D. Francisco).
Romanones (Sr. Conde de).
Ramiranes (Sr. Conde de).
Ruiz de la Prada (D. Manuel).
Rosell Malpica (D. J. Manuel).
Sainz de la Maza (D. Joaquín).
Silvela (D. Francisco).
Soriano Murillo (Sra. Viuda de).
San Luis (Sr. Conde de).
San Román (Sr. Conde de).
Sacro Lirio (Sr. Barón del).
Spottorno (D. Ricardo).
Sánchez Guerra (D. José).
Sotomayor (Sr. Duque de).
Sala (D. Emilio).
Squilache (Sra. Marquesa de).
Tamames (Sr. Duque de).
Tolosa Latour (D. Manuel de).
Terán (D. Eduardo).
Tavara (Sr. Marqués de).
Traumann (D. Enrique).
Tovar (Sr. Marqués de).
Ubao (D. Manuel).
Ugarte (D. Javier).
Viñaza (Sr. Conde de la).
Villalobos (D. José).
Villasegura (Sr. Marqués de).
Vilches (Sr. Conde de).
Zozaya (D. Benito).

Ayuntamientos de: Zaragoza, Jaca, Bilbao, Cartagena, Cádiz, Valencia, Pontevedra y Badajoz.

ALTAS

D. Gabriel Ferrer.

Los señores suscriptores recibirán sin aumento de precio los tomos cuyo importe exceda de **tres pesetas.**

Las personas que deseen suscribirse á las *Obras completas de Eusebio Blasco,* deberán dirigirse al administrador, D. Leopoldo Martínez, Calle del Correo, 4, librería, Madrid.